

LA GENERACIÓN NINI
LOS HIJOS DE LA PRECARIEDAD

DIRECTORIO
SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Fernando León García
Rector

Dra. Esther E. Mulnix
Vicerrector Académico

C.P. Arturo Álvarez Soto
Vicerrector Administrativo

Dr. Alberto Gárate Rivera
Coordinador del Programa Editorial

*CETYS Universidad es una Institución auspiciada por el IENAC,
que no persigue fines de lucro.*

LA GENERACIÓN NINI LOS HIJOS DE LA PRECARIEDAD

Luis Enrique Linares Borboa
Alberto Gárate Rivera
Liliana López León
Carlos González Palacios



Centro de Investigación en Humanismo y Educación
Sistema CETYS Universidad

HQ 799 .M6 G45 2012 La generación nini : los hijos de la precariedad / Luis Enrique Linares Borboa...[et. al] . — Mexicali, B. C. : Centro de Enseñanza Técnica y Superior, 2012.
230 p. : il. ; 21 cm (Colección 50 Aniversario)
ISBN 978-607-608-003-0

1. Adolescentes - México - Condiciones sociales
 2. Adolescentes - Factores socioeconómicos
 3. Adolescentes - Educación 4. Adolescentes - Empleo
- I. t. II. Linares Borboa, Luis Enrique. III. Serie

Del/RmR100512

La generación nini. Los hijos de la precariedad
D.R. © 2012, Centro de Enseñanza Técnica y Superior
Calz. CETYS s/n, Col. Rivera
Mexicali, B. C., México, C. P. 21259
www.cetys.mx

ISBN: 978-607-608-003-0

Editorial Inycre
Edición: Inycre Diseño & Editorial
Corrección de estilo y diseño editorial: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Portada: David Salvador Castro Ramírez; fotografía de A. Gárate
Fotografías en "Los Santorales. Ecos visuales de un espacio que nos acecha": Alberto Gárate Rivera, Luis Linares Borboa y Diego Castellón López

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Hay hombres valiosos a los que el tiempo y el caminar profundo les enseñan que ellos, los desprotegidos, no saben a dónde van, por lo que están empeñados en proponerles un rumbo.

A los que nos compartieron parte de su vida en voces urgentes y esperanzadas. A mis padres y maestros, que me enseñaron que la educación es el camino, el único.

Liliana

A los verdaderos héroes, que hacen de la nada, algo.

Carlos

Desde su contagiosa juventud han incursionado
en esta aventura investigativa:

Diego Castellón López
Mónica Gárate Carrillo
Yajaira Villaseñor Ruelas
Salvador Iván Estrada
David Salvador Castro Ramírez

Reconocemos la invaluable colaboración
de nuestros colegas españoles

Pedro Ortega Ruiz
Ramón Mínguez Vallejos

Las extensas sesiones de discusión alrededor de una mesa de trabajo y las jornadas de diálogo con habitantes de Los Santorales, desarrolladas a lo largo del año 2011, nos enseñaron a ellos y a nosotros nuevas formas de acogida.

ÍNDICE

Prólogo	13
Introducción	19

PRIMERA PARTE. ¿QUIÉNES SON?

La ética de la responsabilidad solidaria. ¿Cuál voz dejaremos que se escuche?	37
La juventud del siglo XXI: Entre la distopía y la incertidumbre.....	57
El mundo que no han elegido.....	77

SEGUNDA PARTE. LAS VOCES QUE NO SE ESCUCHAN

¿Dónde es aquí? Los Santorales	101
Relatos tramados de prisiones.....	107
Los ojos de quienes viven aquí.....	125

TERCERA PARTE. POR DÓNDE ABONAR A LA ESPERANZA

Los días que se nombran Reflexiones y conclusiones.....	183
¿Cómo intentar romper el círculo de la fatalidad? Líneas de intervención.....	205
Referencias	211
Anexo. Relación de entrevistados.....	216

En la comunidad lo hemos definido [el asunto de los ninis] como un problema social y cultural que tiene que ver con las familias, por la forma en la que están constituidas. No hay un elemento, un indicio, un factor que nos den pistas respecto a que ellos quieran hacer algo de sus vidas. Aquí, en el barrio, en la colonia, en toda la zona, hay una gran cantidad de familias que están conformadas nomás por la mamá y los hijos. En otras tantas es el papá y los hijos, papás abandonados o mamás abandonadas. Esos niños y adolescentes son, de acuerdo a nuestra experiencia, los que están casi siempre a punto de desertar. La familia no ejerce una presión emocional para que sigan estudiando; son alumnos que no tienen esperanza de continuar en la escuela, ni de trabajar, ni de tener un desarrollo futuro. Se van a las esquinas o se incorporan a las pandillas y ahí es donde nosotros creemos que empieza el problema. Lamento decir que ese tipo de alumnos no tienen una visión más allá de lo que es su vida diaria de levantarse, estar en el día y volver a dormir. Quizá lo más doloroso es que no ven a la escuela como un factor que les permita modificar su posición social económica... no lo ven.

Rubén, director de una escuela primaria

PRÓLOGO

Este libro me obliga a hacer una pregunta bastante incómoda: las desigualdades, ¿son injusticias o cosas del azar? Es difícil pasear por las calles de la zona de Los Santorales, en el poniente de Mexicali, y no sentirse golpeado por las condiciones de extrema pobreza en la que viven miles de seres humanos, sin otro delito que el haber nacido en una familia pobre y un lugar de exclusión social. Ante la mirada de un pobre, excluido del bienestar de una sociedad acomodada, es inmoral apartar la vista y sentirse inocente de un «pecado» social. No, los excluidos sociales no han elegido su situación; han sido empujados violentamente a ella. Las desigualdades existentes no son causadas por el azar, ni son el fruto de la pereza de los desafortunados. La pobreza y la miseria de tantos inocentes es la forma radical de la injusticia que pone de manifiesto el dominio de unos pocos y el empobrecimiento de muchos. «El pobre no es alguien que tiene menos que el rico, sino alguien al que se le ha dominado y se le ha desprovisto de lo suyo», escribe Mate (2011, 151).

La generación nini. Los hijos de la precariedad es una ventana abierta para hacer visible una realidad incómoda que,

durante mucho tiempo, se ha querido que permanezca oculta, invisible. La invisibilización de las víctimas es la mejor estrategia para ocultar la injusticia. Si los pobres no se ven, es que no existen. Lo revulsivo de este libro es que se atreve a sacar a la luz a los invisibles, a aquellos que no tienen rostro y sólo cuentan en las estadísticas. Darles voz a los que no tienen voz; darles la palabra a quienes han permanecido mudos, sin capacidad de decir «su» palabra es la mejor aportación de esta obra.

Los autores no se apropian de la palabra de los verdaderos protagonistas: los que viven en Los Santorales. Se ha querido que sean ellos quienes pongan nombre a sus problemas, los que identifiquen las causas de su situación de exclusión y las posibles medidas para mejorar sus condiciones de vida. Sus testimonios describen la crudeza de una realidad y la enorme dificultad para cambiarla.

Este libro no se constituye en juez de nadie, tampoco en defensor de una igualdad abstracta tras la que se oculta la «buena» conciencia del individuo moderno, insensible al sufrimiento del otro, pues los autores saben muy bien que el precio de la abstracción es la exclusión. Esta igualdad abstracta en la que sólo existen seres humanos «invisibles» explica suficientemente la indiferencia cómplice frente a los terribles problemas que ha protagonizado el siglo xx. Ha sido una manera de fundar la moralidad sobre una igualdad del ser humano que cierra los ojos a la realidad; una moralidad, tan presente en la Ilustración, que ha llegado hasta nuestros días, configurando una manera de pensar y un estilo de vida. Pero hay otra manera de fundar la moralidad: aquella que establece relaciones éticas de interdependencia entre individuos históricos, no ideales, que viven sujetos a situaciones

concretas (Ortega, 2004). La moralidad es una respuesta compasiva al excluido, «al pobre, al huérfano y la viuda», en palabras de E. Levinas. Y entonces, la justicia se hace imposible sin la singularidad, sin la experiencia real de la vida de cada sujeto. Nuestro escenario social nos dice que hay seres humanos más «iguales» que otros, que la situación de los privilegiados y acomodados sociales se hace más visible, que las oportunidades no son iguales para todos: la vivienda, el trabajo, la cultura... no son bienes equitativamente distribuidos. Y cuando la situación de aparente igualdad se universaliza, se está justificando que haya seres que no sean tan «iguales». De esta universalización, de la ocultación de los pobres se sale cuando se toma en serio a los excluidos. Estos nos señalan el camino de la justicia, nos abren la puerta a la dignidad moral.

Más que una denuncia (que también), esta obra es (quiere ser) el ágora, la plaza pública por la que circulan las voces de la zona de Los Santorales, la vida de una comunidad tejida de aspiraciones, necesidades, esperanzas y frustraciones. Los testimonios que los autores recogen reflejan la lucidez con la que los protagonistas de este libro abordan la realidad que les envuelve. Señalan acertadamente las causas que están detrás del abandono familiar y social en el que viven los *ninis*: la desestructuración de las familias estaría en el fondo de todo el problema. Los entrevistados inciden repetidamente en la dificultad para transmitir los valores morales a los hijos cuando papá y mamá regresan a casa a media tarde, después de una jornada continua de trabajo. Durante el día los chicos no tienen control alguno sobre sus conductas. Ir a la escuela o no, queda, con frecuencia, a su libre elección. La calle y la pandilla suele ser el ámbito o espacio en el que el *nini* aprende las normas que le permitan adaptarse a su medio. Lejos

del control familiar, sin la experiencia continua de referentes morales para imitar, es ilusorio esperar de ellos el aprendizaje de valores morales. La familia es el hábitat natural del aprendizaje de las conductas éticas. Estas sólo se aprenden si se pueden imitar, observar; si se tiene experiencia de ellas. La escuela tan sólo puede ayudar en la tarea de educar a los hijos, puede paliar o compensar, en alguna medida, las carencias de la familia. Pero nunca puede suplir, adecuadamente, la presencia de los padres como referentes privilegiados de la experiencia de los valores morales.

Los testimonios de los entrevistados en esta obra señalan la necesidad de una profunda promoción social de la colonia en la que los propios vecinos sean actores principales de la misma. Instalaciones deportivas y culturales, presencia policial más continua, oferta de estudios para mayores, asesoramiento social a las familias, promoción de asociaciones de vecinos, mejora de infraestructuras de las colonias, etcétera. Es todo el medio social, y no sólo la familia, el que debe facilitar el desarrollo personal del *nini*. Ortega y Gasset dice que la «circunstancia», el contexto es parte constituyente del sujeto humano. Sin contexto no hay persona. Somos hijos del tiempo y del espacio. El «aquí y el ahora» es el molde en el que estamos fundidos. No nacemos ni nos educamos en «tierra de nadie». Es inútil, por tanto, que pretendamos ayudar a la formación de personas adultas, responsables y comprometidas con su comunidad sin un cambio de las «circunstancias» que les impiden un desarrollo personal y social. Las estructuras no son neutras o indiferentes, juegan un papel decisivo, en un sentido o en otro. Algunos entrevistados echaban en falta la presencia y la acción de instituciones religiosas en la colonia que colaborasen en la promoción social. Disponer de

espacios recreativos y culturales, programas educativos para padres y jóvenes podría ser una aportación muy valiosa para la transformación social de la colonia. Alguno de ellos planteó la oportunidad de que las universidades de Mexicali se implicasen más en esta labor de promoción social. Al fin, sólo harían devolver a la sociedad (en este caso a los más débiles) lo que de ella han recibido.

La transformación social vendrá de la mano de los propios vecinos de la zona, o no se hará. Ellos son los actores insustituibles. La escuela será distinta, abierta a su realidad si los padres están presentes y participan de la vida escolar, si la ven y la sienten como «su» escuela. Del mismo modo, la implicación de la Administración Pública en la promoción social será efectiva sólo si hay conciencia cívica de los vecinos que se saben sujetos de deberes, pero también de derechos, y los reclaman. El problema de la justicia es el tiempo. Son muchos los que ya han padecido la exclusión sin posibilidad alguna de que ésta les llegue. Son también muchos los que ahora no disponen de recursos que les permitan un desarrollo personal y social que les convierta en ciudadanos capaces de ejercer sus derechos. Para estos, el tiempo no ha hecho justicia.

Pero hay un modo de «salvar» lo perdido: la memoria. El deber de recordar, hacer presentes a todos los que edificaron la primera casa en la colonia, a aquellos que se aventuraron a dejar su tierra para buscar aquí oportunidades mejores de vida, que afrontaron tantas dificultades; con ellos hay un deber que cumplir: hacer que su sacrificio no haya sido en balde. «Nuestra vida –escribe Mélich (2010, 120)– tiene algo pendiente que nos impide instalarnos de una vez por todas, algo pendiente con los que nos han precedido, y que nos demanda

una constante reubicación y resituación». La memoria, volver la vista atrás no es un acto de nostalgia inútil, sino la promesa de un compromiso para el futuro.

Agradezco de todo corazón la invitación a prologar este libro. Me siento muy honrado con esta modesta colaboración. Y felicito a los autores por el trabajo bien hecho, y a un ciudadano de esa ciudad fronteriza por su preocupación ante la problemática. Asimismo, hago extensiva esta felicitación a CETYS Universidad a la que me siento particularmente vinculado. Desde aquí quiero expresar un deseo: que este trabajo señale un camino en la investigación, un punto de no retorno para esta universidad. La realidad que nos envuelve debe ser siempre pregunta que nos interpela y que nos demanda una respuesta, aun a riesgo de equivocarnos. Y frente a la realidad nunca podemos ser autocomplacientes, y menos la universidad. Este libro que nace de la inquietud y preocupación de un grupo de sus profesores es una gran pregunta a la espera de una respuesta. Es también la experiencia de unos vecinos de Los Santorales que se expresa desde palabras que, por estar cargadas de sentimiento, no están menos cargadas de razón. Ellos me han ayudado a seguir con los pies en la tierra, a no apartar la vista de aquello que aparece sucio e incómodo a la mirada de los que se asoman al mundo y todo les parece que «va bien». A todos los que han hecho posible que este ensayo salga a la luz, gracias por su confianza y su atrevimiento.

PEDRO ORTEGA RUIZ
Catedrático universitario
Murcia, España

INTRODUCCIÓN

Corto diálogo con un *nini*

—¿Cómo te llamas?

—Antonio de Jesús.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Qué haces, estudias, trabajas?

—Juego fútbol con el equipo de la mayor de la Colosio. Ayer jugamos y metí dos goles. Mi nombre salió en el periódico, La Voz.

—Además de jugar fútbol y entrenar, tu vida, ¿para dónde va?

—Para ningún lado. Me quisiera ir a «calar» al equipo de Tijuana, ya después veré qué pasa. Si ya no se hace pues regresarme y jugar aquí fútbol y terminar mis estudios.

El círculo de la fatalidad

Este libro está cruzado por un descubrimiento: el círculo de la fatalidad. No es una estela que recorre sus páginas, sino una hendidura que va cortando la piel en grados paulatinos de

profundidad. Descubrimos el concepto debajo de un mezquite una tarde de junio, justo cuando el verano que llega cada año a esta ciudad alejaba las sombras de la primavera. La investigación se movía en una tesis: el *nini* de una zona urbana marginada abandona la escuela y no trabaja básicamente por problemas económicos. Las voces de las mujeres (madres con esposos y madres solteras) que entrevistamos en ese atardecer, nos mostraron que la tesis tocaba apenas la superficie. El *nini* (adolescente o joven) se encuentra tramado en un despeñadero de prisiones. Lo económico es apenas una celda.

El tono de esta obra lo marcan las voces de los distintos actores que habitan en ese círculo de la fatalidad. Ante las insistentes preguntas de los que investigan: ¿Quién es el *nini*? ¿Qué hace? ¿Por qué abandona? ¿Cuál es el papel de la familia y la escuela en ese abandono? Las respuestas sobrepasan nuestras conjeturas y van encontrando nuevas hipótesis. Como muestra de ello y a manera de preámbulo de este libro, Dora —la líder de un barrio—, Imelda —su hija que es madre soltera— e Irene —la vecina de Dora con la que ha hecho una amistad de largo plazo—, hablan sin recato y con vehemencia de ese mundo inmediato donde la deserción y la violencia se enquistan en las relaciones cotidianas. Las claves que nos ofrece ese diálogo nos invita a colocarlo en esta introducción.

Inicia Dora, mujer de corta estatura y de cuerpo rollizo, de cerca de cincuenta años, autonombra líder del barrio:

—¿Qué hacen los chamacos de la colonia Colosio? Nada, auténticamente nada. Desertan de la escuela o los expulsan, no trabajan, sólo juegan fútbol. Aquí los tienes, en este campo, corriendo todas las tardes.

Lo dice con autoridad, como si la verdad nomás tuviera una raíz y no dependiera, muchas de las veces, de

la idea que tenemos en la cabeza. Todos desertan, todos flojean, todos juegan fútbol. La aseveración no da pauta para la disidencia, ni para lo diferente, tampoco para la aventura.

A Dora se suma Irene, la vecina y comadre que la mira al tiempo que reafirma la complicidad.

—Mi comadrita tiene razón. Aquí hay mucho chamaco en la calle, vagos que no tienen más cosa qué hacer que juntarse por las tardes, jugar y después, ya en la noche, drogarse y robar.

Y después de la noche la madrugada. Ahí es todo más intenso. Nieblas de confusión y misterios en los que no se penetra. Dora e Irene se quedan en la noche, apenas cuando ya no hay sol y las siluetas se mueven sigilosas dentro del campo de fútbol, en una esquina o quizás debajo del mezquite. Ni ellas se atreven a tocar la medianoche, esas son palabras mayores y vale más dejarlas ahí, como si no existieran. Dora retoma la conversación.

—Esta colonia se fundó hace quince o dieciséis años. La fundamos no doctores ni ingenieros, sí gente pobre, trabajadores de las maquilas y mecánicos, albañiles, peones, sirvientas, gente con necesidad que gana el mínimo o un poco más. Estimo que hay mil doscientos lotes. Más de novecientos están habitados por dos y hasta tres familias. No hay uno sólo donde viva una familia. Tampoco hay matrimonios completos. Los hombres son desertores. Se van casi como vinieron. ¿Quién los detiene y quién les pide cuentas? Para eso son hombres, para entrar y salir de la casa y del cuerpo de uno. Las mujeres que son bravas —por cierto, las menos—, se van antes que ellos abran la puerta y entonces, a ellos les toca sufrir lo que nosotros sufrimos.

Otra vez la aseveración brutal, la no disidencia, la verdad con piel de ella. Nadie la interrumpe, saben que va a la mitad de su reflexión y ni aun la llegada de Imelda, su hija mayor, la detiene.

—El problema menos grave de la ausencia del marido no es la soledad, eso como quiera una se las arregla o termina por imponerse. Lo que pesa es la carga que nos deja: tres, cuatro, cinco hijos que hay que alimentar, curar cuando se enferman, conseguirles algo de ropa y llevarlos a la escuela. ¿Cómo hacemos todo eso si nadie nos preparó para ser independientes y buscar un buen ingreso económico? Uno va aprendiendo todos los días pero la vida aquí, en estos barrios, casi siempre corre más rápido. Cuando menos te das cuenta tus hijos ya son adolescentes y ahí es donde las respuestas no alcanzan. Están tan grandes y son tan groseros que agarras una manguera para pegarles y casi te lo quitan y te dan con ella. Te desesperas casi siempre y te vas a un rincón, como el perro, a llorar de pura frustración.

—Dígales, comadre Dora, dícales que aquí nadie se preocupa por sus hijos; dícales lo que pasó aquel día que les compró *taquetes*¹ para que jugaran un torneo en el CREA.²

Dora voltea a ver a la comadre y con el gesto asiente agradeciendo su oportuno comentario.

—¿Cuántos chamacos creen ustedes que haya en este campo? —Unos segundos de silencio y ella misma responde—. Yo creo que doscientos. Ahora, déjenme les pregunto: ¿cuántos papás o mamás ven ustedes sentados en las bancas?

¹ Taquetes: expresión coloquial para referirse a zapatos deportivos con los que se juega fútbol.

² Es el Instituto de la Juventud y el Deporte, asentado en una populosa colonia de la ciudad.

La segunda pregunta nos obliga a ser más cautelosos en la observación. Difícilmente habrá más de quince padres de familia. De nueva cuenta no nos deja responder.

—¿Qué les gusta? ¿Habrá diez, quince padres? Eso no se vale y no está bien. El papá está descansando y la mamá lavando ropa o viendo televisión. El chamaco se sale de la casa y posiblemente les diga que viene al campo a jugar fútbol. Si viene bueno y si no, ni cuenta se va a dar la mamá.

Imelda, hija de Dora, había llegado cuando su madre hablaba sobre la soledad en la que se encuentran algunos —todos, a decir de ella— niños de la colonia. Percibimos su presencia de ojos verdes, intensos y auscultadores. Mujer de piel clara, veinteañera que tuvo que crecer en ese ambiente áspero y desde esa aspereza lanza ráfagas de ideas. Ella no interrumpió, simplemente se deslizó en la plática, tal y como si la hubiese iniciado. Lo hizo en forma candente, como doctorada en los temas de la marginalidad y la pobreza.

—Dijo mi ‘amá que todos los chamacos de por aquí abandonan la escuela o algunos profesores con sus acciones los obligan a abandonarla. No es complicado encontrar las razones: son pobres y antes de gastar en cuadernos o en uniformes, sus padres batallan para llevar a casa algo de dinero para comer. Si algunos de ellos logran burlar la pobreza, dije burlarla, no ganarle, entrarán a la secundaria o a la preparatoria en clara desventaja con otros estudiantes, no porque sean más o menos inteligentes, sino porque tendrán que trabajar para pagar sus estudios. Allí, tarde o temprano, se darán cuenta que la pobreza es una huella, ¿cómo les digo?, una pesadilla de todos los días. Por más esfuerzos que hagan, tendrán que dejar la prepa y entonces viene la depresión y el abandono. Ya nada quieren hacer.

Hace una pausa, apenas para retomar el aliento. Su madre, la líder del barrio, le deja la mirada con un signo inequívoco de orgullo. Es mi hija —ha de pensar— y qué bien habla *la condenada*.

—Las que llevamos la peor parte en lugares como estos somos las mujeres. No estamos preparadas y desconocemos muchas cosas. Fíjense cómo a los catorce años no se necesita saber besar al novio en un rincón oscuro o en una casa donde no están los mayores y, sin romances de telenovela, salir embarazada. Nos ocurre a muchas, entonces ya no tenemos más salidas que pegarle un cuarto a la casa de la madre para hacer otra familia en el mismo lote. Eso si bien nos va y tenemos una pareja que no nos abandona apenas nos crezca la panza.

La pregunta emerge en forma natural: ¿qué hay en la cabeza de un chamaco de catorce, quince años? Es la propia Imelda la que responde.

—Pues aquí la mayoría piensan en andar de novios. La mayoría a esa edad ya tiene sexo. Para muestra ella —apunta a una joven—, salió embarazada a los dieciséis años, cuando estaba en la prepa. No tienen conciencia ni saben la responsabilidad que es tener un hijo. Copian esos ejemplos porque no tienen otros. Si sus amigas hablan de novios, irse al cine, al baile del barrio, tener un novio u otro y luego pronto acostarse con él, como que se sienten obligadas a hacer lo mismo, y ahí tienen las consecuencias. Es algo muy difícil contra lo que tienes que luchar porque fíjate, a pesar de que mi ‘amá dice lo que dice y lo tiene claro, díganle que les platique lo de mi hermano Esteban.

Dora, sintiéndose aludida y teniendo nuevamente el foco de atención, sin pudor ni recato, puntualiza.

—Tengo un hijo de doce años que es un enamorado.

Cuando no anda con una, ya anda con otra, y yo le digo: «El día que tú pienses tener un hijo con una chamaca yo no te voy a mantener». Ahora mismo, según él, está de novio con una niña de su edad que vive en la otra cuadra de mi casa. Ya hablé con los papás de ella y les dije: «A mí no me parece que mi hijo a los doce años ya tenga novia, si usted piensa que está bien, pues se lo va a llevar a su casa a vivir porque yo en la mía no lo quiero». ¿Qué más puedo hacer?

Por un segundo dejamos de ver a las mujeres y posamos la vista en la calle sin pavimentar. Pasa una *pickup* vieja y contribuye con su cuota de polvo. Las aseveraciones de las mujeres que ven la vida desde un círculo que no tiene escapatoria nos congestionan el cerebro. Tesis abrumadoras que no tienen métrica pero sí razones. La primera: los chamacos de la Colosio son pobres, necesitan comer y por eso abandonan la escuela. La segunda: la mujer es la parte más vulnerable del engranaje social marginado, ella sí está desvalida y no tiene preparación. ¿De qué sirven los medios de comunicación? Hablan de cuidarse y acá la mujer está indefensa. El sida, la droga, el papiloma rondan los barrios y las esquinas. No tiene información, no está educada. La tercera, contundente: todas las muchachas que terminan la secundaria y algunas que entran a la preparatoria salen embarazadas. Ahí se les acabó buena parte de la esperanza.

En ese momento los que investigamos sacamos de la chistera una pregunta más propia de los educadores. Buscamos una parte endeble en el discurso. Las tesis tienen que tener una rasgadura de fragilidad porque de no ser así, el educador no existiría, su función sería etérea, bordaría en la atmósfera y los cambios en el tiempo serían sólo mitos. Nos negamos a esa condición y regresamos en medio del

polvo, conscientes de que queda un rayo de sol y debemos aprovecharlo. Vamos a intentar abrir el círculo de la fatalidad, la zona sombría, el umbral lúgubre: ¿En la Colosio no hay profesionistas? ¿No hay un sólo caso de alguien que haya terminado una carrera universitaria? Imelda siente la amenaza a la esfera porque abrirla es quedarse sin esas certezas, aunque sean amargas.

—Sí los hay, pero... pero... varios de los que conozco es porque el papá tiene buen trabajo y la mamá también, o porque son emigrados, quiero decir, trabajan en los campos agrícolas de Calexico o del valle Imperial. Por ejemplo, ella —refiriéndose a una muchacha— está en la universidad estudiando enfermería y tenía beca del gobierno que le dieron en la prepa por sus buenas calificaciones y de pronto se la quitaron, que porque no firmó una vez. Sigue yendo a la escuela y necesita dinero para la inscripción y se la quitaron así nada más y ha estado buscando que se la regresen pero no le resuelven nada. Ir a la universidad no es nada fácil y menos trabajar y estudiar, porque en el trabajo no les puedes decir que vas a faltar porque tienes examen, también tienes responsabilidad ahí.

Ya abrió una rendija y por ahí metemos los dedos: ¿Sólo van a la universidad los hijos de padres con buenos trabajos? ¿Qué otra característica tienen esas familias? Dora toma la batuta.

—Mi hija dice la verdad. Sí hay muchachos estudiando en la universidad y hay otros profesionistas que son doctores, ingenieros, abogados, psicólogos. Los papás han hecho la lucha para darles escuela y que salgan adelante. Pero no sólo ha sido que tienen sus buenos trabajitos, también podemos ver que el papá sigue viviendo en la casa, que no son madres

solteras o abandonadas y, para qué más que la verdad, se nota que en esas casas sí atienden y cuidan a los hijos.

Abrimos la puerta y al cruzar el umbral vimos que no todo es penumbra. ¿Por qué sí? ¿Por qué y para qué mandaron a sus hijos a la escuela? ¿Por qué la misma Imelda –hija de Dora– inició la carrera de Informática y por qué le pesa tanto no haberla terminado? Como podemos y de la manera más clara posible, se lo preguntamos. Imelda responde en forma directa:

—¿Para qué estudiar? ¿Para qué ir a la universidad? Se los digo como nos decía mi abuelo cuando estábamos chiquitas: «Vayan a la escuela y aprendan a leer para que sean alguien en la vida y no las hagan pendejas cualquier cabrón». Y yo fui y quiero regresar porque veo que otros van y cuando menos tienen chance de conseguir mejores trabajos que los que yo puedo tener ahora.

Se apaga el día en ese campo de fútbol llanero. Sin agua en los termos, vacías las botellas de soda de dos litros, entrando la oscuridad por la portería norte, a nosotros nos queda guarecernos en el silencio y despedirnos de las mujeres. Los chamacos sudorosos y enterregados se dispersan por las calles. Los mayores de quince años se quedan por ahí, sumando siluetas en la esquina. Los padres de familia no se asoman por las ventanas ni salen al patio de sus casas para ver si sus hijos van caminando en la dirección correcta: al hogar para hacer la tarea.

Fundamento de la investigación

El término cobra resonancia en México a partir de un discurso dictado por el Dr. José Narro, Rector de la UNAM,

en el marco de la celebración del Día Internacional de la Juventud, en el año 2010. Narro señaló que en el país existe una gran cantidad de jóvenes que no estudian y tampoco trabajan, lo que representa un serio riesgo para la estabilidad presente y futura de la sociedad mexicana, al mismo tiempo que significa que muchos jóvenes no tienen un futuro ni remotamente optimista porque su presente no les ofrece, al menos a priori, alternativas de desarrollo viables.

Pérez (2010) ubica esta categoría social entre los 14 y 29 años de edad, y se refiere al fenómeno como propio de las clases media y alta. González (2010) los concentra entre los 12 y los 20 años y ubica el fenómeno como un problema ligado a la pobreza. Barbería (2009), en cambio, señala que los *ninis* pueden serlo entre los 18 y los 34 años, y que si bien el fenómeno está ligado a cuestiones económicas, no es necesariamente derivado de la pobreza, sino que, citando a Bericat, señala que puede deberse a cambios en la forma de entender la vida vocacional, la cual no produce las mismas certidumbres que antes.

Castel (2010) intenta ubicar su origen entre la década de los setenta y ochenta, provenientes de una mezcla de subculturas urbanas: los *dark* en el Reino Unido, y una década después, los *emo* en Estados Unidos. Sin embargo, atenerse a esa génesis, coloca a esta generación en un plano sociocultural elevado, con estudios que estarían en el nivel de la educación media superior; además les atribuye como un rasgo distintivo el conocimiento y uso de los medios tecnológicos propios de la era digital. Si esto puede ser cierto en algún caso, no responde adecuadamente a la realidad mexicana, donde las condiciones económicas no permiten que el grueso de la población tenga un acceso frecuente e inmediato al uso de

tecnologías de comunicación y aparatos electrónicos de uso personal demasiado sofisticados.

Una ruta de aproximación al problema puede ser la respuesta que Samaniego (2010) busca dar, al considerar que las condiciones socioeconómicas actuales han generado la aparición de nuevas válvulas de escape para buena parte de la sociedad; hasta hace poco la economía encontraba sus propios equilibrios dinámicos gracias a dos mecanismos: la economía informal y la emigración por motivos laborales. Sin embargo, aunque estas dos opciones siguen existiendo, se han vuelto insuficientes ante un crecimiento demográfico que sigue presionando a la estructura económica y al sistema educativo, para absorber dentro de ellos una demanda cada vez mayor.

Ante la nueva realidad, Samaniego señala que las nuevas válvulas incluyen un ligero aumento en la población dedicada a actividades agropecuarias (explicable porque parte de la población juvenil rural frena su movilización a las zonas urbanas debido a que las oportunidades ciudadinas no son tan fáciles de encontrar como antes), y un crecimiento en las cifras de desocupación. En particular, esta última válvula conduce directamente a poner a una gran parte de la población en edad económicamente activa en situación de ser ubicada en la nueva categoría de *nini*.

En ella, Samaniego (2010, 53) considera a: «personas en edad laboral que no están incapacitadas, no están jubiladas, no están a cargo de tareas del hogar y cuentan con un nivel de escolaridad superior al de las generaciones pasadas y, sin embargo, no estudian ni buscan empleo. Muchos de ellos declaran estar disponibles para trabajar, pero no realizan una búsqueda activa de empleo por estar desalentados al haberlo intentado y no lograrlo».

El problema de los *ninis* tiene una clara manifestación en las áreas rurales y urbanas de menor desarrollo. Ello es inevitable, pero su atención puede ser posible si se conoce con precisión y se interpretan adecuadamente las expresiones del hecho. Nuestro objeto de estudio lo ubicamos en una zona marginal de la ciudad de Mexicali (Los Santorales), clasificada por los mensajes de los medios masivos de comunicación como altamente conflictiva, violenta y con un tejido social en descomposición.

La condición de un país democrático, de un estado moderno, que tiene como valores centrales la igualdad, la libertad, la justicia, que ha reglamentado la escuela como el espacio natural en el que los jóvenes complementan su formación humana y desarrollan la vocación científica, y que ha manifestado que la asistencia a la educación básica y recientemente media superior es obligatoria, ante la problemática de abandono escolar y violencia juvenil en Los Santorales, nos llevó a preguntarnos: ¿Qué hacen los adolescentes que abandonan la escuela? ¿Por qué la abandonan? ¿Cómo son este conjunto de adolescentes a los que se les etiqueta como *ninis* y cómo se reconocen a sí mismos? ¿Qué factores socioculturales provocan que no estudien ni tengan empleo? ¿Cómo son percibidos por otros actores sociales del entorno?

El objetivo central de esta investigación fue el de configurar el perfil sociocultural del grupo de adolescentes y jóvenes denominados *ninis*, encaminado a la elaboración de un programa de intervención, que procure la adecuada integración de este grupo a la dinámica social.

El punto de partida es propiamente el concepto de *nini* para acotarlo en término de clase social, enfoque y rango de edad. Posteriormente se vincula con la familia, el empleo y

la violencia o inseguridad del contexto en el que vive este grupo social, porque son los que mejor definen sus conductas sociales.

Delinear un perfil inicial del sujeto de estudio es vital para el desarrollo de la investigación. A partir de una revisión primaria de la literatura, establecemos para fines de este trabajo a un segmento de población entre los 12 y 20 años, con cuatro estatus:

- a. Adolescentes que no concluyeron la secundaria y que no trabajan.
- b. Adolescentes que concluyeron la secundaria pero no pudieron entrar a la preparatoria y no trabajan.
- c. Muchachos que desertaron, fueron expulsados o tuvieron baja académica de la preparatoria y no trabajan.
- d. Graduados de la preparatoria que no intentan entrar a la universidad o que fueron rechazados por ésta y que no trabajan.

En la revisión de diversas fuentes de información, no encontramos en México ni en Baja California estudios específicos sobre los *ninis*. Sí sobre características que estas figuras poseen pero no investigaciones donde se utilice este concepto como objeto de estudio. También diversas instancias gubernamentales (INEGI, SEP, Imjuve), aportan datos demográficos, educativos, sociales y laborales muy importantes y que permiten un acercamiento cuantitativo al fenómeno que podemos catalogar de gran valía. Sin embargo, investigaciones que pasen de la descripción a la interpretación y explicación menos causal y más holística del problema, no se detectaron. Ello nos

llevó a desarrollar una investigación que considerara elementos de corte cuantitativo pero cuyo enfoque fuese predominantemente cualitativo.

Se parte de la idea de que este tipo de estudios permiten desarrollar propuestas que orienten a la comprensión de patrones sociales y culturales. Se busca, por lo tanto, que este trabajo lleve a la comprensión de las representaciones simbólicas que los actores, tanto los *ninis* como su núcleo familiar inmediato, construyen de sí mismos.

El lector encontrará en las páginas de esta obra, un trabajo dividido en tres apartados. El primero establece un conjunto de reflexiones que parten de la ética de la responsabilidad compartida para llegar a la explicación de un mundo cruzado por la fragilidad y la precariedad, contexto fértil para el crecimiento numérico de la generación *nini*. En el segundo la narrativa se adueña de sus páginas. Voces y testimonios de especialistas en el tema, la madres de familia y de los propios *ninis*, construyen un panorama sombrío que muestra un territorio de relatos tramados de prisiones. Se concluye con un intento por romper el círculo de la fatalidad a través de una serie de líneas estratégicas de intervención, todas ellas posibles de realizarse.

Finalmente, vale la pena decir que este no es un libro de relatos trágicos. Ya tiene demasiados el mundo para sumarle uno más. Tampoco es una fórmula carente de sentido y bordada en el imaginario de una vida colectiva feliz. Libros que prometen el Edén sobran en los anaqueles de las librerías. Este es un libro cuyo tono literario pretende acercar al lector y no alejarlo. Narramos hechos y percepciones de un círculo de

la fatalidad y luego, desde esa misma realidad, entresacamos lo que para un educador se puede convertir en una pedagogía basada en la ética de la responsabilidad compartida, que no es otra más que la ética de la acogida, la del reconocimiento de los otros, y la del intento por volver conscientes a los que estamos implicados. La gran finalidad, la que no se expresa en un anteproyecto de investigación, es arraigar al menos a uno, a dos, a un centenar de desarraigados. En otras palabras, romper el círculo de la fatalidad, el de las zonas sombrías, con el bordaje minúsculo pero con buenas bases, de un proyecto de futuro de los que no lo tienen: los *ninis*.

PRIMERA PARTE

¿QUIÉNES SON?

ÉTICA DE LA RESPONSABILIDAD SOLIDARIA. ¿CUÁL VOZ DEJAREMOS QUE SE ESCUCHE?

La investigación como ética de la responsabilidad solidaria

¿En qué se piensa cuando se inicia una investigación? La pregunta, más allá de su simple respuesta aparente, tiene muchas implicaciones ante las cuales, quienes participamos en este proyecto, no podemos quedarnos callados. Para compartir lo que pensamos hemos decidido pasar por encima de una regla común en el desarrollo de investigaciones: no escribiremos, al menos en este apartado, de manera impersonal. Habitualmente se considera que lo apropiado es mantener una postura objetiva, escribiendo en tercera persona; pese a ello, con toda intención hablaremos en primera persona, de forma que el escribir *nosotros* implica el deseo y la confianza de reconocer un *tú* que lea, que piense, que se cuestione,

permitiendo así que este trabajo cobre sentido. Es recordar, como lo comparte Hugo Mujica (2007), que:

Escuchar no es oír las palabras sino la voz,
lo que se sustrae al decirlas:
el aliento atrás,
la cisura de cada palabra.
Las palabras, cada vez, son las de todos,
la voz, toda vez, es la única vez.

En esta misma tesitura, no queremos compartir un informe técnico de investigación, sino una voz que nos ayude a entender nuestra realidad. Por ello, las cifras encontradas en este estudio no son lo más importante; lo primordial es reconocer que ante nosotros hay quienes han sido marginados. Para caminar hacia esa comprensión el camino natural ha sido partir de una brecha llamada ética del cuidado, desde la cual hemos llegado hasta lo que llamaremos ética de la responsabilidad solidaria. Slote (2007, 55) señala que «la ética del cuidado es una forma de sentimentalismo moral, y es difícil ver qué tanto el respeto por los demás se logra fundar en sentimientos y emociones». Si bien el planteamiento que hace Slote intenta alejarse de esa afirmación, que utiliza como una provocación, la frase revela una concepción existente en muchos que interpretan esta perspectiva ética como ligada necesariamente a aspectos feministas o al cuidado de enfermos. Para evitar confusiones con esa corriente ética, en esta investigación hemos aceptado acercarnos a los *ninis* desde una ética de la responsabilidad solidaria, esperando avanzar así en un compromiso más profundo.

Cuando se investiga, sobre todo en el campo de las ciencias sociales, se espera que los resultados permitan lograr al-

gún tipo de transformación de la realidad. Sin abordar aquí los fines que se pretenden lograr, en este capítulo queremos compartir algunas de las causas que nos llevaron a adentrarnos en el mundo de los *ninis*. En esto, tenemos una posición que pretende ser clara: reconocemos que nuestra realización depende en gran parte de la respuesta que damos a los demás, y no pensamos en los demás como una categoría abstracta, como si fuera un ejemplo teórico del *tipo ideal* que plantea Weber. Los demás son personas concretas, rostros definidos que están cercanos a nosotros. Así que nuestra decisión de realizar esta investigación se liga fuertemente a la convicción de que la sociedad ha generado condiciones de vulnerabilidad para algunos grupos, entre los cuales los jóvenes que no trabajan y no estudian reclaman una respuesta que nos corresponde ofrecer.

De la investigación al compromiso ético del investigador

Aceptamos que nuestras respuestas no son únicas, y siempre es posible dar otras interpretaciones a los testimonios recabados, a las experiencias vividas; por ello es que, como investigadores, nos reconocemos como sujetos éticos, siempre abiertos a decidir, y asumiendo que nuestras respuestas tienen efectos, y que esas consecuencias, para bien o para mal, alterarán la vida de los otros. El compromiso ético del investigador surge cuando se entiende la investigación no sólo como un proceso de descubrimiento, sino como un ejercicio ético y anamnético al mismo tiempo.

Cuando se inicia una investigación resulta obvio que ésta se desarrolla porque hay algo que no se conoce y se considera digno de ser conocido. Consideramos que se debe ir más allá. Si aceptamos que la investigación se asume desde una posición no neutral, aceptamos al mismo tiempo que al acercarnos a estudiar un fenómeno, lo que ocurre es que como investigadores, a fin de cuentas hijos de un contexto biográfico, ya tenemos alguna idea sobre la realidad, y nuestras ideas y juicios empiezan a acomodarse cual piezas del rompecabezas incluso antes de iniciar formalmente la investigación: imaginamos quién está involucrado, recordamos algún dato sobre el problema, recurrimos a fuentes teóricas que conocemos, asumimos que tenemos capacidad para descubrir y compartir algo, y todo ello implica que somos capaces de tomar decisiones sobre el proceso de investigación. Ya con ello, la indagación se convierte por su misma naturaleza en un acontecimiento ético.

Cuando la investigación se desarrolla en un ambiente educativo, entendemos que lo central no son los resultados como tal, sino las personas que se encuentran involucradas en ellos. Se investiga desde ambientes donde hay personas con rostros concretos, con historias de vida reales, y los resultados afectarán, para bien o para mal, a hombres y mujeres que como investigadores no podemos ignorar. De aquí que afirmemos que la investigación como espacio abordado desde la educación se traduce necesariamente en un compromiso, y que éste es, más que científico, ético. Ello desde luego no le resta rigor metodológico a la actividad investigativa.

Afirmamos además que el estudio realizado desde la educación tiene un carácter anamnético, porque su resultado

facilita reconocer que los hechos estudiados y en buena medida los resultados obtenidos no son creaciones que surgen de la nada, sino que brotan de realidades preexistentes, que usualmente como sociedad hemos ido relegando, olvidando y asumiendo ingenuamente que sobre ellas no tenemos responsabilidad. Por eso la investigación tiene como una de sus funciones la de volvernos conscientes de un pasado convenientemente olvidado.

La investigación, como experiencia humana conscientemente desarrollada, tiene una fuerte carga ética que requiere de dar respuestas ante la realidad del mundo que se descubre como injusta. Y nuestra respuesta es a través de la ética de la responsabilidad solidaria, de la recuperación de la realidad en reflexiones donde descubrimos que somos parte de la sociedad que ha querido olvidar la parte fea de las estructuras de vida, donde los marginados tienen que vivir. Ser responsablemente solidarios implica que somos conscientes que esa parte de la sociedad vive en un apropiado olvido, y que deseamos encontrar los caminos para recuperar las voces que han sido marginadas. No somos redentores, ni consideramos tener todas las soluciones, ni siquiera podemos afirmar que sabemos cuáles son los pasos que más convienen; lo que sí sabemos es que la investigación nos compromete, y que los resultados concretos que se obtengan necesariamente implicarán recuperar rostros de los que somos corresponsables, y que las historias que hemos recuperado ya son parte de nuestra historia. Ese es el compromiso que asumíamos al iniciar esta tarea, y que hoy sigue vigente, con nombres, vidas y condiciones de precariedad más conocidas que antes.

El ser humano como un ser de relaciones

La investigación cualitativa tiene como uno de sus atributos principales que facilita desarrollar interpretaciones de la realidad, y éstas suelen llevar al reconocimiento de relaciones; ello nos lleva a recordar que, como escribiera Buber (1997), las palabras primordiales no significan cosas, sino que se refieren a relaciones, y el sentido profundo de éstas se refiere a personas, es decir, a relaciones de alteridad. Partimos de entender que «es importante desarrollar relaciones interpersonales auténticas para escuchar, incluso en el silencio, las necesidades de la otra persona» (Vázquez y Escámez, 2010, 7).

La ética de la responsabilidad solidaria entiende que es posible, y es necesario, aprender a escuchar al otro, aun cuando el silencio parezca ser lo único que se presenta. Nuestra sociedad ofrece relaciones fuertemente asimétricas entre los individuos y entre diversos grupos, de donde se deriva como consecuencia que las voces de unos atenúan e incluso apagan las voces del otro. Esperamos que esta investigación ayude a cobrar conciencia de ello, y que las palabras dichas por los *ninis* y por quienes viven cerca de ellos encuentren resonancia en estas páginas para que, dando un paso a la vez, tengamos capacidad para descubrir que no los escuchamos no porque no quieran hablar, sino porque socialmente hemos creado, sostenido y luego ignorado, las estructuras sociales que a unos nos han permitido vivir con mayor tranquilidad, a costa de ir cerrándoles a otros los espacios para vivir adecuadamente.

Si el ser humano es un ser de relaciones –y lo somos, a menos de aceptar que nuestra naturaleza nos ha determinado a vivir como Robinson Crusoe–, es indudable que estamos renunciando a una parte de nosotros mismos en la medida

en que estamos dejando a otros de lado. Desde luego, existe la salida de argumentar que no somos responsables de la suerte de ellos, puesto que personalmente no les negamos ni el acceso a la escuela, ni la posibilidad de un buen trabajo, ni decidimos que vivan en colonias con grados de marginación que limitan las posibilidades reales de un desarrollo digno.

Al elaborar este estudio estamos dispuestos a asumir el riesgo de tocar a nuestras conciencias, y a aceptar que la suerte de los jóvenes que ni estudian ni trabajan, su vida y sus condiciones de precariedad no son obra de un demiurgo malvado que ronda las calles, sino que se deben a las condiciones de posibilidad que les hemos otorgado. Nuestra vida, incluyendo su dimensión ética, queda ligada, sin duda, a reconocer que ellos son porque nosotros los hemos dejado. Ellos y nosotros, como humanos, somos seres en relación, dialógicos, y por tanto responsables de la respuesta que damos de voltear a verlos, reconocerlos, y extenderles o no la mano. Asumimos, pues, que estamos biográficamente ligados, y que sus testimonios, aún desde el silencio, merecen ser narrados; de ahí surge la validez ética de esta investigación.

De la investigación como presencia de testimonio y como erradicación de silencios

En un texto que todo investigador cuestionado por la ética debería leer, Melich (2002, 109) señala que «el testimonio, como todo aquello que afecta a los seres humanos, puede pervertirse. Dar testimonio puede llegar a ser dar ejemplo». Y dar ejemplo es ponerse uno mismo como modelo. El investi-

gador, al desarrollar un proyecto, corre el riesgo de aparecer él mismo como el modelo que hay que seguir en el comportamiento social, como si las personas a las que se estudia fueran los anómicos, los que han decidido permanecer al margen de las coordenadas sociales del desarrollo normal, y en consecuencia, uno mismo pudiera aparecer como alternativa, como luz en el camino que identifica dónde pisar y dónde no.

Ese riesgo lo hemos sentido. Existe la tentación de reconocer que somos un equipo de trabajo, que teniendo fallas, en general lo hace bien; podemos asumir que tenemos capacidad suficiente para realizar un análisis de la realidad que identifique los riesgos de una estructura social fracturada, que entendemos las fallas en las redes sociales y sabemos dónde se encuentran nodos que no permiten articular bien el tejido social. En consecuencia, ¿por qué no proponer todas las respuestas y orientar *por el buen camino* a los que se han convertido en nuestros sujetos de estudio?

La tentación es fuerte, seductora y una buena oportunidad de transformar la realidad desde nuestra propia visión. Pero hacerlo sería tanto como afirmar que nosotros somos los que valemos. Vivimos inmersos en una cultura del yo, en la que el camino de proponer nosotros el destino de otros es casi natural; presuponemos que esta cultura egocéntrica es hija, y madre a la vez, de una fragmentación de la realidad, en la que confundimos *nuestra* vida con *la* vida, y nuestras ideas con la solución. Siguiendo a Duch (2004), afirmamos que nuestra conciencia fragmentada nos impide reconocer el testimonio de otros porque su vida no coincide con nuestra interpretación de la misma. Cuando nos cruzamos con el otro, lo consideramos un encuentro provisional, y en un mundo donde el tiempo es clave, donde la aceleración es pi-

lar para estar, lograr y tener, damos poca importancia a esos encuentros, testimoniales sin voz porque nos alejamos antes de preguntarnos qué implican las palabras pronunciadas por otros.

Este encuentro con la realidad a través de los *ninis* es una buena oportunidad para aceptar que la investigación en su dimensión ética es un campo propicio para dar voz y para, alejándonos de la provisionalidad, apuntalar una conciencia social, que nos lleve a decir: existo, luego reflexiono; reflexiono, luego me comprometo; me comprometo, luego reconozco la existencia del otro; el otro existe, luego tiene voz, memoria, vida; tiene voz, memoria y vida, ¿luego lo trato con dignidad? La respuesta a esta pregunta le da sentido a la lectura de estas páginas, y es una invitación a erradicar silencios que debieran resultar incómodos.

Las oportunidades de explorar los márgenes

Hace casi un siglo, Antonio Machado (2009) escribía y describía una realidad que constataba:

De lo que llaman los hombres
virtud, justicia y bondad,
una mitad es envidia,
y la otra no es caridad.

Palabras radicales, cuestionamiento frontal sin duda, pero sobre todo, oportunidad para que hoy, desde los parámetros que nos brinda este proyecto compartido, demos un paso ha-

cia donde no siempre caminamos, hacia los márgenes, donde, usualmente, preferimos creer que no hay nada.

La ética de la responsabilidad solidaria implica no quedarse en uno mismo y salir al encuentro del otro; significa, en el contacto con el otro, no quedarse en asistirlo, sino aceptar que tanto él como yo requerimos sabernos nosotros, distintos, complementarios, necesitados, hijos de historias que se cruzan invariablemente. La perspectiva ética adoptada, al hacer investigación, supone que el otro, lo mismo que el investigador, al descubrirse mutuamente, están abiertos a escuchar sus respectivos relatos, a reconstruir su vida y, escuchando estas narraciones, atreverse a llegar a los bordes de las mismas. En otras palabras, acercarse al otro debe ser una invitación para creer que su vida no está predeterminada, más allá de los condicionamientos que nuestra biografía tiene, y que es posible acercarse a los márgenes de cada historia, reconociendo la factibilidad de que el mundo sea de otro modo.

La investigación, vista desde la racionalidad imperante en nuestro mundo, por supuesto que aspira a expandir los límites del conocimiento, y lo suele hacer desde una perspectiva pragmática, donde el conocimiento, presuntamente neutral es lo que se amplía. La dimensión ética de la investigación, particularmente si ésta es vista como reconocimiento del otro, nos lleva a entender que lo realmente importante como descubrimiento son los márgenes de la vida, tanto las zonas oscuras que quisiéramos no abordar por comodidad, como las áreas inexploradas, tal vez intuitivas, aunque ignotas en este momento.

Desde estas coordenadas, creemos que esa ignorancia es vencible. Mínguez (2011) señala que la historia de la humanidad nos ha forzado a responder resignada y fatalmente ante

innumerables situaciones de sufrimiento injusto; no obstante, nuestra conciencia nos muestra que el mal no necesariamente se impone de forma definitiva. Este comentario no es moralidad superficial, sino reconocimiento de la dimensión ética en la investigación. Si la ética es una reflexión sobre la bondad y maldad de los actos humanos, el producto de cualquier investigación que conscientemente pretenda ser desarrollada bajo parámetros éticos, implicará aspirar a que los resultados muestren cómo y desde dónde es posible atacar las circunstancias que entendemos como generadoras de malas condiciones de vida; esto nos lleva a explorar límites, a reconocer esas condiciones incómodas, y la respuesta es nuestra responsabilidad.

Ética de la responsabilidad solidaria y construcción de ciudadanía

Lo propio de la ética es preparar a la persona para que, reconociéndose como tal, pueda dialogar de frente con los demás hombres, más allá de las circunstancias concretas de los dos. Vencer las condiciones que malogran la vida humana es una tarea que puede llegar a mejor puerto cuando aceptamos que hay condiciones que se ven favorecidas si las enfrentamos desde el nosotros.

El investigador, no hay que olvidarlo, es un sujeto moral, que actúa consciente, voluntaria y libremente; dado que actúa bajo esas condiciones, es responsable de sus acciones y de las consecuencias de éstas. Por ello es que la investigación educativa gesta siempre una relación ética; partiendo de las

interacciones entre el investigador y su objeto de estudio, del investigador y las personas que son estudiadas, del investigador y las consecuencias que se deriven de sus estudios, es posible desarrollar argumentos sobre lo bueno –o lo malo– que dichos actos generan en el desarrollo del ser humano. Duch (1997, 22) ha escrito, y el planteamiento es al menos igualmente válido o más en este tiempo que «la trágica realidad de nuestros días consiste en que hay muy pocas comunidades que, al menos tendencialmente, busquen este encuentro inmediato, cara a cara, corazón a corazón, de sus miembros». La investigación, desarrollada en ambientes educativos, debiera estar orientada a la búsqueda de un encuentro, cara a cara, entre el investigador y su entorno, donde otras personas como él generarán relaciones y cuestionamientos éticos.

Por ello, desde nuestra óptica, una vertiente natural de la investigación educativa permite aportar nuevos elementos para construir la ciudadanía. El diálogo con el otro implica que, al reconocer su memoria, sus narraciones de la vida y descubrir que ese camino se cruza con el mío, permite entender que esos espacios históricamente comunes son cuestiones públicas, en tanto que no me afectan sólo a mí, o únicamente a él, sino que son experiencia social, no acabada, sino en constante movimiento y por tanto, pese a las limitaciones de nuestras fuerzas, oportunidad para lograr que nuestra respuesta sea excéntrica, salga de los márgenes de nuestra vida para atrevernos a tocar la vida de otros, y sin saber de antemano cuál será el resultado de ese atrevimiento, creer que ahí se generará una esperanza.

Hay que tener cuidado, como lo señala Ortega (2010), que ese encuentro con el otro no se quede en un acercamiento intelectual. La ciudadanía sólo se construirá si acogemos al

otro con un nombre concreto, que vive circunstancias históricas precisas y en consecuencia reclama pasos aterrizados para provocar cambios en su entorno desde su propia vida, ayudándole a reconocerse como agente (moral, cívico, político, cultural, etcétera) que tiene el mismo derecho a decidir sobre su vida como lo tengo yo sobre la mía. Asumiendo ese primer paso, la crisis ciudadana que vivimos tendrá posibilidades de superarse, y sabremos existencialmente que otra forma de ver y crear el mundo será posible.

Investigando o caminando al encuentro del otro desde principios concretos

No hay que perder de vista que la dignidad de cada participante en el estudio es más importante que el avance del conocimiento científico, y por tanto, el respeto a cada persona se encuentra por encima del reconocimiento o el beneficio personal que se pueda obtener. Dicho esto en términos simples, parece un camino trazado, mas no es así; la brecha debe ser abierta a cada paso de la investigación. En los meses que nos ha llevado el estudio hemos tenido presente que ese cuidado del otro implicaba aceptar algunas pautas de comportamiento, ligadas en principio a la investigación, que asumimos conscientemente y las señalamos como referentes que nos han orientado:

- *Cuidamos el principio de dignidad.* Como investigadores, procuramos no olvidar que trabajamos con personas; no son objetos, ni medios, ni recursos. Trabajamos con

informantes clave, tuvimos contacto con grupos sociales emergentes, hablamos con expertos, subcontratamos analistas, debatimos con colegas; todos ellos son personas, y por tanto sujetos con dignidad, con capacidad para tomar decisiones autónomas y con posibilidad de elegir su propio camino de desarrollo. Sobre todo, hemos tenido cuidado en el contacto con las personas que por situaciones de marginalidad en su vida: cultural, social, racial, educativa, sexual, religiosa, política, carecen de voz o ésta tiene un peso menor en relación a la nuestra.

- *No olvidamos el principio de responsabilidad.* Como grupo de investigación somos responsables de lo que suceda a otros con este proyecto. Esto implica tanto una responsabilidad antecedente como una consecuente, ya que, desde el modelo teórico de investigación que elegimos, adquirimos una responsabilidad, con consecuencias previsibles en los resultados, y llevándonos este mismo principio hasta asumir aquellos efectos no previstos que surjan en el transcurso de la misma. Desde luego, el criterio de proximidad va marcando las fronteras de nuestra responsabilidad, cuidando que no sirva de argumento para exculparnos ante cualquier efecto negativo no previsto.
- *El principio de justicia ha sido un elemento clave a la hora de obtener conclusiones o hacer recomendaciones y propuestas.* Como investigadores somos responsables de no emplear a un grupo o persona en situación de riesgo para favorecer exclusivamente a otro. Y siendo aún más radicales, nos compete que a cada involucrado en la investigación le corresponda lo que en justicia le pertenece, desde el

reconocimiento intelectual hasta los beneficios sociales que puedan surgir.

- *Buscamos el principio de veracidad.* La investigación tiene razón de ser cuando sirve para buscar la verdad. Esto implica ser congruentes intelectualmente, reconociendo el origen de las ideas o modelos teóricos que nos han servido de andamiaje, lo cual es un paso obligado al escribir. Buscamos igualmente ser consistentes con los resultados encontrados, sin forzar los datos para aproximarnos al punto donde nos interesaba llegar. Un buen ejemplo de esto lo encontramos al revisar lo que sucedió con la dimensión religiosa, originalmente contemplada y luego descartada dada su poca significatividad entre nuestros informantes.

Aceptamos que como investigadores no podemos ser neutrales, pues somos hijos de una formación en un tiempo dado y tenemos una biografía que nos condiciona, y somos conscientes de los sesgos que nuestro comportamiento (observación, interpretación, participación) es capaz de generar. En consecuencia, cuidamos tanto como ha sido posible, que nuestras creencias, actitudes e intereses no marquen la obtención de datos ni su interpretación.

Hasta qué punto hemos logrado todo lo anterior no se verá en este momento, sino cuando, producto de este trabajo, la condición de precariedad de los *ninis*, de sus familias, de sus vecinos, los aleje del círculo de la fatalidad, y nuestras ideas sirvan para que sus propias vidas se expandan hacia otros horizontes posibles.

El ser humano como heredero de otras narraciones

En la mitología griega hay una historia que facilita comprender lo que significa la ética de la responsabilidad solidaria, y que nos ayuda a complementar las ideas que hasta aquí hemos desarrollado. Nos referimos a la historia de Deméter y Perséfone. No queremos hacer un estudio sobre mitología, sino que, moviéndonos libremente en la narración y en su interpretación, aprovechamos para dejar que el mito cumpla su función: que la imagen y la intuición nos acerquen a una realidad que la palabra racionalizada vuelve distante y no permite captar en toda su fuerza.

Deméter, hija de Cronos y de Rea, es la diosa maternal de la tierra, íntimamente ligada a la vida que brota de ésta, particularmente al trigo; de hecho en la mitología romana es conocida como Ceres, y de ahí se deriva la palabra cereal. El punto que nos interesa es que la diosa en cuestión tiene una hija con su hermano Zeus, a la que llama Perséfone. Para comprender la trama de la historia es necesario imaginar a esta joven diosa tan bella y agraciada como uno quiera suponerla, al grado que llama la atención de Hades, su tío y dios del inframundo. Ante los requerimientos de éste, ella lo rechaza, no mostrando interés por el matrimonio, y viviendo feliz en contacto con la naturaleza.

Hades notifica a Zeus que su hija lo ha impactado, y que desea tomarla por esposa, ante lo cual éste último no toma una postura definida, bien por no querer contrariar a un dios tan temible, bien por no afrontar a su propia esposa. En muchas ocasiones quedarse callado es una aprobación tácita, por lo que en esta circunstancia, aprovechando esa

dilación, Hades vigila cauteloso a la diosa, y un día en que la encuentra cortando un lirio en medio de una pradera, el dios del inframundo abre la tierra y se lleva a la joven a su propio reino bajo el suelo. En su intento por defenderse, lo único que logra hacer Perséfone es lanzar un grito antes de que la tierra se cierre tras de sí. Su madre lo escucha, aunque, al buscarla, no encuentra señal de la joven.

¿Qué siente un padre o una madre cuando un hijo desaparece? Imaginemos pues a la diosa madre que de pronto descubre la ausencia de su única hija; cuenta la historia que empieza a buscarla, cada vez con mayor desesperación, sin recibir ayuda de Zeus. Cada día que pasa sin saber de su hija, Deméter es incapaz, o no quiere, atender su ocupación de fertilizar el mundo, centrando toda su energía en buscar a la desaparecida, recorriendo toda la tierra sin encontrar alguna pista, y dejando tras de sí una aridez que viene a trastocar el orden de la naturaleza. Cuando Zeus lo nota, le pide a Deméter que vuelva a transmitir fertilidad a los campos de cultivo, a lo cual ésta se niega hasta que encuentre a su hija. Ello pone a dudar al dios sobre si decirle a su esposa que ha sido el propio tío quien la ha raptado. Para fortuna de la madre, sus angustias mueven a Helios, dios del sol que todo lo ve desde lo alto, que ha sido testigo de la forma en que la joven fue arrebatada del campo, a revelar lo que ha visto sobre el rapto.

Deméter sabe que sola no puede contra el poder de Hades, así que le plantea un punto a Zeus: o la ayuda a recuperar a su hija, o la tierra no tendrá fertilidad, y en consecuencia, la vida acabará. Zeus intenta diversos argumentos para convencer a su esposa de seguir con la vida de antes, topándose con la férrea determinación de la madre, por lo que se ve obligado a ha-

blar con el dios del inframundo para que regrese a Perséfone. Éste accede a regañadientes, jugándose una carta oculta bajo la manga. Sabe que si Perséfone prueba alimento en el inframundo, la joven no podrá desligarse de ese reino, por lo que convenientemente coloca una granada madura y abierta en el camino de regreso a la superficie, de manera que Perséfone prueba un grano sin saber que así sellaba su suerte. Al llegar a la superficie, donde Zeus y Deméter esperan, les notifica que la joven ha probado alimento del inframundo, por lo que ha quedado ligada a él para siempre. Ocurrido lo anterior, Zeus consigue que durante dos tercios del año su hija pueda vivir en la superficie, tiempo en el que su madre, por la alegría del reencuentro, reparte fertilidad, permitiendo así que broten los frutos, y cuando la joven regresa a vivir con Hades, el paso triste de Deméter seca la tierra y la vuelve estéril.

Los griegos explican de esta forma el paso de las estaciones. Pero el mito nos interesa para hablar de nuestra responsabilidad con el otro. Deméter es la imagen del compromiso, de la preocupación por el otro; asume que es responsable de su hija, y su vida queda comprometida con ella. No obtiene de su descendiente ningún bien material, no es por eso que la busca. No recibe de su hija más poder, ni fama, ni apuntala su posición en el panteón olímpico. Lo que obtiene de ella es su presencia misma. Reconoce que Perséfone, por existir, es digna de ser reconocida, de ser buscada, y tiene derecho a no perderse por voluntad de otro. Ella, diosa de la fertilidad de los granos, se arriesga y deja su posición para permitirse buscar a su hija, y lograr que ésta vuelva a la vida que ha optado.

Zeus es el padre, a pesar de lo cual su preocupación por la suerte de la hija es casi inexistente. Le preocupa pragmáticamente, porque su ausencia implica indirectamente que la tie-

rra pierda su fertilidad. No es movido por la vida de su hija, sino por la falta de vida del mundo que le pertenece. Zeus no ha descubierto cara a cara a su hija, sino que responde ante una necesidad que lo incomoda; Deméter lo interpela, y para que el mundo siga su curso normal, él acepta negociar con Hades, convirtiendo a su hija en moneda de cambio: la presencia temporal de Perséfone en la superficie y en el inframundo le parece aceptable, a cambio de que los cereales broten.

Perséfone, siendo hija de dioses, es mostrada como un ser frágil. Por eso le ha resultado sencillo a Hades secuestrarla; y la metáfora resulta trágicamente oportuna, pues muestra con claridad lo que sucede cuando quien tiene poder para decidir se impone al otro. Ella es arrebatada de su propio proyecto existencial para vivir el proyecto del poderoso. Ante el dios del inframundo ella no tiene voz, no tiene voluntad, y parece perderse para los demás. Sin darse cuenta, pues ella está en el reino de Hades, su ausencia de la tierra ha provocado más que un vacío: sequedad, infertilidad, falta de vida son las secuelas de que su rostro se haya perdido. ¿Cuántas Perséfonas nos encontramos en nuestro entorno inmediato? ¿Cuánta vida se ha perdido por los rostros olvidados?

Difícilmente podemos imaginar relaciones más cercanas que las de una madre y un padre con sus hijos. En este caso, ella adopta una ética de la responsabilidad solidaria; él, una ética utilitarista. Si esta investigación nos ayuda a que socialmente seamos menos Zeus y más Deméter, el proceso nos habrá vuelto más humanos. Esperamos, por ello, que el resultado de este proyecto nos facilite reconocernos como herederos de otras narraciones, aceptando que nos re-creamos en el contacto con los otros, y que ello es posible porque nuestra

LA GENERACIÓN NINI. LOS HIJOS DE LA PRECARIEDAD

propia vida, nuestra memoria y la forma en que la narramos, no está cerrada, sino abierta a descubrir otros márgenes, que, paradójicamente, al mismo tiempo nos vuelven más frágiles y más fuertes.

LA JUVENTUD DEL SIGLO XXI:

ENTRE LA DISTOPÍA Y LA INCERTIDUMBRE

Ser joven implica estar en un periodo de transición: de la niñez a la adultez, de la obediencia a la autonomía, de la imitación a la identidad propia. En estos cambios son inevitables las crisis y la inestabilidad, pero sólo para encontrar de nuevo, después de un tiempo más o menos largo, la calma. Son muchos los que han pasado por este viraje y han sobrevivido de manera satisfactoria. Pero ser joven dentro de una sociedad que parece haber adoptado como estado permanente la crisis y la incertidumbre, resulta hoy, por demás, un asunto complejo y angustiante.

Es cierto que «parecer joven» se ha convertido en una mercancía, en un valor agregado que nadie desea perder, porque entonces, viene la posibilidad de ser desechado laboral o socialmente. Sin embargo, casi nadie quiere volver a tener quince años, sobre todo si, como lo menciona el reporte de los Riesgos Globales 2012 que emite el foro económico de Davos, Suiza,

por primera vez en la historia ningún padre puede asegurarle a sus hijos que el futuro será mejor que el pasado que ellos vivieron (World Economic Forum, 2012).

Los jóvenes, bajo esta dinámica, enfrentan mundialmente un periodo de distopía, lo cual implica un escenario contrario a lo esperado de manera ideal o utópica. La realidad tiende a volverse peor que lo vivido anteriormente, en términos de oportunidades laborales, de acceso a la salud, a la educación, a la vivienda, y a todo aquello que la modernidad prometió algún día bajo el concepto todavía incuestionable del progreso.

Pareciera como si los principales actores sociales: el Estado, la religión, la familia, la escuela, han empezado a diluirse, a fragmentarse, cayendo en una especie de adolescencia estacionaria, en el sentido etimológico de la palabra, que implica «lo faltante, o lo que adolece». ¿Cómo puede ser posible que instituciones o sistemas de acogida –como las llama Duch (2005)– tan fundamentales para la vida cotidiana, se hallen en franca descomposición?

El diagnóstico: una sociedad de excesos

La cultura-mundo: la sociedad de los hiper

Una de las vías para entender este panorama, se encuentra en la multifacética cultura-mundo, como la llaman Lipovetsky y Serroy (2010), donde el hiperconsumo y la hiperindividualidad se han vuelto parte cotidiana del acontecer. Hoy, casi todo tiende a verse desde la perspectiva de la mercancía, de lo intercambiable y, por lo tanto, de lo desechable. Esto incluye desde los aparatos electrónicos

hasta el empleo, la educación y el matrimonio. Los desechos se presentan como un producto básico de la sociedad ya que todo tiende a perder utilidad. Al perderla quedan inservibles y fuera del ámbito de lo relevante, por tanto, desatendidos, descartados y erradicados.

En éste modelo, según los autores, se han evaporado las grandes utopías, al mismo tiempo que los sistemas y valores tradicionales que han sobrevivido ya no tienen un papel articulador. Se amontonan las expectativas truncadas para millones, al mismo tiempo que el índice de mortandad de la esperanza de progreso se eleva. Dicha fragilidad social expresa la completa ausencia de lazos sociales, de cuales poder apoyarse para resistir la caída, o mejor dicho, confirma, que la presencia de lazos frágiles de los cuales intentan sujetarse los individuos se van quebrando en el camino. «El mundo hipermoderno está, bajo esta perspectiva, desorientado, inseguro, desestabilizado, no de manera ocasional, sino cotidianamente, de forma estructural y crónica» (Lipovetsky y Serroy, 2010, 19).

La vida líquida: la sociedad de la inestabilidad

Estructuralmente la sociedad se ha vuelto líquida –la expresión, acuñada por Zygmunt Bauman (2002)– da cuenta del tránsito de una modernidad «sólida» –estable, repetitiva– a una «líquida» –flexible, voluble– en la que los modelos y estructuras sociales ya no perduran lo suficiente como para enraizarse y gobernar las costumbres de los ciudadanos y en el que, sin darnos cuenta, hemos ido sufriendo transformaciones y pérdidas, como nuestra percepción de la duración del mun-

do. Vivimos bajo el imperio de la caducidad y la seducción en el que el verdadero «Estado» es el dinero, donde se renuncia a la memoria como condición de un tiempo post histórico. La vida líquida está dominada por una inestabilidad asociada a la desaparición de los referentes a los cuáles anclar nuestras certezas (Vázquez, 2008).

Un mundo sin lugar para certezas, como el planteado por la vida líquida, genera un ambiente cuya característica central es la incertidumbre, pero no de cualquier tipo sino una que es asombrosamente novedosa. Así lo afirma Bauman (2002, 157) cuando dice:

los temidos desastres que pueden privarnos de nuestros modos de vida y sus perspectivas no pueden ser repelidos ni enfrentados o mitigados mancomunando fuerzas, cerrando filas o debatiendo y acordando conjuntamente líneas de fuerza. Ahora los más horribles desastres arrecian al azar, y escogen a sus víctimas siguiendo una lógica bizarra o sin lógica aparente, repartiendo sus golpes en forma caprichosa, haciendo imposible predecir quién está condenado y quién se salvará. La incertidumbre actual es una poderosa fuerza de individuación. Divide en vez de unir, y cómo no es posible saber quién despertará mañana es qué se vuelve una ficción.

En ella se vive en un campo de batalla, con innumerables bajas, como suele llamarse eufemísticamente a los marginados y excluidos. Las bajas se tildan, según Bauman (2011), de daños colaterales en la medida en que se descartan porque su escasa importancia no justifica los costos que implicaría su protección. En consecuencia, los pobres, cada vez más criminalizados, son candidatos naturales al daño colateral,

marcados de forma permanente, con el doble estigma de la irrelevancia y la falta de mérito.

El Estado, frente a esta realidad de vulnerabilidad e incertidumbre que resulta de la lógica social de la vida líquida, se lava las manos y nos trata de convencer que la fragilidad de la posición social es un asunto privado, un problema que debe resolverse y sobrellevarse valiéndose de los recursos personales. Entonces, el volumen de nuestras preocupaciones habrá crecido

porque la brechas que se abren entre nuestro medios de acción efectiva y la magnitud de las tareas que enfrentamos y estamos obligados a zanjar se han vuelto más evidentes, más ostensibles, y aterradoras. Lo que la vuelve horrenda y amenazadora es nuestra recién percibida impotencia (Bauman, 2011, 135).

La sociedad del riesgo

La sociedad desde esta perspectiva, y parafraseando a Beck (2006), se convierte en un laboratorio donde pareciera que no hay nadie a cargo. Donde los individuos se enfrentan a una cantidad inabarcable de líneas de ruptura, de saltos y de abismos, entre los cuales nadie sabe muy bien cómo orientarse. El futuro se vuelve pluridimensional, los modelos explicativos de los mayores ya no se sostienen. Existen muchos más enigmas que soluciones y, si se observa bien, las propias soluciones se revelan como costales repletos de enigmas.

Bajo esta dinámica, los ciudadanos se quedan sin brújula social que los oriente y en caso de querer buscarla en las instituciones que tradicionalmente los protegían (familia, religión, ciudad y escuela), lo único que se encontrará será un

«usted hágase cargo», recayendo así todo sobre ellos. «Sólo a ellos (ciudadanos) le corresponderá descubrir qué son capaces de hacer, ampliar esa capacidad al máximo y elegir los fines a los cuales aplicar esa capacidad, aquellos que le produzcan mayor satisfacción» (Bauman, 2002, 78).

Ahora bien, en caso de presentarse algún obstáculo en la consecución de las metas planteadas, sea una enfermedad, un despido, o una expulsión de la escuela, no será culpa, ni cercanamente de las empresas que contaminan, del estrés laboral o de la incapacidad escolar para ser estimulante, sino se presupondrá que no se ha sido lo suficientemente constante y voluntarioso; porque no se ha aprendido a pasar las entrevistas con éxito, o porque ha faltado resolución o porque se es, lisa y llanamente, un vago (Bauman, 2002). Desde este panorama el futuro será, en el mejor de los casos, oscuro y borroso, y muy probablemente lleno de riesgos, entendidos como:

aquellas situaciones socio-económicas ante las que la población es vulnerable. Vulnerabilidad sería la probabilidad de ocurrencia de un riesgo. En este sentido, no hablamos de riesgo sólo cuando este acaecimiento implique pérdidas objetivas en el bienestar social de las personas, sino también cuando se produzca una percepción subjetiva de la vulnerabilidad (Huesca, 2003, 1).

La mayoría de estos riesgos son, según Beck (2008), resultado de decisiones conscientes, tomadas para obtener, para unos cuantos, ventajas económicas y por otro lado, el cálculo racional que implica el peligro del llamado progreso. Así, el riesgo del desempleo, será el resultado del éxito de la productividad; el riesgo de la contaminación,

el resultado de la disposición ilimitada de artículos de consumo. Esto significa que, mientras que determinados sectores sociales obtendrán beneficios de la generación de riesgos, otros verán deteriorado sus proyectos de vida, al no acceder a los recursos necesarios para subsistir.

El mundo será un sitio agradable y hospitalario para algunos, pero hostil e inhóspito para otros. A éstos últimos se les impedirá seguir el patrón que los primeros han establecido. Pero desde el primer momento, ese patrón no fue pensado para ellos. Además, si hubiera sido diseñado para la adopción masiva y no para el privilegio exclusivo y bien salvaguardado de unos pocos, no les traería los beneficios por los cuales sus impulsores lo habían celebrado. El riesgo se convierte, finalmente, en «una creación humana, producto de la unión del saber técnico y del cálculo económico» (Beck, 2008, 49).

Será entonces, cuando el camino para la exclusión social estará abierto; millones de individuos estarán sujetos a un proceso de acumulación de desventajas, en el que se encadenarán y potenciarán recíprocamente experiencias y situaciones de riesgo, en distintos espacios de la vida, que no solamente supondrán condiciones de existencia desfavorables sino un paulatino debilitamiento y fractura del lazo social (Saviri, 2009). El miedo y la desconfianza vendrán a instalarse como parte fundamental de sus vidas, de su no ser-personas. Pero no será cualquier miedo, sino el más temible, aquél que:

brota cuando su base es difusa, dispersa, poca clara; cuando flota en el aire, sin vínculos, sin anclas, sin hogar ni causa nítidos, cuando nos ronda ni ton ni son; cuando la amenaza que debíamos temer puede ser entrevista en todas partes, pero

resulta imposible de ver en ningún lugar concreto. Miedo será el nombre que le daremos a nuestra incertidumbre: a nuestra ignorancia con respecto a las amenazas, a lo que hay que hacer para detenerla en seco, o para combatirla, si pararla es algo que está más allá de nuestro alcance (Bauman, 2007, 10).

Incertidumbre, vulnerabilidad y miedo formarán parte inexorable de nuestras vidas, de las cuales nadie podrá escapar, se parecerán a la «ley de nadie» que es la más tiránica de todas las formas del poder, porque en tales circunstancias no se puede responsabilizar a nadie. Todo individuo, ante esta situación quedará finalmente, remitido sólo a sí mismo, a moverse y actuar lo más rápido posible, lo que más les acerque a la instantaneidad de movimiento. Las personas que no pueden moverse tan rápido, especialmente las personas que no pueden dejar su lugar a la voluntad, serán entonces las dominadas, mientras que las primeras los dominantes (Bauman, 2002).

La sociedad de los individuos por exceso

La última vía que permite complementar el análisis de las condiciones sociales actuales y por ende entender el derrumbe de las instituciones de acogida, se encuentra en lo que Castel (2010) ha llamado «dinámica de descolectivización, o de reindividualización», donde existe una directa exhortación social y política a ser individuos, a hacerse cargo de uno mismo y liberarse de los soportes colectivos. Una sociedad en la cual la capacidad de conducirse como un actor social responsable es cada vez más requerida y cada vez más valorizada, llegando incluso a los extremos de una cultura de la subjetividad, que ha olvidado que vive en sociedad.

Bajo estas premisas se tendría, según Castel (2010), dos tipos de individuos, *los calificados*, que salen a flote muy bien frente a esta nuevas exigencias y *los por defecto* que son importantes para hacer frente positivamente a la novedad. Si bien estos «malos individuos» tienen ambiciones y deseos, les faltan los recursos para llevar a cabo sus proyectos y ser dueños de sus elecciones. Viven al día y dependen casi siempre de la ayuda de los otros, invalidando así sus aspiraciones sociales. Son así amenazados de invalidación social, porque se desconectan de los soportes colectivos que les procuran las condiciones de base de su independencia social.

Los resultados: vidas desperdiciadas

Con esta carga tan pesada de realidad, los jóvenes deberán construir sus proyectos de vida; en medio de un desempleo galopante a nivel mundial se les pedirá, a como dé lugar, aferrarse a un sistema educativo cada vez menos capaz de articular una propuesta que genere sentido, que les permita vincularse con un mercado que es selectivo y caprichoso.

Entonces la decepción, el abandono y la impotencia se apoderarán de sus discursos, gestos y dinámicas sociales. Originadas por una promesa de felicidad que se anuncia en cada esquina, pero que vista desde la vida cotidiana se convierte en una dura prueba que generalmente termina en frustración: por no haber quedado en la escuela preferida, por no haber sido elegido para el puesto deseado, por no poder adquirir la tan anhelada independencia económica que les permita un proyecto propio.

Aparece así, en muchos jóvenes, la apatía y el desgano por participar en los asuntos públicos: ¿para qué hacerlo? –se pre-

guntan—, si todos incumplen, todos mienten. «¡Que se vayan todos!», gritaban los jóvenes en la calles de Buenos Aires, refiriéndose a sus gobernantes, en aquellos días de la caída estrepitosa del milagro argentino que había esperanzado a tantos bajo la dinámica del neoliberalismo, caía destruido por una crisis económica y social sin antecedentes históricos inmediatos.

Ser ciudadanos flotantes, desinstitucionalizados, triturados, pareciera ser hoy el destino de millones de jóvenes que desde la vulnerabilidad intentan elaborar una plataforma que sustente sus vidas. Es aquí cuando emergen los mercados secundarios y subterráneos: la delincuencia, el pandillerismo, la informalidad, la calle, harán su aparición como escenarios que brindarán oportunidades para los excluidos, para los nadie, los que, siendo dueños de la tan anhelada juventud, no son dueños de nada.

Desde aquí se construirán otras historias: de dolor, de desesperanza, de desilusión, historias que conducirán a calles sin salida, muchas de ellas sin retorno. Sucede entonces que las promesas se incumplen, que los sueños se vuelven pesadillas, que las cárceles y los centros de rehabilitación empiezan a llenarse de proyectos fallidos, interrumpidos abruptamente por el dolor de la carencia y el abandono.

El camino: construir esperanza

Y, sin embargo, el mundo se mueve. Las familias siguen creyendo que le deben apostar a la educación, a los valores, al trabajo honesto; aunque para ello deben elegir de entre sus hijos al más apto para seguir estudiando; aunque deben pasar en promedio diez horas diarias en un trabajo que apenas les

alcanza para seguir en lo mismo. La solución se vislumbra desde el atardecer, los caminos se abren, la esperanza respira en los ojos de algunos jóvenes y adultos que no se dan por vencidos, que se resisten a fracasar, que se organizan para exigir lo que es de ellos: el futuro, o mejor dicho el presente con oportunidades para ser, y para hacer de sus vidas proyectos realizados. Como lo menciona Mario Benedetti (2004) en su poema, «¿Qué les queda a los jóvenes?»:

¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de paciencia y asco?
¿sólo grafitti? ¿rock? ¿escepticismo?
también les queda no decir amén
no dejar que les maten el amor
recuperar el habla y la utopía
ser jóvenes sin prisa y con memoria
situarse en una historia que es la suya
no convertirse en viejos prematuros

¿qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de rutina y ruina?
¿cocaína? ¿cerveza? ¿barras bravas?
les queda respirar / abrir los ojos
descubrir las raíces del horror
inventar paz así sea a ponchazos
entenderse con la naturaleza
y con la lluvia y los relámpagos
y con el sentimiento y con la muerte
esa loca de atar y desatar

Ser necios, obstinados, por una realidad que no está definida o cerrada, que se está haciendo, que se construye a diario. Les queda rescatar de aquellos que se la han adueñado, a la política, esa vieja palabra que implica ocuparse de lo público, de aquello que a todos compete. En palabras de Silvio Rodríguez, en su canción «El necio» (1991):

yo quiero seguir jugando a lo perdido
yo quiero ser a la zurda más que diestro
yo quiero hacer un congreso del unido
[...] más yo seguiré soñando travesuras
(acaso multiplicar panes y peces).

Finalmente, lo que no se puede hacer ante dicho escenario es esperar caudillos, mesías políticos o empresariales que vendan soluciones inmediatas a problemas complejos, sino más bien, una reorganización de la sociedad civil que defienda los derechos universales y regule la economía poniéndola al servicio del bien común. Esto implica tener como base una ética sustentada en la compasión y la liberación, cuya finalidad sea que el mismo empobrecido se convierta en sujeto de su propio proceso, mostrándose como una fuerza capaz de transformar la historia en el sentido de una mayor inclusión y participación de todos en los bienes materiales y culturales.

México: un escenario propicio para la vulnerabilidad

Los riesgos, la vulnerabilidad y la incertidumbre serán mucho más intensos en los países donde el Estado y sus estruc-

turas sociales de acogida (familia, religión, ciudad y escuela) no tengan la posibilidad de otorgar a sus ciudadanos un lugar significativo en el presente, que les brinde convicción acerca de algún destino (Suárez, 2010). Al respecto, Valenzuela afirma que

México presenta rasgos preocupantes de vulnerabilidad, desigualdad e inseguridad social. La primera se define a partir de elementos que limitan la construcción de proyectos de vida viables de amplios sectores de la población. La vulnerabilidad se sustenta en la pobreza, la ausencia de empleos, el deterioro de las instancias de seguridad social, la creciente inseguridad y el miedo, mientras que la desigualdad se alimenta de la concentración de riqueza en unas cuantas manos, la corrupción gubernamental que favorece la acumulación privada, los privilegios de los de arriba, el uso faccioso de la justicia (2010, 316).

Desde este panorama sombrío, el país está por enfrentar una época donde se incrementará drásticamente la demanda de educación, salud, trabajo y vivienda debido al llamado bono demográfico que según el Conapo (2009):

consiste en el potencial que significa tener a un gran número de personas en edad productiva sobre todo jóvenes, que superan a las que se encuentran en situación de dependencia, y con lo cual se mejorarían las condiciones de vida, pues habría más gente trabajando que quienes no lo hacen.

Esto implica que, dadas las condiciones de pobreza y polarización de la distribución de la riqueza del país, el bono

demográfico jugará contra las posibilidades de esta fase. Dichas condiciones de precariedad social significan para Peñaloza (2010) que los jóvenes en un corto y mediano plazo verán oscurecidos sus proyectos y perspectivas a causa de la pobreza, la falta de empleos o la precarización y alta volatilidad en los trabajos existentes. Estos serán los marcos sociales desde los cuales los jóvenes construirán sus rutas, trayectos y travesías de vida que no siempre coincidirán con sus proyectos originales y, en muchos casos, se conformarán en los campos de la informalidad e ilegalidad que nuestras sociedades generan.

La escuela bajo condiciones de precariedad e individuación

Sobre las transformaciones sociales anunciadas por Bauman y Beck, Suárez afirma que

la escuela ya no es más, fundamentalmente aquella instancia mediadora que prepara juventud para la vida social. Ahora la educación ha dejado de ser un punto de referencia fiable para los jóvenes, quienes, en su mayoría, experimentan la sensación de estar siendo lanzados a un mundo que ellos no escogieron ni diseñaron, en el que se ven obligados a emprender la arriesgada misión de vivir descolocados es decir, sin colocación segura y, para colmo, bajo la sospecha de que no son poseedores de la orientación y las competencias suficientes para dominar la contingencia o gestionar cambios (2010, 97).

Escasez de recursos e incapacidad sistémica de otorgar a los jóvenes ámbitos de sentido por parte de la escuela, están siendo las coordenadas que generan uno de los «ni» que conforman la palabra *nini*. No estudian, sino que desertan, se marginan porque no les gusta, no se adecua a sus intereses o simplemente son excluidos por una institución que, según Brater, «se encuentra introduciendo a sociedades que ya no existen o que sólo tienen significado para pequeñas subculturas» (2006, 134). La educación se convierte, desde esta perspectiva, en un elemento de discriminación en el mercado laboral.

A la tensión entre escuelas y juventud, se le agrega el aburrimiento y poco interés que causa en los jóvenes asistir a clases, no sólo porque los contenidos curriculares suelen resultarles irrelevantes e inútiles y los métodos pedagógicos obsoletos, sino porque actualmente no existe ninguna seguridad de que la preparación académica se acompañe de inserción laboral. Así pues, para Suárez (2010), el problema de la educación en México no sólo reside en la escasez de recursos económicos, sino también en la incapacidad sistémica de otorgar a los jóvenes ámbitos de acogimiento, de sentido y de gusto por la asistencia a la escuela.

Jóvenes, violencia e inseguridad

Si bien aún no existe consenso teórico ni resultados empíricos concluyentes sobre la naturaleza exacta de la relación causal entre deserción escolar y delincuencia, sí lo existe entre teóricos y profesionales de la educación sobre el hecho de que ambos fenómenos están asociados (Gil Anton *et al.*, 2009).

Se estima que jóvenes en estas situaciones –que abandonan las escuelas, que faltan a clases o que tienen una autoimagen académica baja– tienen una mayor probabilidad de participar en actividades violentas (Peñaloza, 2010). En el mismo tenor, Reguillo señala que: «el quiebre institucional, el crecimiento de la impunidad, el aumento de la pobreza y la exclusión resultan un caldo de cultivo harto propicio para que las estructuras del narco comenzaran un trabajo tan callado como eficaz en el reclutamiento de un ejército de jóvenes desencantados, empobrecidos y en búsqueda de reconocimiento» (2010, 405).

Ambos autores no comparten la idea generalizada de culpar a la familia y a la pérdida de valores individuales, del aumento de la delincuencia, pero sí coinciden, como se puede observar en las citas anteriores, en relacionar la delincuencia con condiciones estructurales del país. Así lo afirma Reguillo cuando establece no compartir

la idea de que los jóvenes se afilien a las actividades del narcotráfico por la falta de valores y la desintegración familiar. Esta lectura moralizante y psicologista resulta simplista y miope, porque niega, elude o invisibiliza las condiciones estructurales en las que muchos jóvenes intentan armar y construir sus biografías. Y porque desconoce el contexto real en que el narcotráfico opera como mecanismo de empoderamiento de los jóvenes reclutados. De un lado está la dificultad objetiva de acceso al mercado formal de trabajo por parte de la juventud que busca oportunidades de empleo para contar con un ingreso propio (2010, 407).

Así pues, para Reguillo (2010) y Peñaloza (2010), estos jóvenes ingresan como victimarios a la órbita del narcotráfi-

co, pero también como víctimas. Ya que siendo un producto de la tensión social reinante en el país, la vida del narco resulta en un ejemplo de cómo aspirar al poder económico y al reconocimiento de un grupo. Dos cosas que se les niega socialmente por no tener ni educación, ni alternativas laborales significativas.

Por otro lado, Valenzuela (2010), menciona que debido a estos escenarios de incertidumbre y vulnerabilidad, las pandillas se están convirtiendo en espacios sustitutos de las carencias y el desamparo; en ellas, los jóvenes encuentran cohesión y solidaridad, a cambio de lealtad, fungiendo así, como procesos de socialización primaria complementarios o discordantes con las instancias institucionalizadas. Sus miembros han roto el vínculo con dichas instituciones que son clave en el proceso de integración de los individuos a la sociedad. Ni la familia, ni la escuela, están proporcionando protección, cuidado y afecto, deteriorando de esta manera los vínculos emocionales y de pertenencia.

Mercados de trabajo y juventud

La transición escuela-trabajo, de por sí problemática, encierra nuevos dilemas. Por una parte, como se mencionó anteriormente, una serie de evidencias indica que un número creciente de jóvenes ha comenzado a percibir que la educación es incapaz de generar una mejora en sus condiciones de vida, esto no sólo a partir de la experiencia propia, sino como expresión de una pérdida de credibilidad de la educación en cuanto vía de movilidad social. En otro tenor, como señala Peñaloza (2010, 150):

el mercado de trabajo en que los sectores populares cifraban tradicionalmente sus expectativas de mejoramiento ha experimentado el mismo descrédito, en un contexto de extendida precariedad laboral y trayectorias laborales estancadas en la pobreza. Así tanto en México como en otros países de nuestra región han sugerido alternativas que se colocan a la par de la escuela y del trabajo. La crisis del sentido de ambas instituciones ha habilitado la aparición de nuevos competidores como la migración, las actividades ilícitas o la evasión.

Muchos jóvenes saben muy bien que, aunque tengan un trabajo, son desechables porque atrás de ellos hay muchos solicitantes esperando vacante. No sirve tampoco adquirir experiencia, porque el siguiente empleo quizá sea otro tan distinto que la trayectoria previa no importe. Este tipo de empleos son los más usuales, porque están todavía vinculados con la concepción clásica de ocupación. En ellos se acentúa la fragilidad porque la tecnología es enemiga de esta mano de obra (Pérez, 2010).

De esta manera, a la precariedad laboral se suma la amenaza del desempleo, que según Suárez (2010, 111):

siembra y cultiva en los jóvenes mexicanos el miedo a la exclusión. Muchos jóvenes fincan sus esperanzas de futuro, ante todo, en conseguir un trabajo, y tener una buena posición económica. Pero como no hay nada ni nadie que les asegure que estas esperanzas se cumplirán por la vía de la escolaridad, los esfuerzos educativos pierden sentido. Los jóvenes tienen claro que la promesa que les hace actualmente la escuela es que para algunos la escolaridad será un camino de inclusión en algunos de los niveles de trabajo requeridos por los nuevos

sistemas de producción, mientras que para otros será apenas un lugar de asistencia y contención del desorden social.

La familia y su función social

La familia suele ser responsabilizada como causa y efecto tanto de los valores humanos más genuinos como de la insatisfacción e infelicidad de niños y jóvenes. Ortega (2011) afirma que si antes, la familia, junto con la escuela, garantizaba la socialización de las jóvenes generaciones mediante la interiorización de normas, valores y patrones de conducta presentes en la sociedad, ahora esa función se ve seriamente amenazada: «La familia ha perdido, en gran parte, su papel de agencia de socialización primaria. Las normas, las pautas de comportamiento, valores cuyo aprendizaje antes aparecía, estrechamente ligado al ámbito familiar, ahora dependen, en gran medida, de otros agentes sociales» (Ortega, 2011, 63).

Alfie y Méndez (2000, 185) mencionan que uno de los principales factores de riesgo que está haciendo mella en la familia son los cambios ocasionados en su estructura por las transformaciones radicales en los roles que desempeñan hombres y mujeres: «Al salir las mujeres del ámbito privado al público, al desempeñar infinidad de labores, al expandirse las necesidades de conseguir trabajo, las familias han experimentado una aguda transformación y sus estructuras y presupuestos se han modificado». Al respecto, Peñaloza añade que:

El exceso de trabajo, el ritmo de la vida, el estrés, las relaciones sociales en el hogar implican una desatención que

conlleva a un desconocimiento de las actividades que realizan los hijos, los lugares que frecuentan, los amigos con los que salen, lo que dará a lugar a que sea imposible prever por parte de los padres posibles conductas problemáticas cometidas por los hijos. Cuando se enteren será demasiado tarde (2010, 141).

Desde este mapa se han trazado las líneas que nos permiten ver todos los factores de riesgo y vulnerabilidad que hacen del México del siglo XXI un país que, pese a los discursos políticos optimistas, se encuentra inmerso en una ruptura estructural. Dicha fractura, señala Peñaloza (2010, 156), «tiene como base una profunda desigualdad que desgarró el tejido social, rompe la cohesión social y aniquila el sentido de pertenencia». Bajo esta dinámica es imposible que los jóvenes construyan un proyecto personal o social que sea estable, que dure y permanezca en el tiempo, tal y como alguna vez lo prometió la modernidad sólida.

EL MUNDO QUE NO HAN ELEGIDO

No existe «condición humana» porque realicemos nuestra naturaleza, o porque lleguemos a ser lo que somos, o porque la llevemos a buen puerto, sino todo lo contrario, porque no lo hacemos, porque queremos ser de otro modo, porque no queremos ser lo que somos.

Melich (2010)

Los seres humanos nos encontramos en un mundo que no tuvimos ni tiempo ni condiciones para elegir. Melich (2010) es enfático cuando lo establece. Siendo así, no estamos cómodos porque es y no es del todo nuestro. Él lo refiere a que recibimos un legado que se constituye del pasado y vemos el futuro sin que nos pertenezca. Este mundo no es nuestro y lo es tanto que así nos vino de la historia y de otra manera lo vamos a entregar al porvenir, aunque constantemente nos estemos yendo.

La generación *nini* en este país, más que ninguna otra, llegó a un mundo no elegido, no por una condición dialéctica de renuncia y construcción constante, sino por una condi-

ción de dolorosa deserción. Los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan viven en un constante ejercicio de desertar. Paradójicamente abandonan lo que no tienen para llegar a otro sitio donde no son. Esa es su respuesta al mundo y es evidente que no es la forma más responsable de colocarse para nadie. ¿Cuál es, en términos de descripción y datos, la problemática de los *ninis* en este país y en esta región del noroeste de México? Sobre ello se ahonda en este capítulo.

Los *ninis* a nivel nacional

El problema de los que ni trabajan, ni estudian, está relacionado con una atención por el presente y también con una preocupación por el futuro. Quienes ahora tienen entre 12 y 29 años, formarán parte de la población adulta en México, en los próximos 10 a 20 años (García, 2010). En pocas palabras, lo que sucede con los jóvenes ahora, anticipa, en gran parte, cómo será el país mañana. Pero también, dibujan cómo es el presente.

Los resultados obtenidos en la Encuesta Nacional de Juventud 2005 (ENJ-2005) [Imjuve, 2006] reflejan que para ese año 58% de los desempleados en México tenían entre 14 y 29 años y 24% de los jóvenes entre 12 y 29 años no estudiaba, ni trabajaba. Es decir, que un considerable número de este rango poblacional carece de empleo y estudio; y habría que analizar hacia dónde están dirigiendo sus actividades: ¿en el hogar, en empleos informales, en el crimen organizado?

Esta duda generó que la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) del INEGI recabara datos más específicos al respecto. Basándose en esos resultados, el Conapo estimó que

a finales del año 2009 aproximadamente cuatro de cada diez jóvenes trabajaban, tres sólo estudiaban y cerca de dos se dedicaban a actividades domésticas (Conapo, 2010). Los datos aportan una idea sobre la crisis educativa y laboral del país, pero no se enfoca al tipo de adolescente y joven que es definido en este estudio como el *nini* marginal, el expulsado o el que abandona la escuela y no trabaja en empleos formales.

Al respecto, la Encuesta Nacional sobre Discriminación (Enadis) informó que son aproximadamente 4.5 millones de personas entre 12 y 29 años de edad que no estudian ni trabajan en México (Conapred, 2010). Dato que difiere del publicado por la ENJ-2005, que aseguraba que en México había más de 7 millones de *ninis*. Este dato debe acotarse para los fines de este proyecto, pues hay que considerar que en este rango de población manejado por la ENJ hay un porcentaje de graduados de bachilleratos técnicos, de carreras técnicas y universitarias que están desempleados. Éstos, aunque también son parte del problema, tienen causas muy distintas a las del *nini* marginal.

Asumiendo que hay cierto avance en el nivel de escolaridad, no se ha logrado que los jóvenes que trabajan se motiven hacia el estudio sino que solamente se han recuperado estudiantes que antes podrían dedicarse al trabajo reproductivo en sus hogares, predominantemente mujeres.

En cuanto a la deserción escolar a nivel nacional, la ENJ-2005 muestra que la edad promedio a la que los jóvenes dejan la escuela es a los 16 años, lo que significa que en esta etapa apenas han completado la educación básica.

Las causas de la deserción escolar son múltiples, sin embargo, es preocupante que 42 de cada 100 jóvenes que dejan la escuela lo hacen porque tienen que trabajar, 29 de cada 100

lo hacen porque ya no les satisface seguir estudiando y 12 de cada 100 dejan la escuela porque sus padres ya no quieren que continúen en el sistema educativo (Imjuve, 2006).

Varias reflexiones nos suscitan estas cifras. La primera es que, si bien la secundaria no está exenta de deserción (al menos las estadísticas oficiales del Sistema Educativo Estatal en Baja California señalan que para 2010, en el municipio de Mexicali, 15 de cada 100 adolescentes de secundaria no terminaban sus estudios), el problema más severo se presenta en el nivel medio superior, en dos vertientes: del total de los muchachos en edad escolar (15-18 años), las preparatorias no reciben a más de 80%. De los que ingresan, ni 60% concluye sus estudios. Aquí tenemos un primer problema: de cobertura y de calidad. El segundo se refiere a la no inclusión o el abandono escolar en muchachos cuyas edades van de los 13 a los 17 años, nos hace preguntarnos: ¿qué están haciendo? ¿Qué implicaciones tiene para las familias el que permanezcan en sus casas o en la calle? Lo que es seguro es que un alto porcentaje de ellos no encuentran trabajos formales o de cierto nivel de especialización (ayudantes de mecánicos, cocineros, técnicos electricistas, etcétera) porque no cuentan con las competencias escolares para ello.

El factor más grave de las cifras no es precisamente el dejar la escuela o el no conseguir un empleo medianamente estable. Si cerca de 40% de ellos dicen no sentirse atraídos por la escuela y si sus padres no ven en ésta un mecanismo de cultivar una mejor posibilidad de vida, no es difícil pensar que lo que acompaña al joven en la calle es una constante crisis y una desprotección absoluta, muy cercana al desamparo.

La deserción escolar, el desempleo, los valores y convivencia familiares, así como la cultura de la legalidad, son

elementos asociados al fenómeno *nini*, y exigen una visión completa, más específica, ya que cada región del país tiene manifestaciones distintas de esta problemática.

Los *ninis* en la región: El inquietante futuro del Noroeste

Baja California es un estado que pertenece a la región noroeste de México. Cuenta con 3 155 070 habitantes y aunque la cifra varía, básicamente rebasa los tres millones. En esta entidad, se cuenta con 766 617 jóvenes (24.3% de la población total) que se ubican entre los 12 y los 24 años de edad (INEGI, 2010).

En cuanto a la escolaridad de los bajacalifornianos, el grado promedio llega a los 9.6 años, superando la media nacional de 8.6 (INEGI, 2010). Y cabe decir que del total de la población de los seis a los catorce años, 95.4% asiste a la escuela, comparado con el porcentaje nacional, de 94.7%, por lo que el Estado supera ligeramente estos promedios, pero no puede afirmarse que esto lo excluye de la problemática de la deserción escolar.

Por otra parte, en cuanto a la percepción de los jóvenes y su situación general, la ENJ-2005 menciona que en el Noroeste, 81.7% mostró una visión esperanzadora, y 67.3% considera que su situación es mejor que la de sus padres a su edad, y no sólo eso, sino que esperan que sus hijos tengan mayores oportunidades de conseguir trabajo y recibir más educación que ellos. Además, la superación está centrada en el trabajo, pero no necesariamente en el dinero.

De estas ideas, se despliegan otras sobre las creencias y valores del joven bajacaliforniano, por ejemplo, la idea de que

el trabajo es importante para hacer vida en pareja se relaciona con el deseo de no vivir con sus padres o suegros, sino volverse independientes.

En estos planteamientos y contradicciones, quizá no es posible prever cómo se formarán las familias en un futuro cercano, pero el discurso de los encuestados nos habla de una búsqueda por la equidad, pero aún con fuertes dudas e incertidumbres sobre el empleo femenino y el concepto de la mujer como la principal responsable de cuidar a los hijos y el hogar.

Si bien, en el estado de Baja California existen tres cuartos de millón de adolescentes y jóvenes entre los 12 y los 24 años, la zona de Los Santorales se ubica en la ciudad de Mexicali, capital del Estado, y ello requiere una descripción más precisa de ese entorno.

¿Qué hace única a esta frontera de Baja California, con respecto a otras ciudades en cuanto al tema de los *ninis*? El estudio de los jóvenes no puede observarse de forma aislada o sin atender el contexto. Primero, hay que aclarar que Mexicali es una metrópoli en desarrollo, que en 2010 ya contaba con 936 826 habitantes, según el INEGI. Esta ciudad, además de sus características demográficas, tiene una geografía particular. El municipio está asentado sobre un desierto de clima extremo con clima árido, que alcanza temperaturas récord de hasta 52 grados centígrados en el verano y de -5 grados centígrados en invierno. Se considera, por tanto, la ciudad más extremosa del país, por lo que la mayoría de las actividades recreativas son casi siempre en espacios cerrados y el aire acondicionado es de uso común para sobrevivir a estas condiciones.

En Mexicali hay una actividad sísmica fuerte que repercute también en la planeación urbana: hay escasos edi-

ficios altos. La forma en que crece la ciudad es extendida y los fraccionamientos han sido construidos sobre todo en la zona sur y al oriente. Por su condición de ciudad de frontera, no puede crecer hacia el norte porque se encuentra la línea divisoria con Calexico, poblado que corresponde al estado de California. En la zona poniente el crecimiento ha rebasado la pavimentación de las colonias (Genel, 2011), esto agrava los problemas de contaminación; como el polvo, por ejemplo, y esto recae directamente en las enfermedades respiratorias de la población.

Mexicali es una ciudad donde el sector industrial se mantiene activo, ello desde la década de los sesenta del siglo pasado cuando arribó a la región la primera maquiladora. Numerosas empresas extranjeras llegan y buscan la mano de obra calificada, a pesar de las condiciones climáticas. Pero la cultura laboral está relacionada con largas jornadas de trabajo, contratos temporales y pocas posibilidades de ascender en una jerarquía de la empresa, así como otros impedimentos de desarrollo:

Muchas industrias de la transformación, de la construcción y agropecuarias, las maquiladoras, los grandes comercios y servicios generales (de limpieza, alimentos y entretenimiento, principalmente), los de seguridad, las trabajadoras domésticas y ahora los nuevos sistemas llamados *call centers*, o de ventas, todos optan por pagar bajos salarios, por jornadas intensivas y desgastantes, actividades rutinarias que hacen que la edad productiva se acorte, ya que contratan mano de obra muy joven (Pérez, 2010, 80).

La infraestructura fronteriza permitió que esta región captara inversión foránea y por lo mismo generara más em-

pleos, pero también se ha visto más expuesta a la penetración de la economía estadounidense y a su cultura.

Y en cuanto a la oferta educativa y académica en Mexicali, ésta cubre desde la educación básica hasta posgrado, con un total de 1 324 escuelas. De ellas, 439 son escuelas de preescolar, 523 de primaria, 174 corresponden al nivel secundaria, 40 de capacitación para el trabajo, 85 escuelas de bachillerato, y por último, 42 en profesional técnico (no de nivel universitario), conformando así, una matrícula de 278391 estudiantes mexicalenses en total (SEBS, 2010).

Educación: deserción y otros obstáculos

En cuanto al tema de eficiencia terminal, el porcentaje de alumnos que finalizaron la escuela secundaria en el municipio es de 83.8%, y el bachillerato de apenas 55.4% (SEBS, 2010). Según el INEGI (2010), la población de 12 a 14 años que no asiste a la escuela consta de 2457, de los cuales 1350 son hombres y 1 107 mujeres. Este es un dato muy importante para el estudio de los *ninis* en zonas marginales de la ciudad porque estos desertores (2500 en números redondos), son adolescentes que no concluyeron la secundaria. En una primera instancia, no estamos ante un problema de cobertura, pero sí de eficiencia terminal. En una segunda, el que abandona o deserta no está en una secundaria de la zona central de la ciudad o de los fraccionamientos de clase media y alta, sino justamente en los polígonos marcados como de mayor vulnerabilidad. Y apenas estamos considerando edades que van de los 12 a los 14 años.

Desafortunadamente, el problema más severo se localiza en los egresados de secundaria que no entran a la preparatoria y en los que, pudiendo ingresar a este nivel, desertan. Sin embargo, de ellos no se tiene datos específicos de una edad clave: 15 a los 18 años. El INEGI (2010) no discrimina información, y coloca en un solo indicador a hombres mayores de 15 años con rezago educativo (34% de ellos), los mismo que a mujeres con el mismo porcentaje, en los cuales se pueden encontrar lo mismo jóvenes desertores de 15 y 16 años, que personas con más de 60 años que no concluyeron ni la primaria.

En los datos que publica el Sistema Educativo Estatal (“Deserción Intracurricular Bachillerato por Municipio 2009-2010” [SEE, 2010, 59]), Mexicali presenta el porcentaje más alto de deserción intracurricular de todos los municipios del Estado.³ Esto implica que la mayor parte de los jóvenes desocupados cursan el bachillerato cuando abandonan los estudios y se encuentran entre los 15 y 18 años; posiblemente trabajando o no.

Al tema de la deserción, se agregan otros aspectos, como la percepción del entorno escolar. De los entrevistados de la ENJ-2005 en Baja California, 61.8% contestó que no había violencia entre sus compañeros de clase y 89.2% dijo que tampoco percibía violencia de parte de sus profesores hacia los estudiantes (Imjuve, 2006, 92). Esto quiere decir que, a pesar de que Baja California está asociada con la violencia social, por lo menos el origen no parece encontrarse en las aulas.

Los factores relacionados con la expulsión y con la eficiencia educativa tienen que ver más con la complejidad de

³ La deserción escolar intracurricular se refiere a aquella que ocurre durante el desarrollo del ciclo escolar y no cuando éste finalice.

los estudios y los costos que estos implican para la familia. Quince de cada cien jóvenes dejan de estudiar temporalmente por estas dos últimas causas. En el caso de las mujeres, son mayoría en cuanto a suspender o postergar los estudios, más frecuente en el rango de 15 a 18 años, pero en este caso podría pensarse que el embarazo es la principal causa, sin embargo, ésta sólo ocupa 3.9% de las razones. Casi la mitad de las mujeres que suspendieron, dijeron que fue «porque ya no les gustaba estudiar» (Imjuve, 2006, 93).

Además, casi la mitad de los jóvenes perciben que los conocimientos y habilidades obtenidos en la escuela no les sirven para ganar dinero o conseguir trabajo. Las vacantes de la ciudad solicitan a personas que no son ellos.

El desempleo en Mexicali, ¿desierto de oportunidades?

El escenario de la vida laboral para la población juvenil desafortunadamente está relacionado con la desigualdad, el acceso a la educación formal y al desempleo. La escuela no da los vínculos necesarios para que los graduados adquieran experiencia, y sin ella no son contratados.

Pero incluso los que ya se encuentran insertos en el campo laboral, experimentan dificultades. Según la ENJ-2005, el salario promedio juvenil en esta región es de 3.25 salarios mínimos. El cual para 2011 en Baja California es de apenas 62.30 pesos, en comparación con el estimado en 2005 de 46.80 pesos, por lo cual los jóvenes están ganando alrededor de seis mil pesos al mes:

los pronósticos para el mercado laboral son negativos ya que advierte un recrudecimiento en la crisis global del empleo en los años venideros. Millones de jóvenes no lograrán incorporarse a la fuerza de trabajo y la discriminación y la violencia institucionalizada contra las mujeres jóvenes persistirá. La globalización en México prácticamente ha establecido cambios en los mercados de trabajo, sin necesidad de realizar una reforma laboral. Las multinacionales no sólo han enterrado a los sindicatos y las conquistas laborales del siglo pasado, sino que en la práctica han impuesto el perfil de trabajador que requieren, sin pasar por el desgaste de un debate en el Congreso de la Unión de nuestro país. La globalización demanda empleados maquiladores, agentes de ventas y personal menos calificado (Valdez, 2010, 82).

Por lo que estos trabajos no ofrecen el suficiente apoyo, como lo respalda la Ley Federal del Trabajo: seis de cada diez jóvenes se encuentran en el ámbito informal (Valdez, 2010), sin contrato, sin seguro social o médico: un empleo lejos de ser estable y que no ofrece ninguna garantía.

Si bien, a partir de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio en 1994,⁴ esta frontera y otras del noroeste de México lograron captar mayor inversión extranjera y generar empleos, la riqueza generada por la mayoría de los proyectos se queda en manos foráneas. Además, la emigración es una manera de salir de las restricciones del mercado laboral formal. «En 2010, 20% de los varones mexicanos de 20 a 29 años vivía en Estados Unidos» (Genel, 2011).

Esto indica un panorama no favorecedor para las ideas de

⁴ El Tratado de Libre Comercio (TLC) es un acuerdo comercial entre Estados Unidos, Canadá y México diseñado para ampliar el mercado de bienes y servicios entre los países, eliminando o rebajando los aranceles.

progreso, en las que la responsabilidad del desarrollo laboral se encuentra solamente en el joven como individuo. Asimismo, éste se enfrenta a nuevos parámetros de sus propias tradiciones, de la transformación de su familia, de nuevos modelos mediáticos a quién admirar o de quiénes adquiere lenguaje. El entorno no es seguro, se transforma constantemente. Y la búsqueda de empleo (con o sin estudios) ya no es segura tampoco. El mercado laboral exige nuevas habilidades. La globalización exige que el joven conozca distintas formas de ser y de pensarse a sí mismo.

Y en cuanto a los datos oficiales registrados por el último censo, la población no económicamente activa en Mexicali constaba de 298 456 personas,⁵ y en este aspecto, las mujeres son la mayoría, representando 68.9% y los hombres 31.1 por ciento. Mientras que los datos sobre la población desocupada (personas de 12 a 130 años de edad que no tenían trabajo, pero estaban buscando uno) consta de 18 333, siendo en este caso menos mujeres desocupadas que hombres, con 22.5 por ciento contra 77.5 por ciento.

Los datos anteriores sobre ocupación dan pistas para comprender qué actividades estarían realizando las personas que no se encuentran trabajando, pero también implica que el cuestionario del censo es muy poco específico, pues agrupa a todas las personas independientemente de sus características. Por ejemplo, en la población no económicamente activa están agrupadas todas las personas que se dedican al hogar, equiparadas con las personas con limitaciones físicas o mentales.

⁵ Personas de 12 años y más, pensionadas o jubiladas, estudiantes, dedicadas a los quehaceres del hogar, con alguna limitación física o mental permanente que le impide trabajar.

¿Qué datos habría que buscar para entender a la generación *nini*? ¿A qué obstáculos se enfrenta el joven actualmente? ¿Cómo impactan los cambios en el campo laboral en la familia, en la educación? Aunque complejo, para resolver algunas de estas cuestiones es oportuno revisar algunas caracterizaciones de la familia mexicalense y los valores en práctica.

La familia en el ámbito de una ciudad fronteriza

El primer refugio y el último lugar de expulsión de un *nini* es la familia. Ahí se gesta el camino para la constante fuga y ahí se regresa invariablemente. Un estudio cualitativo de los *ninis* sin analizar esta categoría, estaría incompleto. Las expresiones sociales y las relaciones de las familias están condicionadas por las circunstancias de un entorno. Las familias de Mexicali se han forjado en un lapso de tiempo no mayor a un siglo; se han visto impactadas, en sus primeros cincuenta años, por la inmigración, por las formas de vida agrícola y por el incipiente desarrollo económico de un estado poderoso como lo es California. En los otros cincuenta, por un crecimiento incontrolable de la población, por la emergencia de zonas industriales y por el asentamiento de centros poblacionales irregulares y cada vez más distantes de su centro geográfico.

En menos de cien años, esta ciudad se transformó a tal grado de pasar a ser un caserío de menos de cien familias a tener, según el Censo 2010, 259 566 hogares,⁶ de los cuales

⁶ Hogares en viviendas particulares habitadas. Se considera un hogar en cada vivienda particular. Incluye casa independiente; departamento en edificio; vivienda en vecindad; vivienda en cuarto de azotea; local no construido para habitación; vivienda móvil; refugio o clase no especificada.

193580 tienen como jefe de familia a un hombre, y 65986 a una mujer, lo cual quiere decir que 74.5% de los hogares, son encabezados por un varón.

Las estadísticas demográficas a nivel nacional muestran variaciones en la estructura de la familia: «Los hogares encabezados por mujeres continúan incrementándose así como la reducción en el número de miembros de los hogares» (Imjuve, 2006, 88). Estos cambios imponen nuevas formas de relación y de la manera en que sus miembros se organizan dentro del hogar, y dichas modificaciones en la conformación de la familia actual también impactan a la mexicalense.

Para comprender la relación que existe entre la educación formal con la familia, es necesario describir el contexto sociocultural de la familia mexicalense. Como se mencionaba al inicio del capítulo, Mexicali es una ciudad que apenas rebasa los cien años de su fundación. Por lo tanto, las generaciones que se han construido se pueden agrupar en cuatro:⁷

1. *Primera generación* (90-110 años). Inmigrantes. Generación pionera. Hay escasos testimonios o memoria sobre ellos.
2. *Segunda generación* (65-89 años). Inmigrantes. Hay poca significancia, pues las actividades tienen mayor relación con el entorno natural y la migración. Sus tradiciones provienen generalmente del occidente y centro del país. La escuela tiene un papel secundario. El referente central

⁷ Si bien las categorías: Primera, Segunda, Tercera y Cuarta generación no son exactas, ayudan a agrupar y a estudiar metodológicamente a los distintos grupos familiares. Esto corresponde al tipo ideal de Max Weber (2003, 293).

es la formación para el trabajo, basado más en la tradición artesanal de la familia.

3. *Tercera generación* (40-64 años). Inmigrantes y nativos. Empieza a incrementarse la escolaridad y la importancia de esta como herramienta de desarrollo personal y social. Ese es un cambio básico; el otro es que el tamaño de la familia nuclear se reduce. Son familias urbanas.
4. *Cuarta generación* (25-39 años). Nativos. Generación con intereses diversos. La escolaridad es necesaria para desarrollarse social y económicamente, pero reconoce que no es el único elemento para conseguirlo. La aspiración de su independencia y de una vida en pareja están presentes pero se encuentran más apegados al núcleo familiar.

Posiblemente la idea de la educación formal como una vía para el desarrollo es muy reciente en relación a la historia de la familia mexicalense. Es decir, apenas la segunda generación comienza a incrementar no sólo la escolaridad, sino el deseo y fomento de ésta. Por lo que la idea de la educación, aún no es adquirida por toda la población o se encuentra en pleno proceso.

Asimismo, también las generaciones recientes encuentran más difícil salirse del núcleo familiar, aunque no necesariamente lo hagan para formar nuevos núcleos. Esto porque las posibilidades de crecer de manera individual en cuanto a escuela y trabajo se han vuelto más complejas –no imposibles–, pero el joven encuentra en su familia un espacio de confort o un espacio puente, en lo que logra la independencia económica.

A partir de estos grandes grupos, pueden entenderse algunas causas por las cuales cada generación tiene una forma

de entender la vida y de llevar a la práctica los valores, por lo tanto, la educación forma e informal se ven atravesadas por estas características generacionales. Los *ninis* marginales de este estudio pueden ubicarse entre las familias de tercera y cuarta generación. Familias urbanas, de mayor escolaridad, de menor número de integrantes, con más fuerte impacto de los medios de comunicación pero sujetos a los vaivenes del mercado laboral, al condicionamiento de los trabajos de baja calidad, a la necesidad de que ambos (padre y madre) salgan a buscar trabajo para proveer de lo esencial a los hijos.

Seguridad e inseguridad

Para comprender la relación del joven con su entorno es necesario entender la percepción que tiene del sistema judicial, además de su opinión de la cultura de la legalidad. La desconfianza en los organismos encargados de impartir justicia, está relacionada con los múltiples cambios en la modernidad y en los que quedan desfasadas las instituciones.

La región noroeste del país tiene la presencia del crimen organizado, y además es retratada en los medios de comunicación como una zona de narcotráfico y violencia. Pero la percepción de las personas incluye más factores en los que, sobre todo, se menciona la corrupción.

Es posible relacionar a los jóvenes que desertaron o fueron expulsados de la escuela con actividades ilícitas. Sin embargo, aunque Baja California no sea de los estados con mayor deserción escolar o desempleo, sí presenta altos índices de violencia y porcentaje de delitos cometidos por persona. Según el Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad

(ICESI), en Baja California, por cada cien mil habitantes, se cometen 5531 delitos. Si bien el ICESI registró al Estado en el cuarto lugar en cuanto a delincuencia, según los datos publicados por el INEGI en 2011: «Baja California ocupa el cuarto lugar a nivel nacional en cuanto al número de víctimas de delincuencia por cada cien mil habitantes mayores de edad» (Martínez, en *La Crónica*, 22 septiembre de 2011).

Además, habría que analizar qué tan nocivas resultan las pandillas y qué tanto se relacionan con la vandalización y el robo, así como qué tan orillados o presionados se encuentran los jóvenes para pertenecer a un grupo de este tipo. Por su parte, el periodista Sergio Haro publicó en una nota del semanario *Zeta*, aquellas zonas «calientes» en las que el pandillerismo, el robo, el narcomenudeo, los secuestros, el homicidio y la delincuencia han proliferado en Mexicali:

Oriente: Valle Del Puebla, Valle del Pedregal, Robledo, Pórticos del Valle, Rivera Campestre, Naranjos, Solidaridad Social. Ahí rifan Puro Pedregal, Chacales, Huebones, Kivis, Lobitos, Nuestra Nueva Clika, Naranjos, Somos Puros Lokos, Traviesos. Central: Xochicali.

Poniente: Hacienda Los Portales, Pueblo Nuevo, Baja California, Fraccionamiento Aztecas, Popular Nacionalista, Santo Niño, Ampliación Santo Niño, El Refugio, Valle Las Misiones, San Carlos. Ahí rifan LP3, Chamacos, Alcapones, 21, Aztecas, Mopets, Organizando Chicali Clika, Barrio Iglesia, Latin Kings, Viva Barrio Pelón.

De acuerdo a los datos de Haro, en Mexicali existen ciento cuarenta y tres pandillas. Haro cita al juez para adoles-

centes, Álvaro Castilla Gracia, quien define un perfil para la mayoría de los detenidos por crímenes de gravedad: jóvenes que no estudian ni trabajan, que usan drogas y que pertenecen a pandillas. Esto confirma la premisa de que los hechos delictivos están vinculados a aquellos jóvenes que no tienen ninguna actividad lícita, sea formal o informal.

En cuanto a los proyectos que buscan contrarrestar estas fracturas de confianza con las instituciones que imparten justicia, se encuentran algunos preventivos y que fomentan la cultura de la legalidad, así como brigadas de empleo temporal juvenil. Pero dichas estrategias de intervención están basadas, en su mayoría, por cifras que precisan sólo una parte del problema.

Hay que señalar que algunos líderes de opinión y políticos utilizan el término *ninis* para sintetizar algunos problemas. Los *ninis* dan de qué hablar, pero no hay encuestas que den datos precisos de la cantidad, ni de quiénes son, qué hacen o qué piensan. A nivel estatal, algunos políticos aseguran que hay más de cien mil *ninis* y que sus edades oscilan entre los 14 y los 26 años de edad, pero reitera que no se sabe de dónde proviene el dato (Genel, 2011). El tema, sin embargo, es material para hablar sobre renovación presidencial y de oposición, por las elecciones de 2012.

Además, como se apreció en los datos de este capítulo, los *ninis* son jóvenes que al desertar de una escuela y no acceder a un trabajo formal, viven de empleos informales o de la cooperación de familiares, amigos o desconocidos. Esta es una causalidad clara, pero ¿quiénes son los *ninis*? ¿Qué piensan de sí mismos? ¿Qué expectativas tienen de su desarrollo como personas?

En todo este enjambre de números, se puede concluir que las cifras son frecuentemente contradictorias porque depen-

den de los organismos y las metodologías utilizadas. Donde no hay variación es en las razones que provocan el desertar. Los estudios no se meten a la profundidad de la realidad. Lo que sí se puede afirmar a manera de una hipótesis antes de descorrer el velo del trabajo en un entorno concreto como son Los Santorales, es que con el *nini* marginal no existe lo que Cortina (2007) denomina «el lugar del descubrimiento», el sitio del reconocimiento recíproco que funciona como un vínculo para desarrollar una ética de la razón cordial, esencialmente basada en la cualidad de degustar valores y de trabajar la capacidad de estimar. No existe porque el diálogo tampoco tiene carta de identidad. La palabra raspa y el contacto físico también es áspero, así como tiene que ser el sitio en el que se está y que no fue elegido por ellos. Por eso el desertar no es una fuga sino una constante permanencia, aunque parezca contradictorio. Al final de cuentas, es el mundo que no han elegido y en el que tienen que sobrevivir.

SEGUNDA PARTE

**LAS VOCES
QUE NO SE ESCUCHAN**

¿Cómo llega aquí, a un centro de rehabilitación? ¿O cómo dejó la escuela y vaga por todos lados? El origen del problema está en la familia. En estos lugares, la familia, con lo poquito que tiene, o lo medio lo mantiene o lo avienta a la calle. Más bien lo segundo: los está aventando a la calle, no aventándolos en el sentido literal. Imagínense, el papá y la mamá tienen que ir a trabajar, entonces el niño está ahí solo, deambulando, medio cuida la casa, medio les roba, medio sale, medio entra; porque los papás no saben qué hacer; porque no pueden apoyarse con la policía porque no los va a meter a la cárcel, ni en la escuela porque ya lo corrieron de todas partes... y los papás no saben ni qué hacer.

Entonces, la problemática que existe aquí, es que los adolescentes no quieren trabajar ni estudiar. Es un problema complejo que no atañe sólo a la familia, es que tampoco hay empleo y, posiblemente lo más grave, es su conformismo que se expresa en: «me vale», «no me importa», «para qué me preocupo si tengo casa y si me corren mis papás, me voy con mi amigo». El conflicto es fuerte y se transforma en un conformismo dañino. Si la policía los agarra, los lleva y los trae y no los puede detener si no cometen un delito grave y, si lo cometen, los llevan a la Tutelar de Menores. ¿Cuánto tiempo les gusta que estén allí? No mucho pero, es lamentable que, mientras estén encerrados, los padres bien contentos, hasta cierto punto a gusto porque: «ya me quitaron la bronca, ahora es del gobierno». En efecto, pero, cuando salga de ahí va a salir con más mañas y con más problemas. ¿Cómo romper esas inercias sociales en esta zona de los marginados?

Padre Ricardo, responsable de un centro de rehabilitación

¿DÓNDE ES AQUÍ?

LOS SANTORALES

Los Santorales es su nombre popular. Se le identifica de este modo y así lo mencionan en los medios de comunicación locales. El origen de este nombre se deriva de que algunas colonias poseen el nombre de algún santo o santa de la iglesia católica.

La zona cuenta con más de treinta años de fundación y más de 60 mil habitantes. Aunque algunas colonias existen desde entonces, la mayoría de ellas apenas tienen veinte años de su fundación. Una de las primeras colonias en fundarse es la Santa Isabel (Genel, 2011). Esta zona forma parte de la periferia de la ciudad, al Poniente. Además se encuentra muy cerca de la línea internacional y anteriormente fue en su mayoría agrícola y ganadera.

En los últimos años ha tenido un crecimiento poblacional rápido y extendido, pero no ha sido igual en cuanto a los servicios, escuelas o empleo. La mayoría de los habitantes de Los Santorales cuentan con un nivel socioeconómico muy bajo y viven un nivel de marginalidad muy alto.

En cuanto a servicios públicos, lo más evidente es que carece de pavimentación. La escasez de transporte público, zonas verdes, centros comerciales, parques deportivos y recreativos, así como centros de desarrollo, hacen que la vida en Los Santorales sea compleja. Otro problema son las casas y lotes abandonados que son utilizados como basureros clandestinos o *picaderos*.⁸ Varias colonias, por ejemplo, el Fraccionamiento Misión Viejo, se encuentran alejadas de toda vialidad y de otras colonias que sí cuentan con algunos servicios.

Los problemas de salud son preocupantes. Desde octubre de 2008 la zona sufrió una epidemia que ocasionó decenas de muertes por la bacteria *Rickettsia*. La preocupación de sus habitantes provocó que no enviaran a sus hijos a las escuelas aledañas y que incluso varios grupos de padres de familia protestaran en las oficinas del gobierno (*Zeta*, 2009). El problema persistió por meses; el tema se encontraba presente en los medios de comunicación y en boca de los mexicalenses. Varios campamentos de médicos se instalaron para asistir a la población y se aplicaron miles de encuestas para definir las causas de la epidemia. Se tomaron algunas medidas preventivas como el sacrificio de cientos de perros y los habitantes de la zona colaboraron con la limpieza de algunos focos de infección. Y aunque se redujeron los daños, el problema no se eliminó totalmente.

Los Santorales adquieren muchas de sus características a partir de su ubicación geográfica, pues está dentro de la zona urbana de la ciudad, pero al mismo tiempo fuera de ella por tres razones:

⁸ El término *picadero* se utiliza para aquellas construcciones abandonadas por sus dueños legales y que se convirtieron en un punto de reunión para la compra, venta y consumo de drogas. Se le llama *picadero*, pues la mayoría de las drogas se administran vía intravenosa, se inyectan: «se pican».

- a. Está en los límites de la ciudad, lo cual significa que habitualmente van a ella quienes viven ahí, pero no el resto de la población. No es ni un lugar de paso para ir hacia otros espacios, ni un lugar visitado habitualmente como lugar de trabajo, de diversión, o de desarrollo de actividades culturales.
- b. Algunas de las colonias ubicadas ahí forman un todo continuo con el resto de la ciudad (colonias Luis Donaldo Colosio, Mayos, Aztecas, Cachanilla, y otras que están en la parte norte), en tanto que las ubicadas más al este quedan separadas de la mancha urbana por algunas zonas agrícolas comúnmente llamadas parcelas (Santa Isabel, Santo Niño, San Pablo, El Coloso, etcétera).
- c. La distancia geográfica entre el corazón de la colonia Santa Isabel y la Calle 11 (rúa que integra al poniente con el resto de la ciudad), es de seis kilómetros en línea recta, lo que provoca que la mayor parte de los servicios públicos no hayan llegado con la misma prontitud, cobertura y calidad que en otras zonas de la ciudad. Se convierten así en una zona marginada.

La zona se forma a partir del fenómeno de inmigración, tan peculiar en la historia de Mexicali. Una de las entrevistas lo relata:

Cuando nosotros llegamos aquí, sólo había cuatro casitas, todo era baldíos (colonia San Miguel, Mayos). Recuerdo que cuando caminábamos estaba completamente solo, nada que ver con lo que hay ahora, así la gente fue viniendo, la gente

siempre busca la comodidad. Aquí duramos muchos años sin luz ni agua, primero tuvimos teléfono que luz y agua, de veras le sufrimos mucho. Antes había canalitos, de ahí agarrábamos agua, después los taparon y vinieron las pipas, y así la colonia fue creciendo poco a poco. La gente empezó a venir y fuimos creciendo, primero con niños buenos, pero después fue cambiando, como en todas partes (Gloria, ama de casa).

Si bien en Mexicali buena parte de la población tiene acceso a trabajos remunerados, y la industria reclama frecuentemente una mayor cantidad de mano de obra, el relativo aislamiento geográfico de la zona la ubica lejos de los centros de trabajo que pueden absorber una cantidad importante de trabajadores, lo que provoca que muchos de los adultos cabeza de familia y los jóvenes que trabajan, deban salir del lugar para encontrar espacios laborales.

Por otra parte, está la oferta educativa, que es precaria, no a nivel de preescolar ni de primaria. Cuentan tan sólo con dos secundarias; una en construcción en la colonia Mayos, más dos bachilleratos contiguos a la zona. Esto, sumado al problema de transporte público, ocasiona que los adolescentes y jóvenes tengan mayores dificultades para seguir estudiando aunque lo deseen. Los que quieren hacerlo, sobre todo en el nivel de bachillerato, tienen que salir de Los Santorales, lo cual implica un impacto económico por el pago de la tarifa del transporte público urbano.

Considerando además de la distancia, una población con ingresos bajos y la poca organización social de sus habitantes, han provocado que en general las diversas instancias gubernamentales volteen poco hacia esa área; una de las consecuencias es que la presencia policial no sea —ni en cantidad,

ni en calidad— la adecuada para ofrecer un mínimo decoroso de seguridad a las familias de esas colonias. Dentro de esa zona hay muy pocas instalaciones deportivas-recreativas que puedan servir para el uso de la comunidad, acaso un par en buen estado, el resto son lotes baldíos habilitados como campo de béisbol u otros terrenos a los que les han colocado un par de porterías. La situación de la infraestructura cultural es prácticamente inexistente, lo que genera que tanto niños, adolescentes y jóvenes, sin espacios apropiados para canalizar su tiempo libre, sean presa fácil de formas de ocio no bien encausadas.

La zona estudiada se extiende entre colonias populares y algunos desarrollos pensados en personas con una posición económica un poco más elevada. Coexisten en un ambiente donde los lotes baldíos, áreas aún sembradas —algunas de ellas con animales característicos de un ambiente rural— y la presencia de canales y drenes, provocan una imagen que no concuerda con una ciudad que presume una vocación moderna. Los fraccionamientos de un mayor nivel socioeconómico, se observan como lunares que poseen características distintas:

- Lotes más pequeños para cada familia.
- Las casas son uniformes en el diseño de construcción, usualmente con una o dos recámaras. Los modelos son idénticos o similares.
- Cuentan con servicios públicos de mayor calidad que las colonias aledañas.
- Ausencia de lotes baldíos entre casas.
- Siendo lotes más pequeños, tienen poco espacio para la siembra de árboles.

Una gran cantidad de estas casas habitación, siendo de reciente creación y construidas con mejores condiciones de higiene (agua entubada, drenaje, luz eléctrica, luz mercurial, pavimentación y banquetas perimetrales), se encuentran en notable estado de abandono. Las empresas fraccionadoras construyeron esas casas de interés bajo para que fueran adquiridas por mujeres u hombres que tuvieran un trabajo remunerado y con los derechos mínimos que marca la ley (seguro médico e Infonavit). Sin embargo, la volatilidad del empleo y la fragilidad económica de los compradores ha provocado que no puedan seguir pagando la deuda y han abandonado esos espacios.

A grandes rasgos, esto es Los Santorales. Un área extensa de la ciudad que no ha sido desarrollada con el debido cuidado. Una zona a la que la frase «metrópoli en desarrollo» debe mucho. Y un lugar donde las personas tienen mucho qué decir sobre esto y sobre los que ahí viven.

RELATOS TRAMADOS DE PRISIONES

Jonathan (Ramiro, acaso Pedro):
«Soy bueno, pero no me enfoco»

Es escurridizo como casi todos ellos. Da la impresión de que estos chavos viven siempre en un despeñadero. Son piedras, una igual a otra, sin identidad. Saben que están los otros pero casi siempre fraguan su imaginario en un entorno de soledad. Verbalizan poco porque su vida no es de llagas sino de heridas que están a flor de piel y que duelen permanentemente.

—Me cuesta trabajo expresarme... Me quedé en segundo de secundaria. Quiero reingresar. Dejé de ir, porque pues, iba a la escuela y me empecé a drogar y de ahí vinieron los problemas en mi casa. Aunque sí quería estar ahí, pero por las cosas que estuvieron pasando con la droga, tuve que abandonar. Yo no quería dejar la escuela. Yo mismo lo busqué, la encontré [la droga], con amigos, según *compas*. Pero no son tus amigos, sólo compañeros de drogas [baja la voz]. Me estaba metiendo cristal. Cuando lo dejé me empecé a enfermar. Mis papás, como había un chorro de broncas, o sea, eso

quedó a un lado, no se fijaron en mí. Y ya, todo lo demás, salí embarrado.

En momentos la voz es apenas audible. Jonathan (o Pedro o Ramiro), no se siente amenazado por quien lo entrevista sino por él mismo, por lo que ha sido de su vida, por regresar a la película de su historia y encontrar sólo escenas que no le gustan, ni a él ni a nadie. La violencia, el desencuentro, el abandono familiar, los ve y se los pasa pronto, no le vale la pena quedarse en ellos. Respecto a la escuela, pincha una célula cancerígena: los maestros. Insertos en esa realidad, van por la línea más cómoda: el dejarlos ir, el sacar la manzana podrida para que no eche a perder a las demás. Acaso ni ellos sean culpables porque no tienen recursos ni ideas para enfrentar el abandono.

— En los últimos años la vida sigue siendo igual, lo mismo. Vivo solo con mi mamá, pero mi papá sí está al tanto de mí. No siempre y no como quisiera, pero sí de vez en cuando. Ellos no estudiaron. Mi mamá es operadora en una fábrica, mi papá es cocinero. Tengo hermanos, uno de ellos estudia y trabaja. Ya casi sale de la prepa. Me gustaría volver a la escuela porque quiero superarme. No quiero quedarme aquí. No he hablado con mis maestros, no pues, ningún maestro me buscó cuando me salí, al contrario, como era bien desmadroso, dijeron: «Pues este mejor que se vaya a que esté molestando».

Y luego, Jonathan (Ramiro o Pedro), levanta su vista que tiene fija en el suelo y ve pasar por la calle a un par de muchachos de su edad, hombre y mujer. Visten uniforme de una preparatoria de la localidad y portan en sus espaldas una mochila con libros y cuadernos. Son de su barrio y les conoce

bien. Eso mueve su ánimo y provoca que su voz se vuelva más intensa. Los deseos también vienen del medio, no en vano prevalece aún en la educación ese viejo dicho de: «los ejemplos enseñan».

—Me gustaría estudiar una carrera técnica, de lo que sea. Lo que yo quiero es hacer ya las cosas bien. No me puede poner a decir *quiero hacer esto*, porque no sé qué va a pasar. A lo mejor me gusta otra cosa. Yo creo que sí puedo, es cuestión de querer, de ponerle ganas. Cuando estaba en la secundaria, las clases sí me interesaban. Pero cuando tuve problemas no me importó la escuela, ya estaba en otro mundo. Nunca me importó si en la escuela se burlaban de algo. Yo los ignoraba. No me salí por eso. Para mí la escuela perfecta es con que te enseñen bien, que tengan buenos maestros, buenos talleres y te traten bien.

»Ahorita la escuela para mí significa futuro, tener futuro. Me gustaría terminar la secundaria abierta, la prepa como sea, abierta o en donde sea, el caso es ya, no estar en lo mismo. De mi colonia conozco gente que sí ha estudiado. Mis tíos son maestros, tengo uno que da clases en el Cobach Baja.

El entrevistador está ante un joven desprovisto. Está en un mundo tramado de prisiones y el cielo sin nubes en un páramo yerto. Este páramo tiene grietas, como de terremotos que crean hondonadas en la tierra y el *nini* cae en una y luego en otra, y sigue caminando y cae en otra más profunda. El primer abandono no es de él, es del padre o de la madre que deja de abrazarle; el segundo es la violencia, verbal o física, de uno u otro; el tercero es la partida, normalmente se va el padre porque fue tocado por otro aroma de mujer o porque simplemente no sabe explicarse la rutina; el cuarto abandono sí es del adolescente: las matemáticas

y los libros de español son llanos aburridos y el profesor no tiene imaginación para crear nubes que inviten a soñar; el quinto abandono es el más doloroso: el precipicio de la droga. Ahí, los fantasmas acosan primero de vez en cuando, después, permanentemente.

—No anduve en pandillas, nunca me gustaron. Robé a mi familia, por la droga. Pero de que yo anduviera afuera, no, soy muy miedoso. A pesar de la droga, sabía lo que hacía, fui muy consciente. Cuando estaba drogado sí sabía lo que hacía, pero la misma droga me impulsaba a hacer cosas que no debía. Robaba lo que sea, para venderlo. La dosis cuesta cincuenta pesos, me aventaba al día como unas... mmm... no me acuerdo. No te puedo describir qué, se siente diferente, no sabría cómo decirlo. La usaba para ir a las fiestas, y luego cada quince días, luego todos los días. Hábito, hábito hasta que me enganché y estuve como tres años así. No sé si tarde pero me di cuenta que estaba muy mal. En realidad, siempre supe que estaba muy mal, pero me valía, estaba con mis papás, todo fácil. Pero con el tiempo me di cuenta que no era fácil. Que no todo era drogarme.

»Todo este tiempo me ha apoyado mi mamá. A lo mejor sí ocupé algo más. No culpo a nadie. Mi mamá me ha dado todo, pues no culpo a ella ni a mi padre, ni a mi familia. La culpa la tuve yo. Ellos me dieron buenos ejemplos. Yo agarré la calle porque quise. Ellos me dieron valores.

Y luego la charla se sale de él para incorporar a los otros, conocidos y desconocidos que viven su misma orfandad. A ellos les juzga para reconocer que aun teniendo más posibilidades, no se levantan y caminan. También aborda al gobierno y la corrupción con una frase irónica: «A poco no saben dónde se vende la droga?»

—Tengo amigos que están en la misma situación. Un chorro de compas, que tienen más quebrada, más oportunidad de salir adelante, más que yo y no quieren. Pero como sea, si no quieres no se hace. Creo que se debe a la sociedad. Reprime, y tú mismo, al no entender las cosas y las quieres hacer bien, te sales. Ya afuera dices: «Ay, ¿qué pedo?»

»Creo que en la colonia y aquí cerca, en la comunidad, el gobierno debería dejar de ser tan corrupto, deberían enfocarse más a la educación. Ni modo que digan que los policías no saben que hay tienditas, si se venden por dinero, pues.

Si el quinto abandono es el precipicio de la droga, el sexto pudiera ser la muerte. Antes de ella, o ante ella, el *nini* sufre una reconversión, al menos idílica, hipotética, basada si se quiere en la idea (el pensamiento) y no en la creencia (donde se está). El que entrevista no alcanza a interpretar los signos para afirmar categóricamente que Jonathan (o Ramiro o Pedro), ya tocó fondo y empieza a escalar el despeñadero. Si estar en la idea es un principio, quizás podemos conjeturar que hay un cierto indicio que araña una ilusión.

—Tengo novia, pero ya han pasado como dos o tres semanas sin buscarla, porque no tengo nada qué ofrecer. Creo que mejor la novia para después, la verdad. Pero sí creo en la familia, quiero tener hijos, los que sean, con que estén bien. En unos diez o quince años, para que mis hijos no dejen la escuela, ¿qué haría? No sé, intentar ser el mejor para ellos, que es por ellos. Darles lo mejor que pueda, darles una familia, valores.

—En la secundaria me gustaban las materias de geografía, español, ¿lo más fácil, no? Jajajá, matemáticas, dos-tres. Soy bueno en algunas cosas, pero no me enfoco. Me hace falta darme mi tiempo y hacer las cosas bien. Si sigo así, pues andaré en la vida nomás valiendo.

» En verdad que sí tengo ganas de salir del pozo. Ahora entiendo que para hacer algo debo saber lo que ahora no sé, porque no sé nada. Hace medio año vine al INEA⁹ pero ya no regresé. Ahora sí, digo que va de a buenas. Traje los papeles que me pidieron y me dijeron que viniera a clases los martes y jueves.

Las barreras de la comunicación con el entrevistador han desaparecido. Ahora el *nini* hace pausas y habla con seguridad. Se mete ya no en su pasado sino en la borrasca del futuro. El valor del tiempo está presente y es muy curioso como quiere dejar la vida de ayer aunque no tiene una moneda de cambio que le asegure que el mañana será diferente. Al menos tiene la expectativa –no religiosa, no etérea–, algún tipo de posibilidad, que el punto de partida es de él, no del gobierno, ni siquiera de la familia, únicamente de él.

— En el transcurso de que dejé la escuela a ahora, si te dijera cómo se fue el tiempo, como si hubiera sido... nada. En la ociosidad, cuando no haces nada todo el tiempo se te va de volada, no tienes una idea. Reconozco que he tenido trabajos, pero no los supe llevar, estar así, en un trabajo bien, en el que durara al menos seis meses, un año. Tuve trabajos en restaurantes, en las cocinas. Estuve en el restaurante el Rincón Azteca, ahí tuve contrato, muy bien, pero, ¿qué te digo? No lo valoré, esa es la verdad.

» Ahora la cosa es diferente. Estoy viendo que si no estudio no voy a ser nadie. Tengo que estudiar, y ya de ahí ver qué voy a hacer. Para qué te voy a echar mentiras, no sé. Lo que sí te puedo decir es que me visualizo bien si hago las cosas como deben hacerse. Me miro bien con mi familia, con un buen trabajo. Sí me puedo imaginar bien. Pero si no lo hago ahorita.... es difícil conseguirlo.

⁹ El INEA es el Instituto Nacional de Educación para los Adultos.

» En estos años tan difíciles, he aprendido a conocerme. Me gusta la música, el fútbol, el voleibol. Lo he practicado. Es decir, sí hago cosas, pero las que de verdad debo hacer no las hago. Quiero ver si necesito ayuda o qué onda para continuar. Lo que sí es que ya no quiero caer al sitio de donde vengo.

Y de refilón, para ponerle un sello espiritual a la charla, Jonathan (o Ramiro o Pedro), viendo al horizonte, donde el sol desliza la tonalidad de colores ocre, naranja, amarillo, asevera:

— La verdad sí pienso que hay alguien que nos creó, pero no en un Dios así. Aunque de chamaco me llevaban seguido a la iglesia, ahora ya no voy porque creo más en la ciencia. Más bien creo que hubo un proceso de algo, un proceso largo, aunque hubiera un creador de la divina gracia.

Como bien decíamos al inicio, su espacio vital, el lugar de sus refugios, está tramado de prisiones. Alguna de ellas podría ceder ante el hecho de querer salir. Quizá sea tal la hendidura por la cual se escape a una nueva vida. Quizá también algunos que no sean sus conocidos, puedan ayudarle a remover otros trozos de ese entramado de prisiones que le asfixia.

Jesús Alberto: «La vida ya no puede enderezarme»

El enjambre de características que posee un adolescente o joven definido como *nini* que habita en un espacio físico de marginalidad, con sus matices acentuados en tal o cual rasgo, es perfectamente ubicable en el testimonio de uno de ellos. Verbalizan muy poco. En general su pensamiento no se ex-

presa en discursos explicativos como lo hacen algunas madres de familia o maestros de las diversas escuelas de esas zonas. El abandono escolar, la ausencia de referentes de futuro, el desapego a la autoridad familiar, la inmersión en el mundo de las drogas, todo ello forma parte del perfil que en la lacónica narrativa de Jesús Alberto, *nini* de 20 años, originario de Mexicali, se puede apreciar.

Su primera realidad es el entorno familiar, que representa el primer escalón del abandono emocional y físico.

—Vivo con mi mamá; ahora no hago nada, no estudio, no trabajo aunque ahí agarro algunas chambas. Mi papá no vive con nosotros y eso ya ni lo siento. Tengo seis hermanos, dos de parte de ella y cuatro por parte de él. Los veo poco porque nuestra relación no es como la de otras familias. No digo que me acostumbré porque mi padre se separó de nosotros desde que yo tenía dos años. No hay problema, aún tengo contacto con él. Sé quién es y lo veo de vez en vez. Con mi mamá tampoco hay bronca, al punto de que si no tengo para un cigarro le pido prestado. Para qué andarle mintiendo, toda mi vida me la llevé diciéndole mentiras y ya ven, después de lo que pasó ya no tiene caso.

Jesús Alberto pasa fugazmente el abandono escolar y se despeña rápido en las drogas. Lo relata como se cuentan las fatalidades de las cuales no te puedes escapar.

—No sé si ahí toqué fondo pero me encerraron en un centro de rehabilitación. Yo tenía una novia. Ella fumaba y yo le seguí el rollo pero creo que exageré y me empecé a inyectar ice. Entonces llegó el punto en que tiré la toalla y le dije a mi mamá que ya no quería, que hiciera lo que quisiera conmigo. Ella ya se había dado cuenta y ya lo había pensado pero de qué servía, si me metía al Centro sin que yo estuviera

de acuerdo nada más iba a salir más resentido y enojado. Por eso mejor se esperó a que pidiera ayuda. A mi novia la dejé, ¿para qué la quería en esos momentos? Yo no deseaba saber de nada ni de nadie. Ahora es otra cosa, creo que anda queriendo volver conmigo.

Y luego de intentar salir del despeñadero, la lucha interna, absolutamente personal, las islas de confusión que no encuentran el macizo continental que traiga la tierra que sea la salvación. El padre que reiteradas veces toca el tema de la escuela y el *nini* que, entendiendo que es una salida posible, no se atreve porque algo se ha dañado de su autoestima.

— Como digo, sí me llevo bien con mi mamá pero no en una comunicación muy a fondo. Le pregunto qué platica con mis tías y mis abuelos, hasta ahí. Yo no le platico mis cosas. Sí le digo cuando ocupo algo, como cigarros, pero no le platico mis problemas.

» Lo que pasa es que tengo que poner barreras para que no me jodan la vida. Tanto mi papá como mi mamá, si me llegan a preguntar, yo les contesto bien. Si me enfadan, sí les digo: «¡Cómo chingan!» Si empiezan a hablar de la escuela sí me molesta porque ya me dijeron mil veces lo mismo, ya sé qué tengo que hacer. Aunque, reconozco que sí me dejan hacer lo que yo quiera. Seguro han de pensar que ya no pueden enderezarme. Y, ante eso, quizá tienen mucha razón porque yo mismo, más de una noche, me pregunto: ¿podré enderezarme? Mi mamá me dice: «Yo te quise ayudar en todo lo que pude, si no quisiste, ya es tu pedo». Mi papa sí está terco en que tengo que estudiar y yo sé y quiero estudiar, no quiero estar en la calle pero ya ven, del dicho al hecho, pues hay siempre diferencias. A esta edad uno ya sabe, no necesito que me repitan las cosas mil veces.

Y, nuevamente, al igual que Jonathan, el resquicio que presenta un entramado de prisiones. Si a algo se tiene que asir un joven que ha vivido años en el abandono, es a la familia, primer y último espacio de acogida. Si en ella se está porque nadie más pone la red de cobijo, entonces se enaltece lo bueno, lo valioso. Aunque se mitifique, alguna creencia se debe tener, a algo se debe apostar, a algún refugio se debe llegar.

—Con todo, sí creo que en la familia hay valores como la honestidad, el ayudar. Ellos me están ayudando porque yo soy el más fregado de todos. En las fiestas se junta toda la familia y yo me la llevo jugando con mis sobrinos. Con mi mamá veo la tele; en la hora de la comida estamos todos juntos. Como a muchas familias de por aquí, por todo nos gusta hacer fiestas, hasta por el cumpleaños del vecino. Nos reunimos todos en la casa de mis abuelos. La iglesia no pinta en todo nuestro ambiente, a pesar de que la abuela es católica, casi no va a misa. El resto, o al menos yo, nunca.

Y así le pasan los días a Jesús Alberto. Cuando menos piensas, le llega el fin de año y cuando se va a dormir, imaginamos que no puede evitar pensar: ¿vale la pena vivir? Lo peor del caso es que muchas veces habrá respondido que no, porque la muerte le ronda los pasos, la noche, su alma solitaria.

—Nunca anduve en pandillas. Más bien soy solitario, pero sí conozco a muchas, por ejemplo, los de la colonia Pasadina, la que está detrás de la cárcel. Dicen que está bien peligroso y que si entras te matan pero yo puedo entrar como si nada porque conozco un chingo de gente, a todos los de ese barrio. Ellos matan gente y hacen de todo. Por lo general nomás andan buscando a quien asaltar para conseguir heroí-

na. Todos son bien adictos a la heroína. Hay morros de mi edad y hasta más chicos y varios ya grandes de cuarenta, cincuenta. Están bien clavados con la heroína. Empezaron con la pandilla pero luego les valió y se quedaron engranados con la heroína y siguen ahí para sacar para la dosis, porque una malilla de heroína es lo peor que puedas imaginar. Yo por lo que miré dije: paso sin ver. A las pingas sí le entré. Dicen que son muy peligrosas porque te borran la memoria. De hecho yo tengo perdidos como tres días de una vez que me tomé treinta. Dice mi mamá que me tenía encerrado en el cuarto.

» Muchas veces, andando en estos ambientes, ni valoras la vida. Te cuento. Una vez en Valle de Puebla me quisieron asaltar y terminé tumbándoles yo a ellos. Esa vez me puse a fumar mota con unos cholillos y para regresarme tenía que cruzar por un lote baldío. Estaba todo oscuro y llegan unos güeyes y uno de ellos me pone el cuchillo en el cuello, así braverito y toda la cosa. Me dijo que sacara todo pero yo no traía nada y me empecé a reír. Me contestó: «Ahhh, ¿no te da miedo, cabrón?» Le dije: «No, la neta, me vale». A fin de cuentas terminé pidiéndoles un cigarro y me lo dieron. Me dijo: «Nomás porque nos caíste bien».

Lo dicho, si ya no puede enderezarse, la noche violenta de lotes baldíos y de droga que le hace perder la memoria, le ronda sin darle tregua.

**Ignacio: «Para qué hacer planes,
se puede torcer la toalla»**

Nacho tiene dieciséis años. Dejó la escuela entrando apenas a la secundaria. La afirmación de su realidad la hace desde

un lugar que quizá sea de lo poco que le pertenece. Es un *nini* por dejar, salirse, desprenderse de los libros y los patios escolares, y también lo es porque a los catorce, quince años, los trabajos no pueden tomarse en serio. La formalidad no tiene ligas con la territorialidad de un adolescente que afirma su realidad desde las carencias. En esencia, el recorrido por el círculo de Ignacio es similar al de Jesús Alberto y al de Jonathan, salvo por un detalle que mueve a la esfera por una ruta que no conocen aquellos: tiene una hija, pequeñita, tanto que aún no da pasos. Al entrevistador el punto le llama al extremo de quedarse allí. Ignacio no piensa lo mismo. De eso no habla. No hay forma de que lo haga. De lo que sí habla es de ese intento de reconversión, de la noción de la conciencia que le señala que algo anda mal, que por ahí no llegará a buen recaudo. Con sus dieciséis a cuestas hace por reemprender el camino.

—Me salí de la escuela por andar de pintero. Cuando iba a la secundaria me valía gorro, no quería entrar al salón, los profesores se me hacían muy malos. Pero después que entró la necesidad, mi mamá se *agüitó* conmigo, me dijo: «Si no vas a estudiar pues, de pérdida trabaja». No, no, pensé: ¿cómo voy a mortificar así a mi mamá? Tengo que volver y ¡pum!, voy y me meto, ¿pues qué tengo que hacer? Fui yo solo [al Centro de Desarrollo Social]; digamos que me independicé y fui a preguntar. Llegué, pregunté, me dijeron: tal y tal. Las cosas que tenía que traer, mi mamá me dijo: «Bien por ti, y por las ganas de estudiar». Le dije que gracias. Luego entré, le eché ganas para los exámenes, los pasé muy apenas ¿verdad? Pero ahí voy.

Hace pausa para festejar en silencio el salto de la primera valla. El entrevistador aprovecha el silencio para recuperar la

biografía, dado que ésta nos lleva a la reflexión sobre la situación histórica y la experiencia. Las circunstancias que rodean su vida no son tan dramáticas como las de Jesús Alberto. Si bien llega a los mismos lugares de orfandad en la protección y la vivencia de valores morales, las rutas por las que arriba son diferentes.

—Ahora vivo con mi mamá. Mi papá falleció hace cuatro años. Nací aquí, en Mexicali pero viví allá, en los Estados Unidos. Nos fuimos cuando estaba muy chiquito y por eso me tocó estudiar desde el *kindergarten* hasta la *elementary school*. Nos vinimos cuando mi papá falleció. Creo que mi mamá no tenía forma de mantenernos y eso nos obligó a regresarnos. Ella estudió hasta la prepa y luego enfermería pero no se tituló, es más, creo que no terminó de estudiar por eso no podía ejercer. Lo que sí hace es cuidar enfermos en casas, y con ese dinero va saliendo adelante.

La figura de su madre está en el presente y es un aliento de futuro. Su padre es el pasado pero sus acciones (las que hace y las que piensa), están mediadas por el deseo de agradar, esté donde esté; es como una fotografía de una persona colocada en la parte central de una sala que siempre nos está mirando. Regresa con su madre a Mexicali a recoger pedazos de tiempo perdido; ahí cuestiona a los maestros, no desde el saber, sí desde la rebeldía de un adolescente al que le movieron el mundo. Cuestionamientos vanos. Los profesores se quedaron, él se fue. También parece que el entorno le enseña. Piensa en lo que ve, en lo que no conviene, en el umbral que no tiene ni sombras.

—Me salí de la escuela a los doce años. Desde entonces he trabajado por un tiempo en fruterías. Por la colonia Santa Clara trabajaba de soldador, ahí fue donde más duré. Ahí

pasé mucho tiempo y fue cuando dije: ¿aquí voy a estar todo el tiempo? Mi mamá no sabía que me la pinteaba, yo le mentía, le decía que me iba bien. «Sí voy mamá, sí voy a la escuela, hago mis tareas, no peleo con mis compañeros, no le reclamo a los profes». Me sentía mal mentirle, no me salía. No *like*, no *like*. Ahora que pienso un poco, yo no estoy de acuerdo con los que dicen que todos los que viven por acá dejan la escuela, todo depende del que quiera hacerlo. Hay gente que se familiariza con los cholos, y les vale gorro la escuela. Pero hay gente que viene de lugares humildes, con ganas de estudiar.

»Aquí hay poca delincuencia. Antes sí estaba feo. Escuchabas lo que hacían los cholos. Ahorita se calmó. De perdida ahorita ya sé cómo se mueven, cómo se manejan, cómo cuidarme, a lo mejor es la misma delincuencia y vagancia de siempre pero, puede ser que ya me haya acostumbrado.

Nacho traza una nueva línea con respecto al perfil biográfico de Jesús Alberto. Vio salir la luna llena en una noche que dejó de ser oscura y al parecer eso le ha dado un poco de posibilidades. Fragua en su horizonte cercano un certificado de estudios y la posibilidad de utilizar sus habilidades en el manejo del inglés. El otro punto es que niega haberse cruzado con la droga. A decir de él, su mundo y el del vicio han marchado paralelos y, por ello, nunca se han cruzado en una de esas esquinas desoladas del barrio. Difícil saber si habla con la verdad. Su rostro todavía infantil no tiene huellas y sus brazos no podemos verlos porque el fresco de la tarde hace que los cubra con una sudadera de manga larga.

—Primero lo primero: no me gusta hacer planes de más, se puede *torcer la toalla* y no puedes continuar. Quiero terminar la secundaria y meterme a la prepa. Si no puedo por el

dinero, me meto a trabajar y en las fábricas junto dinero para estudiar. Lo hago como muchos: estudio y trabajo al mismo tiempo. Otra opción que me dio mi mamá es que trabajara hasta que tuviera los dieciocho años. Eso me da chance de estudiar para hacer el Ceneval y pasar la prepa. Mi mamá me sobornó para que no dejara la escuela. Me dijo que me iba a comprar un Xbox 360. Eso fue en su momento, pero cuando la termine me lo va a regalar. De todas formas ya quería terminar la escuela, y pues, pensé ¡Uy, bien! Como un *bonus*.

» Me preguntan sobre mujeres que abandonan la escuela y ahora que lo pienso, casi no conozco mujeres que la hayan dejado. Mis amigas van a la secundaria. Pero amigos hombres sí, dejan de ir, no les dan ganas. Yo tengo amigos de diferentes estilos. Ellos me dicen que los cholos son los que dejan la escuela porque ya traen ese plan en la cabeza. Desde antes de entrar a la secundaria ya están pensando y diciendo que no les sirve la escuela, que ellos pueden hacer sus propias cosas, que pueden apoyarse en otras cosas mejor. Yo, cada que escucho eso, les digo: «Es tu vida, no te puedo dar consejo, pero, no es lo mejor que puedes hacer». Otros dicen: «Sí me sirve pero no me alcanza, cuando tenga dinero vuelvo». La mayoría no vuelve. También he escuchado a otros decir: «Mejor después la hago, ahora no tengo antojo». ¿No tengo antojo de qué? La escuela no es de antojos.

» Pero sólo tengo un amigo cholo que se ha arrepentido de dejar la escuela. Estuvo, creo, en el reformatorio para menores un año y con eso tuvo. Cuando volvió al barrio, unos amigos y yo fuimos a visitarle. Platicando, me dijo: «Neta, me arrepiento de todo lo que he hecho en mi vida». Estaba chamaco igual que yo y a tan corta edad ya supo lo que había hecho mal... igual que yo... ¡Mangos! Cuando

estaba trabajando de soldador, ahí me di cuenta, no hubo necesidad de andar de vago, en pandillas o robando en las casas.

El entramado de prisiones de Nacho permite que la sangre fluya y no se coagule. Su deslizamiento no fue de caída libre y su madre está con una llave en las manos para abrir la puerta de algunas celdas. El manejo del idioma inglés suma a las pocas seguridades. Una más es el mundo de la música y de la danza. Si bien no dibuja una perspectiva de vida clara porque no se sabe cuándo se pueda torcer la toalla, sí afirma que su plena felicidad sería bailar.

—Mi mamá me repite, que con mi buen inglés, pudiera estar en una oficina. Tiene razón. Mucha. Si ella me da el apoyo, no necesito de nadie más. No necesito que me digan qué hacer. Sólo eso me hizo reflexionar.

»No sé si puedan creerlo o no pero, yo nunca, nunca, nunca, nunca, andaría en drogas. Mi padre se decepcionaría de mí. Me llegaron a ofrecer dos veces, quizá hasta más, los cholos de por acá, supuestos amigos y, una y otra vez les dije: «No le pego a eso, aunque me preguntes, aunque me presiones, te digo lo mismo: no se hace». Esas palabras les decía y ya, ¡pum! La cosa no está tan complicada: no quieres, no te presionan. Así es que, los que dicen que los obligaron, seguro están mintiendo.

»Para evitar que los chamacos abandonen la escuela y se metan a las drogas, yo sí creo que aquí faltan lugares como este centro de desarrollo. Es muy bueno que la gente que trabaja aquí y que tiene un verdadero interés por nosotros, te digan: «Aquí estamos, te podemos ayudar, nomás que tienes que querer». Yo creo que te ayudan más que muchos vecinos, ya que hay uno que otro que te hace el paro si tienes una

amistad pero, más que nada son muy *yo, yo y nadie más*. Eso sí, lo cariñoso de las familias de por acá, nadie se los quita.

»A un hijo, para que no se salga de la escuela, le diría lo que me pasó para que siguiera mi ejemplo. No quisiera regañarlo, pero sí decirle en lo que está mal. Algunos padres les pegan, yo no, porque no me gusta el daño psicológico. Le hablaría.

»Me gustaría estudiar... siempre he querido ser doctor, médico como mi papá. Me gustaría hacer algo con lo del baile que me gusta. Cuando estoy enojado ahí me enfoco y me pongo a bailar y suelto toda mi energía. Estamos... uno... dos... somos como siete. Como de mi edad, a los veinte.

»Estoy en una *crew*, ¿cómo se dice en español? No ganga, ni pandilla, sino un grupo de baile. Estamos en Youtube. Hacemos el *shuffle*, el *windmill*. Quiero hacer algo, y qué mejor que el *break dance*. Soy un exagerado en buscar bailes. Los checamos en un [café] Internet, miramos pasos, y ya que me los aprendo les digo, y los hacemos o los vemos entre todos. Pues ahí toda la cuadra, unos amigos que eran de la escuela, nos pusimos a bailar. En mi casa, en el patio que es grande ahí nos ponemos.

»Para organizar lo del *break*, comparto *flyers* para invitar a los que quieran bailar. Y como es en mi casa, los invito. Si luego ves a uno haciendo el gusanito, el codo, la marometa y así. Del Youtube buscamos videos que te enseñan. Nos ponemos a votar lo que queremos a aprender. Si me pagaran por enseñar eso, que fuera un trabajo de verdad, neta estuviera, se pudiera decir, totalmente feliz y orgulloso de mí.

Si a Nacho le pagaran por bailar, si a eso sumara su conocimiento del inglés para traducir las letras de algunas canciones, si, como él dice, tuviera talento para hacerlo y fuese un trabajo de verdad, no sólo estaría orgulloso él mismo de sí, sino que

LA GENERACIÓN NINI. LOS HIJOS DE LA PRECARIEDAD

dejaría de ser un *nini* de los muchos que pululan por las calles de esa zona de alta marginalidad que son Los Santorales. Sería pues, una piedra que dejó de desmoronarse en el despeñadero, una piedra que encontró la forma de salirse de esa celda que es un tramado de prisiones.

LOS OJOS DE QUIENES VIVEN AQUÍ

Pues yo todavía no soy mamá y ya parezco. Porque yo me hago cargo de mi hermano y de mi hermana, de todo.

Cinthia, 17 años, no estudia y es voluntaria del DIF.

El término nini está mal implementado porque tú en tu lenguaje no dices: ni estudio, ni trabajo, dices: no estudio, no trabajo. Lo puso de moda el rector de la UNAM. ¿Por qué? Porque es una cuestión simplemente política, él quería más recursos económicos para la universidad. Creo que es ofensivo decirlo a un joven. [...] Hay población disponible para trabajar, desempleada y población no económicamente activa. Lo cual no significa que no estén haciendo algo.

Miguel Ángel Torres, director del Imjuve, B. C.

El camino para preguntar y conocer

Las principales técnicas utilizadas en el trabajo de campo de este estudio cualitativo fueron la entrevista a informantes claves y el desarrollo de grupos focales. El modelo estructurado con

indicadores fue el mismo para todos los sujetos; la variación en la profundización de uno u otro indicador se dio a partir de la figura entrevistada. En todos los casos, la responsabilidad de las entrevistas recayó en uno o más de los investigadores.

En Los Santorales estuvieron involucradas sesenta y siete personas en las entrevistas y en los grupos focales realizados. De esta cifra, quince fueron varones y cincuenta y dos mujeres. La edad de los cuatro *ninis* entrevistados fue de dieciséis a los veinte años. Todos son nativos de la ciudad y tienen viviendo en esa zona toda su vida. Las madres de familia entrevistadas, que fueron cuarenta y seis en total, estaban en el rango de edad de los veinte a los sesenta y cinco años. Estos dos grupos tenían mínimo educación primaria, y en su mayoría poseían estudios de secundaria, y máximo de bachillerato.

Por otra parte, diecinueve de las madres de familia entrevistadas dijeron trabajar en fábricas, doce se dedican al hogar y dos enunciaron trabajar desde casa, realizando actividades como el corte y la confección o ventas por catálogo. Doce de ellas no contestaron a qué actividad laboral pertenecían. Un padre de familia reportó tener su propio comercio, una ferretería, y tener estudios de bachillerato.

En cuanto a los informantes clave, la mayoría tenía estudios de licenciatura o de carrera técnica. Todos trabajaban o colaboraban en la zona de Los Santorales, pero no vivían en ninguna colonia cercana. Del total de entrevistados, diecinueve son inmigrantes y cuarenta y ocho nativos de Mexicali. La mayoría de los inmigrantes tienen más de diez años viviendo en la ciudad y en la zona, sólo dos reportaron tener menos de seis meses viviendo ahí.

De las madres de familia entrevistadas, la mayoría dijo tener de dos a tres hijos; un padre de familia dijo tener cinco.

Sólo cuatro expresaron tener hijos *ninis* en el hogar, aunque la mayoría manifestó la preocupación o el riesgo de que sus hijos se convirtieran en *ninis*.

Un aspecto que vale la pena destacar para poner en un mejor contexto la información que analizaremos, es que los informantes responden a las interrogantes del cuestionario más desde las condiciones del entorno que desde su propia realidad. Esto es, hablan de las familias, de las escuelas, de los adolescentes y jóvenes desde la experiencia que ven en el barrio, en la colonia, y no necesariamente de lo que ocurre dentro de las paredes que forman su casa. En otras palabras, conocen a los *ninis* aun sin ser ellos parte de sus lazos familiares.

Unos los identifican mejor que otros por el tipo de roles que cumplen en la zona. Tenemos a miembros de la mesa directiva de una escuela, al propietario de una ferretería que en su tiempo libre se dedica a formar equipos deportivos o a catequistas de iglesias, profesores, trabajadoras sociales que se involucran en varias actividades por voluntad propia, etcétera.

Por ejemplo, desde su experiencia personal, Armando, padre de familia y comerciante, organiza equipos de béisbol y relata:

A mí me ha tocado ver tres o cuatro generaciones seguidas de niños y adolescentes que andan en malos pasos y terminan en la cárcel. Yo he contado así cuatro generaciones de niños... yo tengo aquí como 15 años en la colonia y así de uno sigue otro... me ha dado tanta tristeza, me ha tocado ver algunos niños con unas cualidades deportivas que, Dios Santo, nomás les falta el apoyo.

Para ser consistente con la forma en como procesamos la información empírica, el análisis y la interpretación la presentaremos por categorías. De acuerdo al formato del cuestionario y al material disponible, advertimos que existen suficientes datos para perfilar los rasgos más determinantes de los *ninis* de Los Santorales en cuanto a: familia, empleo, escuela, violencia y perspectivas de vida.

El entorno familiar de los *ninis*

La manifestación del abandono escolar por parte de adolescentes y jóvenes entre los doce y los veinte años es un hecho palpable en Los Santorales. Dejar la escuela o ser expulsados cuando el contrato social del mundo contemporáneo establece la obligatoriedad de estar en ella, es de llamar la atención porque algo no está funcionando como debiera. El número es importante pero no lo más esencial. Si en Los Santorales se tuviesen tres mil adolescentes en ese rango de edad y cien no están estudiando la secundaria o la abandonaron, es motivo de una alta preocupación social y gubernamental. Lo cierto es que no son cien sino muchos más y, los jóvenes cuyas edades van de los quince a los veinte años que ni siquiera intentaron entrar a la preparatoria o que la abandonaron apenas en el primer año, representan un mayor número. El primer segmento de edad (entre los doce y los quince) tiene como actividad dominante el ocio. No trabajan o si lo hacen, es a través de las actividades informales (pidiendo ayuda en los semáforos, limpiando fierros en un taller mecánico, vendiendo periódico en las esquinas, etcétera). Una madre de familia narra:

Los papás se sienten culpables porque, cuando la mamá y el papá trabajan, sí hay guarderías pero no hay instituciones para adolescentes donde se mantengan ocupados en un oficio, hay muchísima vagancia y tiene que andarse cuidando uno de salir o no salir. Pienso, que ellos pudieran entretenerse en algo de provecho como talleres, o no sé (Norma Alicia).

El segundo grupo tiene otras necesidades y, aunque también le gana el ocio y la calle, si es mujer y se embarazó o si es hombre y embarazó a su pareja, debe buscar la manera de subsistir. De cualquier forma, obtendrán trabajos eventuales, mal remunerados y seguirán buscando el cobijo de la familia de origen.

Le digo que tiene una razón más para salir adelante, porque al rato el niño va a necesitar muchas cosas y ¿cómo se lo va a dar ella? Trabajando en una fábrica lo va a desatender y todo y así es la forma en la que yo le fomento que salga adelante. Inclusive tenía dos días de haber nacido el niño y se fue a los cursos, sólo que le dio hemorragia y yo fui a avisar que no iba a ir a la prepa porque tenía días de haberse aliviado. Mi hija quiere estudiar para maestra de matemáticas, ella dice va a lograrlo que no se quiere quedar abajo y dice «Si no creas que porque tengo al niño voy a dejar de estudiar» (Lucina, madre de familia).

En la complejidad de la narrativa expresada por los informantes en las diversas entrevistas y grupos focales, se advierten una gran cantidad de formas de verbalizar el problema. Eso nos lleva a darle orden a partir del diseño de una red categorial que nos permite ponderar lo que sea más consistente.

Aunque la expresión oral del profesor sea de un nivel distinto al de la mamá de un *nini*, la descripción de los hechos y sus consecuencias, tiene una fuerte línea de continuidad en los discursos.

La aspereza del entorno

Los informantes de Los Santorales no se van al detalle de un tema y luego abordan otro. Su pensamiento sobre la manera en como ellos perciben la realidad del entorno y el problema de los *ninis* va de las causas a las consecuencias pasando por los hechos sin señalar en los juicios lo más determinante, el origen mismo. Sin embargo, la regularidad de lo expresado nos da pistas muy claras sobre el hecho. El primer punto de llegada en la reflexión es la cotidianeidad, lo que hacen los adultos en la familia, el día normal de actividades. Desde ahí se va construyendo el rompecabezas que nos lleva al origen del problema.

Cuando recién llegamos aquí había muy pocas familias, y matrimonios jóvenes empezaron a procrear a sus hijos; luego empezaron a crecer y como trabajan la mamá y el papá prácticamente los hijos se la pasan en la calle sin el cuidado de un adulto. Y empieza a haber poco o nada de oportunidades para ellos. En realidad sí hay mucha vagancia, mucho descuido de los papás, pero es por eso, porque no hay oportunidades de trabajos buenos (Virginia, madre de cuatro hijos. Empleada doméstica).

Y existe un tipo de trabajo mal remunerado y agobiante.

Un día entre semana en Los Santorales es de esta manera: la mayoría trabaja en las maquiladoras. A las tres, cuatro de la mañana, llega el camión de la maquila. Otros se van en camión por su cuenta. La mayoría de las que van son mujeres. Otras deciden no trabajar en la maquila y hacen otras cosas, como empleadas domésticas. Las que trabajan en fábrica ganan ochocientos o novecientos pesos a la semana si no faltan. Por eso no van a las juntas de las escuelas. Los padres trabajan en la fábrica y en el comercio informal. Es muy común que padre y madre no estén a lo largo del día. Cuando vienes de una maquila, vienes sin fuerza. Yo vengo y así es como tengo que lavar uniformes. O a veces no alcanza, vienes de una maquila pidiendo la cama. Te exprimen hasta la última gota... estás parada pero estás como máquina. Quieres que tu línea sea la mejor. Unas se quedan el sábado para sacar más chamba y el domingo no se levantan de la cama. Así es la vida aquí (Beatriz, empleada de fábrica y madre de familia).

Sobre esa condición de vida y de trabajo, vinculado con la escuela, reflexiona una de las personas con mayor grado de conciencia en la zona.

Nos enfrentamos al problema de los ninis por la zona de bajos recursos y escasas oportunidades. Es muy caro tener a los niños en la escuela porque la gente se maneja con un ingreso de mil doscientos pesos. El otro problema es que por acá hay muchas madres solteras. A veces los niños se preocupan al oír a la mamá y ellos intentan ayudarla en el presente pero descuidan el futuro. En una cuadra podemos encontrar a un muchacho en la escuela y veinticinco o treinta que no están. Los ejemplos no ayudan. Aquí se conjunta la escuela, el medio, la familia. Es

muy frecuente que un chamaco diga: «Yo no tengo que estudiar. ¿Para qué? Mis vecinos no estudiaron y están trabajando y ganando dinero». Es claro que lo único que vemos en el ambiente es vagancia y drogadicción. Los que no se dedican a estudiar se dedican a agredir a los otros. Lo que nos rodea nos da para abajo, para abajo (Armando, empresario ferretero, colonia Cachanilla).

Y luego vienen los momentos cruciales, cuando hay que tomar decisiones y los ingresos no alcanzan más que para lo esencial: la subsistencia. Como no se tienen más referentes para buscar y la soledad o el silencio parecen ser los cómplices menos adecuados, viene el abandono.

El problema se vuelve más difícil porque si tienes dos o más chamacos, ¿cómo le hacemos para pagar dos camiones de ida y vuelta con un sueldo de fábrica? Los hijos también te reclaman. Mi hija fue a la prepa pero otro de mis hijos no. Yo tenía que tomar decisiones y como vi que mi hija era más aplicada para la escuela, a ella la apoyé. Ahora él me reclama: «Mamá, yo también quería estudiar la prepa, ¿por qué no me apoyaste?» La pregunta me duele pero es muy pesado, no puedes... dejé sin estudiar a uno porque no te alcanza (Beatriz, madre de familia y empleada de una fábrica).

Las prioridades que toma cada padre tienen dolor y sacrificios. Por lo que es áspero el entorno, y ásperas también las decisiones.

Se desintegra la familia... y la escuela

Aunado al contexto, tenemos las condiciones de vida dentro del hogar. Ahí el problema aumenta en grado de complejidad.

dad. Por ejemplo, el abandono escolar o la no continuación de los estudios en un nivel superior, tiene mucho que ver con el proceso de desintegración familiar que se vive en los hogares de estos adolescentes y jóvenes.

Sí, aquí en la comunidad hay mucha desintegración familiar, mucha, demasiada. Hay muchos de los niños que viven con papá o con mamá o con la abuela, podemos decir que el 80% de los niños tienen padres que trabajan y entonces se quedan a cargo de alguien. Cuando están pequeñitos que recién ingresan aquí no batallamos por conducta, es raro, uno o dos por salón que es normal, pero con el paso del tiempo, consecuencia de ese descuido de los padres que los dejan crecer solos, los niños se van desviando, se van saliendo, llegan a quinto grado y ahí es donde nos damos cuenta (Constanza, directora de primaria).

Las niñas que están criadas con las abuelas ya no hacen caso. Las mamás viven con otra pareja y se desentienden de ellas. Cuando una madre le llama la atención a su hija, lo que ésta responde es que no viven con ellas. Pura desintegración familiar. Así, con cuál ejemplo le dice la mamá: «No te vayas con el novio». Está claro, ellas se van (Julia, catequista).

En el contexto sí se tienen algunas condiciones que pueden ser aprovechadas, desafortunadamente, no lo hacen.

El deporte y otras actividades de las colonias sí unen a las familias, pero a las que están integradas, a las desintegradas no las une. El niño que no tiene papá ni mamá anda dándole

vueltas al campo nomás, viendo, apedreando, buscando pleito. No hay nada que los una, ¿por qué? Porque si la señora deja de trabajar, pues no les da de comer a los hijos y pues así pasa; así es, no hay nada que los una. Y vas a decir: un bautizo. Ese tipo de personas usan las celebraciones para tomar, como la primera comunión: «¿Sabes qué?, vamos a hacerle la primera comunión a mi hijo»... y que terminan todos borrachos (Francisco, policía).

El profesor percibe la violencia intrafamiliar y algunas veces decide que no puede mantener el silencio de la complicidad.

En esta zona de los Santorales se ven muchas cosas. Así como la solidaridad se manifiesta en determinados momentos, en otros la mala formación es evidente. Tuvimos el caso de unos niños de segundo año que eran golpeados por la abuelita, abandonados por la mamá drogadicta. Hijos cada uno de diferente padre: de un taxista y otro de un drogadicto de la colonia. Al dejarlos la mamá, la abuela trata de sacarlos adelante en su visión de abuela pero cruelmente les quemaba las manos, una situación muy difícil; interviene el DIF, y nosotros sabiendo de la situación denunciemos pero no se hacía nada, hasta que hablamos directamente a violencia intrafamiliar va un oficial y se lleva a los niños y a la abuela. Después viene la señora y nos reclama airadamente, no porque fuimos intermediarios para que le quitaran a los niños, sino porque también le retiraron la beca Oportunidades, la cual le representaba 600 pesos de ingreso mensual por cada uno. Resulta hasta patético ver cómo algunos padres utilizan a sus hijos precisamente para un beneficio económico (Rubén, director de una escuela primaria).

El impacto de la desintegración familiar es palpable. El adolescente entra en un estado de orfandad que le hace querer asirse a la primera muestra de interés por su persona.

¿Qué veo yo en los jóvenes de Los Santorales? No se ve entusiasmo por superarse. Hay mucha falta de respeto, no se valoran, tienen la autoestima muy baja. La mayoría quiere llamar nuestra atención participando en clase aunque sea con alguna tontada. No les gusta que los regañen. Cuando les preguntas qué hacen con sus familias te das cuenta que muchos son hijos de padres solteros y no hacen nada con ellos, pasan todo el día solos y crecen sin una autoridad, y cuando nosotros queremos poner una barrera se enojan y se ponen en contra nuestra (Cristina, docente de bachillerato).

La violencia espejo, el ambiente que parece natural donde el grito, la diferencia y la desvaloración de la persona está presente.

Los problemas empiezan desde la pareja. Como pareja, al tener problemas corren hacia los demás hasta llegar al último. El problema es que nosotros como padres discutimos delante de ellos, luego les quitamos lo que tengan, lo peor es que al final nos desquitamos con los hijos de una forma u otra. Hay padres que los golpean, que los maltratan y que les dicen cosas, cuando a veces el enojo es con la pareja. Entonces eso niños crecen con actitudes muy diferentes, con problemas psicológicos, al rato no quieren estar en su casa. Los niños son así porque los papás también andan haciendo lo mismo. Se metan a casas a robar y meten muchas personas en esa casa y todos los niños miran y ellos están haciéndose así, porque ahí es donde anda el papá (Silvia, ama de casa).

Ausencia formativa

Como decíamos, los hechos son claros: hay abandono escolar, hay ausencia de referentes de futuro, el trabajo es completamente ocasional, la calle es el espacio de aprendizaje. El contexto y la violencia espejo están presentes; una mala decisión —precipitada la mayor parte de las veces— crea la relación de pareja, la cual está desprovista de raíces profundas. Se tiene todo ello pero también un elemento quizás más dañino y, por tanto, muchos más profundo para ser resuelto: la ausencia de capacidad formativa.

Lo que pasa ahí es que no está el papá y no les inculcan los valores, como el respeto. Está la mamá, y la mayoría del tiempo se la pasa trabajando, y el niño se educa en la calle, y como se educa en la calle, peleando y eso, crece creyendo que le tiene que responder a la gente, tiene que contestarle, a la defensiva, el niño va creciendo con esa idea y no tiene un papá que le ponga un alto, que le diga: «Cálmate, las cosas no son así, a la gente mayor se le tiene que respetar, a los adultos se les escucha en lo que digan, ya después tú vienes y me dices». No tienen papá, no respetan a nadie. Como dicen, la mamá los desahucia. Yo he conocido a muchas personas que dicen: «Es que ya no lo aguanto y ya no lo puedo controlar». ¿Cómo no vas a poder controlar a un niño de diez años? ¿Cómo estás desahuciando a tu hijo y dices que ya no puedes controlarlo? «Es que ya no puedo, que se me salió de las manos». Eso es imposible y las mamás no sé qué piensan, no sé cuándo decidieron ser madres, no sé (Francisco, policía).

En sexto ya ni se diga, ya vemos problemáticas más graves, y lo más grave de la situación es que unos padres, por increíble que parezca, se cruzan de brazos y dicen: «Es que yo ya no sé qué hacer, mejor dejo que él haga lo que quiera». Es que no puede ser que, como quien dice, desahucian al hijo. [...] Yo pienso que ni siquiera conviven a la hora de comer, porque no coinciden sus horarios. Qué tan importante es eso ¿no? Sentarse a comer, platicar. Y no hablo por todos ¿verdad?, porque sí hay un porcentaje pequeño que sí lo hace, se nota, se refleja en los niños, nosotros lo vemos (Constanza, directora de primaria).

Y luego, por si el conflicto fuera menor, el papel de los padres que atienden medianamente lo básico pero no lo formativo:

Es que los papás piensan que con ir y trabajar y darles de comer, ya es toda su responsabilidad. No nomás es darles, porque ellos así van creciendo. Y así, pues muchos papás piensan que nomás con dar, que su mamá haga lo demás. Como así los criaron (Julia, catequista).

No les enseñan nada ni les dan obligaciones, menos el padre que es al que más le corresponde enseñar disciplina. Que les dijeran, por ejemplo: «Tu obligación es lavar los trastes, limpiar el suelo». No les enseñan esos principios básicos para que sufran menos cuando crezcan. Como que ya se viene arrastrando ese problema. ¿Y dónde se la pasan mejor? En la calle (Francisco, policía).

Mucho tienen que ver los valores familiares, no es lo mismo porque en el caso de los papás que salen y trabajan y el papá se queda por allá, se atora, y no precisamente en bares, a dos o tres casas ahí está la reunión de los hombres, ahora la mamá funge como mamá y papá. Yo a mis hijos le recalco: «Si tú hiciste algún daño tienes que hacerte responsable de tus actos». Siempre hago hincapié con mis hijos en ese aspecto, pero volvemos a lo mismo: la mamá que trabaja y poco interesada en los valores de sus hijos; la verdad que los hijos crecen a la buena de Dios. Ahora, el hombre machista dice: «Yo traigo el sustento a la casa, ahí arréglatelas tú con tus hijos, yo con traer el dinero para la papa, tú haber cómo le haces». Eso es muy frecuente aquí (Victoria, ama de casa).

Y después la joven que le toca la fortuna de ser la mayor. Al no estar padre ni madre, ella se hace cargo, violentando un proceso natural de crecimiento físico y emocional.

Yo no platico con mis padres porque no tengo chance. No tengo chance de sentarme un rato y «saben que esto, lo otro». Haga de cuenta que yo soy mamá soltera, porque el niño [el hermano menor] toda mi vida lo he navegado yo, yo soy la que si son diez, doce medicamentos a su hora, a su hora se los doy y todo. Y casi no salgo. Si salgo es cuando vengo aquí a la primaria con Briza o voy a unas juntas que hace y es todo. Comunicación con ellos casi no, no tengo comunicación (Cinthia, joven de 17 años que no estudia y es voluntaria del DIF).

La violencia más frecuente es la de padres a hijos, sin embargo, cuando el hijo crece y mide fuerzas, viene el efecto contrario.

Esta realidad te enfrenta a casos que te sorprenden. El semestre pasado cité a los padres de un muchacho que estaba reprobando por faltas y su mamá me dijo que ya sabía, que el problema era que ella le decía en la mañana que se levantara y el muchacho le decía que no tenía ganas de ir a la escuela y la señora no sabía que hacer. El muchacho tiene más autoridad que los padres. También me tocó el caso de un señor que dijo que él se declaraba incompetente para educar a su hijo. Yo creo que si uno vive en casa el respeto y la autoridad de tus padres, te guías con eso y lo aplicas a tu vida. Si ven que sus padres no se respetan el uno al otro cómo los van respetar ellos. La comunicación padres e hijos está crítica. Diré que uno de los casos más patéticos que he visto es el de una muchacha de dieciséis años que golpeaba a su mamá. De hecho creo que ya no está aquí. Esto se supo porque la mamá dijo que le tenía miedo a su hija porque la golpeaba (Carolina, docente de bachillerato).

El concepto de autoridad está desdibujado:

La familia no pone mucho interés en los jóvenes, y no te digo nada más en esta colonia, trabajo en tres y andamos todas en las mismas. Desde el hecho de que ya son niños de quinto o sexto, a su familia no creas que los tiene con mucho pendiente. La otra vez le pregunté a uno: «¿No te da miedo tu papá o tu mamá?». «No», fue la respuesta. Imagínate, si no les tienen miedo a ellos pues menos a otras personas. Desgraciadamente no existe participación por parte de los jóvenes, es escasa. Yo traté de invitarlos a una plática y no quisieron. Tuve que empezar a trabajar con niños de la escuela, o sea para adolescentes que son de sexto año, porque con adolescentes así no se pudo.

Son escasos los adolescentes de esta colonia que tienen acceso y aspiraciones de estudiar algo más que la secundaria (Brisa, psicóloga, promotora comunitaria del DIF).

Y nuevamente se subraya la desatención familiar.

Los mismos padres les quitan todas las responsabilidades a sus hijos, no sé si porque no los creen capaces o porque les da flojera tomar riendas en su educación, en la disciplina o quieren tomar riendas cuando tienen catorce, quince años y en todo lo que fue su niñez nunca les hicieron caso. Porque sí hay muchos niños desatendidos que vienen al DIF porque, yo creo, su mamá no los quiere aguantar en su casa y a veces ni así los mandan porque «No ¿a qué van a la escuela?» No los quieren mandar a la escuela porque no les quieren lavar el uniforme o porque no los quieren bañar (Cinthia, joven de 17 años que no estudia y es voluntaria del DIF)

Es notable como padres e hijos se comunican a gritos. Vino una niña con su mamá a preguntar si había cupo. Les dijimos que sólo en la tarde y la niña le dijo a su mamá que no pensaba entrar, si quería que estudiara iba a ser en la mañana. Una niña de trece años mandando a su mamá, no es posible. También he visto que las mamás les gritan y les dicen enfrente de todos. Los niños son muy nobles pero hay que saber llegarles (Patricia, docente de secundaria).

¿Dónde se refugia el discurso de los informantes respecto a la relación entorno, familia, *nini*? Si las consecuencias de un hecho es el abandono escolar (de la secundaria, de no ingreso a la prepa y de deserción de ésta), las causas que vinieron en

tropel en las participaciones tanto de padres de familia como de empleados gubernamentales que trabajan en la región estudiada, encuentran su explicación en los siguientes aspectos:

La historia personal de las parejas. El encuentro para hacer familia como una entidad duradera y comprometida con el cuidado de los hijos, no tiene arraigo y sus raíces de comunicación parecen poco profundas.

La desintegración familiar. Es frecuente la separación de las parejas y nuevas alianzas de éstas. El estudio no explora las formas en las que se constituyeron pero es muy posible que los embarazos prematuros fueran un factor para la unión. Los hijos generalmente quedan con las madres y, si ellas forman una nueva familia, seguro vendrán hijos con otro hombre. La convivencia entre hermanos de la misma madre o padre no debe ser tan sencilla.

Existe ausencia física en el hogar y su consecuencia inmediata es la incapacidad para formar a los hijos. La ausencia tiene dos manifestaciones: generalmente el padre retrasa su llegada a casa después de la jornada laboral; el padre y la madre trabajan en empresas que les demandan la mayor parte del día. La parte crucial de la etapa formativa padece de una u otra figura. La forma aguda de abandono a la formación lo representa el cuidado de la abuela, la cual, por cierto, generalmente no es una mujer de la tercera edad.

La violencia espejo. El barrio, la calle, la colonia, la zona muestra muchas maneras de violencia, pasando por los golpes, el robo, el acoso. Sin ser determinantes en la afirmación, apunta más a que entra de la calle a la casa que de ésta a la calle pero, sea como fuere, la carga de agresividad se convierte en hechos cotidianos, como si el grito, la amenaza fuese conatural a la vida de la familia.

Las intenciones de significado. Bien es cierto que los informantes situaron otro ángulo de la realidad: la de aquellas familias que sí tienen en sus objetivos la permanencia en la escuela y la superación de los hijos a través del estudio. Sin embargo, a veces no basta con tener claros los deseos. Hay madres de familia a las que la carencia económica les toca las manos y entonces tienen que decidir: ¿quién sí, quién no de los hijos debe seguir estudiando?

El abandono escolar por adolescentes y jóvenes tiene como nutrientes todos los puntos anteriores. A ello podríamos agregarle, sólo a manera de hipótesis (haría falta una investigación paralela para corroborarla), el agobio social de los profesores de las escuelas primarias y secundarias de ese polígono de la ciudad. La falta de compromiso y la escasa vocación se manifiesta en la amplia rotación de personal académico de los centros educativos. Desprovistos de afecto en la casa y en la escuela, es fácil que los potenciales *ninis* busquen la calle como un espacio para la comunicación y la aceptación social, de la misma manera que abandonan la casa de los padres para buscar la vida con la pareja. Si es mujer, por embarazo y si es hombre, por haber embarazado a la mujer.

Empleo y trabajo en Los Santorales

Conseguir un empleo estable para los residentes de esta zona es complicado. Las oportunidades escasean; la mayoría obtiene su trabajo en negocios pequeños como abarrotes, plantas de agua, ferreterías, talleres mecánicos y ventas por catálogo de cosméticos o ropa, entre otros. De estos empleos, no todos cuentan con el respaldo del seguro médico. No hay una fuen-

te de trabajo significativa: no hay maquiladoras, ni suficientes escuelas o instituciones, hospitales o clínicas.

Muchos de los trabajos están fuera de la comunidad. El empleo de los papás sería bueno para prevenir otras cosas, desgraciadamente no tienen buenos empleos, los empleos son temporales, son mal pagados. Soñamos que tuvieran un buen empleo, con un horario de trabajo, que las mismas empresas se preocuparan por los hijos de sus trabajadores, que les dieran oportunidad. El problema que yo manifestaba es que los papás pocas veces van a la escuela a enterarse cómo van sus hijos, porque sería dejar el trabajo un día y eso implica perder el bono de puntualidad o asistencia, entonces prefieren conservarlo que ir a la escuela. Es un círculo vicioso (Rubén, director de una escuela primaria).

Sumado a ésto, las rutas de transporte público son pocas y no llegan a todas las colonias. Es una zona marginal alejada geográficamente de otras más transitadas y céntricas de la ciudad. Son muy pocas las calles pavimentadas. Moverse al lugar de trabajo, implica más recursos y tiempo, mismos que pudieran invertirse en convivir más tiempo con la familia, en el gasto familiar o en la educación. En pocas palabras, ir a trabajar, también les cuesta.

*Padres interesados en un mejor nivel
de vida para sus hijos*

En cuanto al desarrollo laboral, los padres de familia entrevistados se mostraron plenamente interesados en un mejor nivel de vida para sus hijos. Existe medianamente, en térmi-

nos de Beck (2006), una reflexividad ante la situación económica adversa. En los jóvenes es distinto, hay angustia: como menciona Doger (2011), se quedan desocupados y en casa no porque lo deseen, sino porque han sido excluidos (o autoexcluidos) de las oportunidades educativas y laborales.

La mirada de esta comunidad hacia la cultura laboral es sombría, pero esperanzada. Algunos padres han aprendido sobre sus errores de juventud y esperan que sus hijos tengan mejor educación para que alcancen un mayor nivel de vida. Con «mejor», los habitantes se refieren a vivir honradamente, a ser y sentirse alguien importante y a educar a sus hijos con las menores precariedades posibles. El dinero no necesariamente es la única motivación para trabajar, el dinero también es un medio para lograr ese «vivir mejor»: «Un trabajo, uno donde ellas sean alguien, que estudien y que sean alguien para que ganen bien y vivan mejor y honradamente; ahorita si no hay dinero no vive uno, apenas anda uno, a medias a veces tiene y a veces no» (Lucina).

El trabajo es señalado por los padres de familia como un aspecto que se ha subestimado, apreciado más como virtud que como una necesidad solamente. Una de sus propuestas para resignificar la cultura laboral es que la mirada hacia ésta, se relacione más con habilidades y gustos, no con jornadas que cumplir. «Creo que el trabajo lo ven como una necesidad, algo que hay que hacer para comer, no como una virtud. No hay valor por el trabajo» (Daniel, docente de bachillerato).

Todos los padres y madres de familia mencionaron el trabajo como algo que haría que sus hijos sean alguien. El ser

alguien no está implícito con el existir, sino con el crecer plenamente, una persona no está completa hasta que logra dar y recibir honradamente.

El trabajo también significa independencia personal y la no alienación en el matrimonio. Y algunas madres de familia recalcan la importancia a través de la experiencia propia: «La mayoría somos mamás solteras. A mí sí me gustaría que mis hijos estudiaran y que fueran alguien en la vida, que sobresalieran, que el día que les falte la pareja, no dependan de un hombre para trabajar, darles el estudio y que no se queden ahí igual que uno» (Hilda, líder de la colonia Colosio).

Al respecto, algunos docentes de esta zona, mencionaron la postergación y el conformismo como los principales obstáculos para el desarrollo: «Desgraciadamente, la mayoría de los alumnos se atienen a que, a fin de cuentas, su mamá va a empeñar o va a hacer algo y va a haber comida en la casa. Están estancados, dejan las cosas para después. No ven el trabajo para superarse o como algo bueno, es su última opción» (Cristina, docente de bachillerato).

Esto implica que los valores en casa, como la disciplina y el trabajo, no son construidos o lo son muy poco. La figura de los padres o tutores es de protección, pero no de autoridad o de ejemplo. Varios informantes coincidieron en que había una gran diferencia entre decir y educar: «los niños aprenden lo que ven». La reflexividad en ellos es muy poca como para que tuvieran el criterio de diferenciar cuáles son los modelos de comportamiento o éxito que les beneficien más. «Hay muchos chamacos que andan en la calle porque sus papás trabajan día

y noche. Las mamás en la fábricas para que les alcance para los gastos básicos. Trabajan y ya no están tan al pendiente de los hijos» (Hilda, líder de la colonia Colosio).

En esta comunidad, la tendencia es que existan pocas historias de éxito. Sí las hay, pero no tienen representatividad o impacto en el imaginario, ni en su cotidianidad o en su narrativa. Quedan desdibujadas por el trabajo ilícito y por los problemas de desempleo:

Las drogas no son exclusivas de las colonias populares, tenemos un gran problema de gente adicta que es socialmente activa, gente que trabaja y genera un recurso y mantiene a su familia y no necesariamente es el adicto que ves en la calle pidiendo limosna. Como que tenemos ese concepto de adicto: el que limpia parabrisas en las esquinas. Todos esos jóvenes tienen un gran potencial por su misma juventud; tenemos que encontrarlo y tenemos que motivarlos para que lo saquen (Nora Badilla, directora del DARE).

En este ambiente esperan poco: «Las expectativas de trabajo son muy bajas. Quieren entrar a una fábrica o están aquí porque es requisito para entrar a la policía. Pocos quieren ser profesionistas. De empresarios... ni hablar» (Daniel, docente de bachillerato).

De esta manera, los modelos aspiracionales son escasos, y los que hay no son congruentes con lo que los padres y profesores desean para sus hijos: «Yo he visto en el Facebook que hay chamacos que ponen que trabajan para el Chapo

Guzmán, que las chamacas ponen fotos muy así [con ropa provocativa] y también es responsabilidad de uno ver qué hacen los hijos», comentó Hilda, líder de la colonia Colosio.

Les digo: su hijo hace mucho que le dio puntos rojos, pero usted no se dio cuenta de lo que pasaba, y ahora, ni trabaja ni estudia, ¿por qué? Porque no se le inculcó que tiene que estudiar para tener un trabajo. El narcotráfico, dicen: «¿Sabes qué?, yo si vendo drogas no ocupo estudiar para ganar dinero». Es una falacia eso, no se hacen millonarios. Mentira: ahí están en la cárcel los niños, el tutelar de menores está lleno de esos muchachos que creyeron que iban a vender drogas y se iban a hacer millonarios. Le pregunto a un niño, ¿tú qué quieres ser cuando seas grande? «Quiero ser *tecolín* como mi tío». Le pregunto a otro niño; «quiero ser el Chapo Guzmán». Antes: «quiero ser doctor, quiero ser policía, bombero»; ahora quieren ser narcotraficantes, porque estamos cayendo en un error, el mismo gobierno le da promoción al narco, el mismo gobierno con los periódicos: «agarramos al más poderoso del cartel del Golfo que no lo podíamos agarrar», y los niños todo eso lo entienden. Antes no lo escuchábamos en la televisión.

Las vías de desarrollo para una cultura laboral más favorable, no necesariamente tienen que implicar que todos los graduados de bachillerato quieran estudiar una licenciatura, pero sí que busquen e inicien la capacitación en actividades en las que puedan sentirse integrados.

Hijos jóvenes en trabajos informales

Los habitantes de Los Santorales están conscientes de la situación económica del país y la región; la mayoría de los

entrevistados sabe que el trabajo es una cuestión en la que están involucrados los esfuerzos tanto de las autoridades como de ellos, de manera individual. De cualquier manera, ellos siguen fomentando a sus hijos que estudien aunque hayan desertado de la escuela. Creen en los valores de la responsabilidad y la honestidad, a pesar del ambiente en el que viven, que contiene muy pocos estímulos. El contexto nacional y local que vivieron al llegar a la comunidad es muy distinto al de ahora. Son otras historias: ellos y sus hijos se enfrentan a problemas distintos. Por eso, en ocasiones flaquean y preguntan, o se preguntan a sí mismos: ¿qué vamos a hacer?

Guillerma, voluntaria del DIF y madre de familia de la colonia Cachanilla, platica al respecto:

Les digo que se lo tienen que ganar. Si quieres esto y aquello pero no quieres estudiar, tienes que trabajar. Para poder llevarlos por el caminito. Porque si se les da todo, pues como que no; luego el dinero que les da uno se va a las maquinitas o las drogas. Lo que yo les digo a los míos: afuera de mi casa, aquí yo no quiero flojos, el día que me dejes de estudiar y no quieras hacer nada de tu vida te vas de mi casa. De chiquitos uno los tiene que llevar. A una hija le digo: tienes que ir por el mismo camino, derechito, yo estudié la universidad, fui socorrista de la Cruz Roja, y soy maestra del DIF. Y me dice ella: yo quiero lo mismo que tú. Le digo: váyase por donde yo me fui, por el mismo caminito, atrasito de mí váyase. Si yo le di ejemplo de estudiar.

Ciertamente varios padres de familia señalaron que una de las condiciones que imponen a sus hijos si deciden abandonar la escuela, es ir a trabajar. Esto quizá funciona como

motivación para algunos, pero para otros «limpiar carros, juntar chatarra que encuentran en la calle o vender droga» (Micaela, madre de familia y asesora del INEA) resulta más cómodo que ir a la escuela; al menos eso creen durante un tiempo. Todos los entrevistados adultos que desertaron de la escuela cuando eran jóvenes para ganar dinero, mencionaron sus deseos de haberse graduado. Y la expresión «si hubiera pensado diferente, me hubiera quedado mejor», es común entre padres de familia o jóvenes adultos. «Le digo, que no te pase como a mí. Que no deje la escuela, le digo: yo tuviera mejor trabajo ahora, y darles más cosas. No quiero que te pase a ti pues, eso le digo», comentó Mónica, madre de familia.

Micaela agregó: «Sólo con la primaria ahora no, tienes que tener tu certificado de secundaria y en algunas maquilas ya te piden el certificado de prepa. Hay un muchacho que es jefe de línea que lo «descansaron» porque no tiene la secundaria. Si eres jefe tienes que tener la secundaria, y si no la tiene lo van a bajar de puesto».

Existe entonces una conciencia de la relación escuela-trabajo. Pero el trabajo a temprana edad es una de las causas de que algunos no vean la escuela como medio de desarrollo, sino como una inversión de esfuerzo y dinero que no tiene remuneración. Si ellos comparan la inmediatez de ambas actividades, por obviedad los resultados no son similares: «Dice el niño: ¿Para qué estudio si yo toco la trompeta y con eso obtengo dinero? Yo siempre he dicho: si a un niño le enseñas a manejar dinero desde muy temprano le va a gustar y va a dejar la escuela. Porque si está en la escuela sentado piensa: aquí estoy perdiendo el tiempo, pudiera estar ganando», comentó Francisco, agente municipal, citando a un niño que trabaja en las calles.

Pero es laborioso alejar a los hijos del dinero fácil o a temprana edad, si el trabajo informal o la caridad es una manera muy presente y común de obtenerlo. Alejandro, docente de secundaria, nos dijo: «Algunos dicen que ya no van a entrar a tercer año porque van a agarrar trabajo de paquetero o equis trabajo. Para ellos vivir bien es vivir al día. No hay mentalidad de progreso. No los veo motivados».

Y el asunto se complica, pues en algunos hogares los jóvenes observan las dificultades que sus padres o hermanos tienen para trabajar y mantener los gastos de su educación formal. Deciden entonces colaborar o salirse del núcleo del hogar. Los valores e ideas de un proyecto modernizante, ya no tienen mucha credibilidad: ¿para qué estudiar o trabajar dignamente si los que viven «bien» son los narcos o los corruptos?

Así, sumando el factor económico mundial, la poca confianza o credibilidad en las instituciones que menciona Beck (2006), el mundo es un espacio donde no hay nadie a cargo, no hay orientación, hay riesgos. La baja autoestima que Reguillo (2010) indica, son los elementos que orillan a los jóvenes a desertar e integrarse a trabajos ilícitos. Entonces, en lugar de decidir, sobreviven.

Subsistencia y no desarrollo

Por otra parte, la cultura laboral en esta zona está basada en la subsistencia y no en el desarrollo, es decir, están «viviendo al día». Como los referentes e instituciones en los que las personas tenían confianza cambian constantemente, el futuro es tan incierto que el presente y el yo son lo más importante. Esta individualización sabotea la falta de visión o la posibilidad de desarrollo personal, entre otras cosas, desmotivando

la cultura del ahorro o la búsqueda de programas (como las becas o apoyos) que las autoridades coordinan: «No existe un programa que venga a buscarlos; que les ofrezcan becas. Como no tienen a alguien que les diga cómo manejar la situación, se pierden y al rato los mira uno... dónde no, y dice uno: cómo es posible; eso les digo cuando van a mi negocio; da tanta tristeza» (Armando).

Ha buscado becas y por más que uno busque no las encuentra, a veces sí es necesario que le ayuden a uno aunque sea para los camiones. Y he mirado que hay muchachos que no tienen necesidad y ellos tienen las becas, que tienen padres emigrados, que tienen la forma y son a los que se les dan las becas, entonces yo me pregunto: ¿Por qué no empiezan a razonar y empiezan a hacer estudios socioeconómicos sobre las familias? [...] Le digo que mis vecinitos de aquí de la casa de enfrente a un lado, dos han salido becados en la universidad y han sacado su carrera adelante. A veces yo batallo mucho, con lo que manda el hombre no me alcanza y batallo con los camiones y ahí ando con mi vecina «présteme para los camiones de la muchacha». Y el camión ya subió a once pesos, y ahorita que está haciendo el servicio social se viene gastando en la semana como trescientos pesos en camiones. Es mucho dinero, yo gano setecientos pesos y mi viejo me manda mil quinientos pesos a la quincena; a veces me siento triste pero qué hago, y me dice es que no puedo mandar más. Mi hija ha alzado la voz pidiendo, pero no y muchachas que realmente tienen la manera, tienen becas y me dice «fíjate ama» y le digo «ni modo, mi'ja, es que este mundo no es justo» (Lucina).

Ciertamente, muchos sí buscan ayuda en dichos programas, pero en los que tienen respuestas más inmediatas:

«Muchos dicen: voy al curso para padres, ¿pero qué me vas a dar? porque el otro día en una plática me dieron una despen-
sa. A otro tipo de programas no van, o van una vez y ya no vuelven» (Laura García, psicóloga y tallerista del DIF). Este sentido de desvalorización que explica Reguillo (2010) cae en ellos y en las autoridades, haciendo irrealizable un proyecto colectivo.

La disciplina que se exige en el campo laboral sobre el cuerpo y la apariencia física es muy similar o más rígida que la escolar. Ingresar tanto a una escuela como a una empresa, implica una transformación del físico. Este tipo de normas no les parecen congruentes a algunos: «Son bien exigentes, no me permiten entrar con perforaciones, yo soy libre, yo puedo hacer lo que quiera con mi cuerpo. [...] No, yo no pedí nacer, ni modo: que me mantengan», vuelve a citar Francisco, policía, citando a un *nini*).

La libertad sobre el cuerpo, el rechazo a los uniformes, los tatuajes y otros elementos tienen importancia suficiente como para que un joven no solicite un trabajo formal. En ocasiones algunos desean eliminar el tatuaje que era insignia de la pandilla, pero resulta más costoso que haberlo pintado. La mayoría de las empresas formales e instituciones rechazan los tatuajes o perforaciones, así como estilos de cabello o de ropa llamativos. Los *ninis* tienen que decidir si obtienen un oficio con una jornada de más de ocho horas, o permanecen con carencias, pero bajo la caridad y con la apariencia deseada.

Largas jornadas laborales: poca convivencia familiar

Respecto a lo que piensan y sienten sobre el trabajo, todos los entrevistados coincidieron en el problema de las jornadas la-

borales extensas. Hay poca convivencia familiar si ambos padres (o la madre soltera) atienden horarios de hasta dieciséis horas, más el tiempo que implica transportarse. La desigualdad económica mundial fomenta la mano de obra barata; y por lo tanto el descuido, el desgaste físico y mental:

Yo tengo dos hijos en la cárcel y eso es muy triste, y usted sabe que una madre no quiere eso, pero en cierta manera los padres tenemos la culpa porque yo me dediqué a trabajar para que no les faltara ropa, comida, y son cosas que duelen. A veces los vecinos llegaban y me decían: doña Chayito, fíjese que su hijo me robó el carro [...] una madre no quiere que sus hijos vivan así. Pero como yo trabajaba se los dejaba a mi familia, y mi familia qué hacía: me los desechaba, me los dejaba (María del Rosario, madre de familia).

Hay que agregar que algunos padres de familia extienden el horario fuera de casa para socializar con los amigos, ya sea acudiendo a un bar, a jugar billar y tomar cerveza. Las bebidas alcohólicas fueron mencionadas por los entrevistados. En muchas culturas es común realizar alguna actividad de esparcimiento antes de llegar al hogar, pero a algunos padres no les urge ir a casa a ver sus hijos. No construyeron ese lazo emocional, esa preocupación:

- ¿Qué hace tu papá?
- Pule rines.
- ¿Y tu mamá?
- Trabaja en una fábrica.
- ¿A qué hora regresan tu mamá y tu papá de trabajar?
- Mi apá a las tres y mi amá a las cinco.

- Y cuando sales de la escuela, ¿qué haces en tu casa?
¿Quién hace la comida?
—Mi mamá deja la comida hecha.
—¿Cómo te tratan tu mamá y tu papá?
—Bien. No hablan conmigo (Gerardo, 12 años).

Otras opiniones difieren de estos argumentos. Es decir, comentan que no hay justificación para descuidar a los hijos por el trabajo. Además, que una buena educación no tiene una sola fórmula precisa. La vida siempre ha sido difícil y las labores nunca han sido pocas:

Yo conozco a algunos jóvenes que no tienen papá y son unos excelentes estudiantes, conozco a otros que tienen mamá y papá y ellos tienen un desorden en su vida. Yo no tuve papá y no soy drogadicta. O sea es lo que te enseñaron en tu casa. [...] Mi mamá siempre trabajó, pero no nos dejaba solos. Ya de grande uno agarra las amistades y dejamos de estudiar, pero después regresamos al camino. Eso es lo que falta, que los papás estén ahí al pendiente, que vayan a las juntas a firmar las boletas, que sepan los niños que hay alguien a quienes les importan (Claudia, madre de familia).

Una de las madres observa y propone que el cambio sea inmediato:

Desgraciadamente yo sé de familias que sus mamás se van a trabajar todo el día, les digo a las compañeras, desgraciadamente ese es el resultado, lo vemos, lo sabemos todos. Ahora lo que debemos es encontrar la solución de los que van para ser adultos, ahí sería lo bueno porque esos que ahorita andan mal,

van a terminar mal. Ahorita debemos poner el remedio de los que van, de los que se pueden cambiar ahorita, que son los de primaria, secundaria (Micaela, madre de familia).

Aparentemente los obstáculos para algunos padres de familia son más que sus esfuerzos, que aunque son fuertes, permanecen aislados. Luchan contra el ambiente hostil; la cultura de la comunidad ha naturalizado el desempleo, la caridad, el empleo informal y peor aún, las actividades ilícitas. Las intenciones de la comunidad en el mejoramiento de la cultura laboral son buenas, pero el camino para lograrlo no es claro.

El *nini* y la escuela. Inserción, deserción

Si partimos de que la realidad humana es histórica, abierta, indeterminada y ambigua, podemos afirmar que el hombre es lo que las estructuras mismas de la cultura le aportan. El elemento cultura se convierte entonces en artífice protagónico de la concepción del mundo que tiene cada individuo, es decir, en un elemento proveedor de identidad. Particularmente la escuela tiene un rol central en la trasmisión de aquellos saberes que además de aportar identidad sirven para garantizar el futuro de quienes dentro de ella se informan y se forman. Los Santorales, como toda zona que se encuentra atravesada por la marginalidad y la pobreza, tiene en la escuela uno de sus principales fracasos.

La falta de recursos, una limitante dentro de los proyectos de vida

La Secretaría de Educación Pública (SEP) estima que cerca de 7 millones de jóvenes entre doce y veintinueve años truncó

sus estudios en la educación básica debido a los niveles de pobreza en los que viven, lo que tiene consecuencias desfavorables en su vida personal y, por supuesto, en su trayectoria laboral (Peñaloza, 2010). Así lo expresa Laura, psicóloga del DIF municipal, quien trabaja en Los Santorales en el programa «Rescate en la calles»:

Muchas veces no tiene la familia las posibilidades económicas. Pues dicen: «ya te pagué la primaria pero ¿cómo le voy a hacer para pagarte secundaria o la preparatoria?» Ahí la familia del niño qué hace. También hay muchas familias preocupadas, las que sí se interesan por los hijos, por más que quieran no pueden mandarlo a una educación superior. Ahí andan correteando las señoras becas, y si no las consiguen ¿pues el niño qué va a hacer? Se va con el papá a ayudarlo a vender lo que él ocupa vender, o a ayudarlo de albañil, o a hacer los equipos para robar. «Tú abre la ventana porque estás chiquito, te metes», y le abre al papá (Laura).

De esta manera, el vínculo con la escuela se pierde con el paso del tiempo por carecer de los recursos económicos para solventar los gastos que implica el proceso de aprendizaje, desvaneciéndose así aquella esperanza que algunos padres de familia tienen cuando visualizan la escuela como un instrumento de progreso para sus hijos.

Yo trato de inculcarle a mi hija que si no estudia no tiene futuro, que la mayoría de los niños que no estudian no tienen futuro, el futuro de ellos es incierto, es un futuro que no llega a nada si nosotros no les inculcamos y los impulsamos y

nos esforzamos, porque tenemos que esforzarnos y hacerlos que sean constantes aunque no quieran. Mi hija a veces no se quiere levantar para ir a la secundaria, o a veces cuando se desvela por alguna cosa con las amiguitas, ya son las 10 de la noche (Señora encargada de la cooperativa de una escuela de la zona).

La familia, una figura casi ausente en lo escolar

Aunado al problema de los recursos económicos, encontramos entornos familiares que si bien expresan teóricamente el deseo de que los hijos estudien y continúen en la escuela (para que no repitan la misma historia que sus padres), en realidad lo que sucede –en voces de habitantes de la zona– es que:

Los papás no los apoyan o no los obligan a estudiar; a los papás les vale, en su cultura no está el ver a sus hijos; creo que es una situación de los papás de que quieren ver mejor a sus hijos, pero no hacen el esfuerzo por meterlos a la escuela para hacer que estudien, por ver que tengan un empleo; como que sobrellevan el tipo de vida, «pues estás aquí, haz lo que quieras, no te metas en problemas» y hasta ahí; entonces siento que es un problema cultural muy fuerte de este tipo de personas que ven la vida de una manera muy diferente a como la podemos ver nosotros con nuestros hijos; por ejemplo, le apostamos a que la escuela es el único camino para poder superarnos (Rubén, director de una escuela primaria).

Mis vecinos van reprobando todas las materias y los papás no se preocupan; aparentemente se preocupan pero no hacen

nada por ellos, son niños que en el primer año abandonan la escuela y como no están en edad de trabajar, muchos de ellos andan en la calle y ya cuando están en edad de trabajar como es una forma de vida también, pues se incorporan a la calle, a las pandillas, a los grupitos y van haciendo su vida de esa manera, como que es un círculo muy fuerte (Madre de familia de un joven que asiste a una secundaria de Los Santorales).

Cristina, docente de bachillerato, agrega: «En los alumnos que desertan el problema principal es la familia. No tienen atención, tienen problemas familiares o viven solos con la abuelita. Le falta, a la familia, preocuparse más por la situación del alumno, buscar formarlos como personas de bien».

La familia se vuelve, bajo esta dinámica, cómplice de un sistema que, en palabras de Duch (1997), se encuentra en una situación de crisis global debido a que las instituciones caracterizadas como estructuras de acogida (entre ellas la familia), pasan por profundas transformaciones que mellan las formas de inserción de los seres humanos en la realidad.

*La escuela y su incapacidad
para generar sentido y acogimiento*

Ahora bien, a este panorama añadimos que, según los resultados de la Encuesta Nacional de la Juventud 2005 (Imjuve, 2005), entre los jóvenes de doce a veintinueve años, la falta de satisfacción es causa frecuente de abandono escolar. El problema de la educación no sólo reside entonces en la escasez de recursos económicos, o en la falta de seguimiento y participación de las familias, sino también en la incapacidad sistemática de la educación pública de otorgar a los jóvenes

ámbitos de acogimiento, de sentido y de gusto por asistencia a la escuela (Suárez, 2010).

Los alumnos se muestran apáticos. Tienen muchos problemas en su casa y se los traen para acá. Nosotros nos damos cuenta mediante sus actitudes. Veo que los muchachos están muy cerrados, se ponen una barrera antes de que nosotros podamos abordarlos y esto nos dificulta la comunicación. Creo que debemos fortalecer el área de orientación y de trabajo social para poder llegar al fondo de los problemas y hacer que los muchachos se concentren en la escuela, que los problemas los dejen en su casa. Igual nosotros como profesores que a lo mejor no comprendemos la situación de ellos y damos por hecho una actividad (Alejandro, docente en secundaria).

Así pues, uno de los elementos más dramáticos e ilustrativos de la deficiencia educativa es que la principal causa de deserción, de acuerdo con los propios jóvenes que deciden dejar el bachillerato, es que la escuela no les gusta, no les sirve o no se adecua a sus intereses y necesidades (Peñaloza, 2010).

Escuelas que informan pero que no forman

No puede haber acogimiento del alumno si quienes integran el sistema educativo no tienen un legítimo interés por los estudiantes considerados como personas que viven circunstancias concretas que lesionan tanto su ser como su quehacer. «Desgraciadamente, los alumnos que no quieren es porque tienen problemas muy fuertes, problemas que uno a veces ni imagina. Problemas de violencia, drogadicción y abuso sexual en un mismo caso» (Daniel, profesor del bachillerato).

La escuela como institución socializadora por antonomasia, debería por ende, hacer funcionar el vínculo social y la solidaridad. Sin embargo, en lugar de ese vínculo, lo que se promueve ahora es la competencia, la búsqueda de realización de los intereses particulares y la rentabilidad (Suárez, 2010).

La escuela debería ser más consciente de este problema y empezar a diseñar proyectos a largo plazo, pero hay otro fenómeno: el maestro no se puede comprometer con la comunidad, porque son escuelas muy alejadas y casi todos están pensando en retirarse de ahí; los maestros que nos llegan son de Tecate, de Tijuana, pero su visión y su expectativa es estar cerca de su casa, entonces la comunidad la ven como un trampolín: «llego, estoy un año cuando mucho y me retiro a la escuela que quiero», entonces no se pueden trabajar muchas de las veces proyectos a largo plazo porque cambian las personas (Rubén, director de una escuela primaria).

La escuela: lugar de exclusión más que de inclusión

Uno de los principios básicos de la escuela es el postulado de educabilidad que implica que nadie puede enseñar sin postular que el otro que está frente a él es educable. Sin embargo, es común encontrar en el sistema educativo de Los Santos situaciones en donde parece que se apuesta por lo contrario, por el fracaso, por la exclusión. Esto debido a que no existen programas que estimulen a los más atrasados, que les de seguimiento a los alumnos problemáticos o que simplemente se les pregunte por qué ya no asisten: «Son los buenos

niños los que asisten. Los que tienen familias integradas, los que menos nos necesitan. Entonces se debe ahorita recalcar a los niños que son problemáticos, hacer un grupo, buscarlos. Lo mismo pasa en la escuela. Cuando hay juntas, van los papás de los niños que siempre vienen, no los que nos interesa que vengan» (Constanza, directora de una escuela primaria).

Es común encontrar docentes que se quejan de que los niños o adolescentes que le han confiado aprenden a regañadientes, haciendo que su práctica educativa se asimile a algo parecido a un mecánico que sólo aceptaría arreglar automóviles en perfecto estado o a un mecánico que sólo atendería a los que se encuentran bien (Meirieu, 2004).

Nosotros los maestros en su mayoría no pertenecemos a la comunidad y nuestra labor está con un horario en la escuela, y salimos y tenemos que ir a otra escuela porque ya nos están esperando; ésta es una razón muy importante por la que se dificulta trabajar. Sí se puede trabajar, pero los tiempos no nos han permitido, porque cumplimos prácticamente con lo reglamentario, lo institucional y lo formal lo que está en el documento y hasta ahí nos quedamos (Profesor Rubén, director de una escuela primaria).

Violencia en Los Santorales

Cuando se habla de violencia en Los Santorales se hace referencia a una serie de prácticas que se vuelven comunes en dicho lugar. Si bien la experiencia de la violencia es una realidad entendible para los seres humanos, conviene tomar algún

referente que permita enmarcar más esta práctica, pues mucho de lo que se hace y la manera como se entiende la vida y da sentido a ese espacio urbano por parte de sus habitantes, tiene que ver con la capacidad para enfrentar cada día desde un ambiente violento.

Una aproximación bastante completa al concepto es la que ofrece Franco (1997, 94) quien enumera una serie de características de la violencia de forma que permite abordar el fenómeno desde diversas manifestaciones:

Es una actividad humana consciente e inteligente, con una clara finalidad, que se origina en el desarrollo de las formas de relación entre humanos. Es, por lo tanto, cambiante e histórica. Se expresa en actos concretos pero requiere y supone determinados contextos, motivaciones, legalidades y escalas valorativas. Pero tampoco termina con los actos, ya que genera nuevos procesos y respuestas y produce alteraciones y consecuencias en los ámbitos individual y colectivo. Más que un proceso, es un conjunto de procesos. Tiene raíces, finalidades, consecuencias mediatas e inmediatas. Es un lenguaje sin palabras, material y simbólico. Cada acto violento deja víctimas, hiere, duele o mata y, al mismo tiempo, representa en lenguaje cifrado confrontaciones, luchas de poder, el surgimiento o la reafirmación de fuerzas y proyectos.

De esta definición se pueden observar algunos aspectos de la violencia claramente identificables con lo que ocurre en Los Santorales. Es una violencia expresada en actos concretos, como los robos entre vecinos, el consumo de drogas, las peleas entre pandillas por defender lo que consideran sus territorios; supone, efectivamente un contexto distinto al de otras zonas de la ciudad (por ello el tipo de violencia es diferente al que se presenta, por ejemplo, en el Nuevo Mexicali);

requiere de escalas valorativas particulares, donde la autoridad no es representada necesariamente por los padres o la policía, donde la solidaridad es más hacia el barrio que hacia Mexicali, donde la esperanza está relegada con pocas opciones de realización.

Es una violencia que genera nuevas respuestas: como las pandillas protegen a los suyos y atacan a los extraños, el proceso de incorporarse a una de ellas es casi natural; como las figuras de autoridad en la familia son poco valoradas, el proceso natural es buscar reglas fuera de casa; como la pobreza es el presente y el futuro inmediato del joven, no tiene mucho sentido cuidar el entorno, que finalmente «no puede ser peor». Es una violencia que provoca consecuencias inmediatas: un joven es golpeado, una familia sufre un robo, la venta de drogas ilegales lleva a la cárcel a otro, etcétera; pero también tiene repercusiones mediatas, y aún en largo plazo: las familias viven con temor, se desarrolla poca solidaridad entre los vecinos para preocuparse por los espacios comunes; no tiene sentido confiar en las autoridades, pues la realidad muestra que actúan poco para cambiar. Es una actividad consciente, incluso inteligente, que genera y reafirma proyectos, pero que no son los más adecuados para propiciar un desarrollo comunitario ni para forjar una visión de futuro atractiva para los habitantes de dicho lugar.

Del análisis desarrollado se puede observar que existe un clima apropiado para que la violencia encuentre diversos cauces, manifestada a través de cuatro fenómenos claramente identificables: la venta y consumo de drogas, la proliferación de pandillas, la frecuencia de asaltos y robos, así como la presencia entre sus habitantes de una proporción significativa de familias disfuncionales, muchas de ellas monoparentales.

*La venta y consumo de drogas
como parte de la realidad cotidiana*

Existen muchas causas que pueden llevar a entender cómo surgen en un espacio determinado los fenómenos de venta y consumo de drogas ilegales, pero sin duda se puede reducir a la ausencia de motivaciones alternas fuertes para actuar de una manera distinta. Entre otras razones, una que salta a la vista de los comentarios vertidos por los informantes, es indudable que la escuela, como estructura, no está respondiendo, al menos en esa zona, al objetivo de abrir a los jóvenes horizontes de presente y de futuro, y ofrecerles alguna certeza de que sus proyectos pueden anclarse en terreno firme (Suárez, 2010, 97). La visión que comúnmente se tiene de la educación hace pensar que ésta debiera convertirse en un sistema de escalones que automáticamente permitiera encontrar nuevas opciones de desarrollo.

Estos jóvenes, como miembros de la sociedad moderna, comparten con ella la idea de que el bien común es una construcción deliberada (Bauman, 2010). Su realidad es diferente a la de los demás, por lo que parece lógico que el bien, para ellos, sea distinto. Si así es, ¿por qué buscar ese bien común que no parece reportarles ningún beneficio inmediato? En un sentido inmediatista, lo que los jóvenes de Los Santorales parecen buscar son aquellas acciones que les reporten una ganancia comprobada: dinero que llegue rápido, placer obtenido a través de las drogas, sin percatarse de que esa forma de actuar los lleva a una vida de inestabilidad y contingencia (Reguillo, 2010).

El contacto cotidiano con la compra y venta de drogas se ha convertido en una realidad, como lo señala el profesor

Rubén, director de una escuela primaria ubicada en esa zona: «Los hermanos mayores de nuestros alumnos en una gran mayoría son eso, son *ninis*, ni estudian ni trabajan; son los que se la pasan paseando por la comunidad; muchos de ellos son personas drogadictas y como buscan consumir la droga pero no tienen con qué comprarla pues su elemento principal para obtener ingresos es el robo».

Vender drogas representa la posibilidad de ser detenido, pero el espejismo de mejorar la posición económica hace que se aventuren en ese camino, como lo señala la maestra Constanza, directora de otra escuela, cuando reconoce que la educación se presenta como poco prometedor y algunos alumnos afirman «es que yo voy a vender droga y voy a cumplir mis metas; voy a tener carro, mujeres, alcohol, y drogas ni se diga».

De la información obtenida se puede concluir fácilmente que la venta y consumo de drogas es conocida por todos en las colonias estudiadas, pero no se toman medidas efectivas contra ella, en parte porque la presencia policial por sí misma no es suficiente como factor disuasivo, pues se requeriría transformar muchas de las estructuras sociales que llevan a los jóvenes a ver esta opción como un camino válido.

*Las pandillas, como símbolo de pertenencia al barrio,
son una opción «natural» para niños y jóvenes*

Otro de los fenómenos presentes en Los Santorales es la existencia de pandillas. Bauman (2009, 35) ha señalado que en la sociedad contemporánea, la territorialidad de todos los que no forman parte de una élite, «huele cada vez menos a hogar y más a prisión, tanto más humillante por cuanto

la libertad de movimientos del otro salta a la vista». Desde estas condiciones es perfectamente entendible que un medio natural de defensa ante la realidad sea la pandilla; protegidos por ella, y a través de ella el joven encuentra una manera de ser, una forma de tener una identidad que lo ubica en un mundo donde la exclusión parece un camino único para quienes no responden a la racionalidad social imperante. La oportunidad de tener una microestructura social entendida y manejada por ellos mismos es una oportunidad que tiene que ser aprovechada, quedando así trazado el camino para lograr satisfacer una triple necesidad de identificación, pertenencia y protección.

Esas microestructuras o pandillas pueden ir desde los pequeños grupos que se reúnen en las esquinas hasta organizaciones mucho más complejas por el número de sus miembros, su lenguaje simbólico y su esfera de influencia. Carrión (2008, 8) señala de manera breve para describir a las pandillas:

La crisis de las instituciones de socialización como la familia, la escuela, el trabajo y el espacio público; la inadecuación de los modelos de consumo que los medios de comunicación construyen y que el mercado desarrolla; la reducción de oportunidades para los jóvenes; la necesidad de construir mecanismos de autodefensa y protección; la apropiación del desarrollo tecnológico; las migraciones internacionales y las políticas de seguridad ciudadana, entre otras, son razones para su existencia.

Escapar a este camino resulta complicado, como lo señala Francisco policía asignado a trabajar con el DIF: «Los grandes manipulan a los chicos usando el barrio: Hazlo y el barrio te

va a apoyar. Yo les preguntó: «¿Y por qué lo hiciste?» «Pues por el barrio». «¿Y cuál barrio?» Si la pandilla se convierte en la principal estructura de acogida para el joven, y ésta marca la pertenencia a un territorio, resulta claro por qué se actúa en nombre del barrio. El mismo Francisco señala cómo van generando esa mentalidad: «Tú tienes que ser hombre, y ¿sabes qué?, yo estuve en la cárcel. Es como ponerte galones. Si ya estuve en la cárcel o ya golpeé a alguien, me van a apreciar más. Ellos quieren ganarse el aprecio del barrio».

Daniel, un profesor de la zona, cuenta cómo un muchacho le platicaba que amenazaban con golpearlo simplemente porque venía de la escuela, y si no era parte de la pandilla que controla el barrio, no lo dejaban en paz. Finalmente el joven se vio obligado a formar parte de la pandilla por supervivencia. Esa es parte de la realidad de los jóvenes que viven ahí.

Situaciones como las anteriores nos hacen señalar que ante la falta de una estructura familiar sólida y sin otros espacios significativos de adscripción, el grupo de referencia para los jóvenes es la pandilla, a la que se aferran como la única tabla de salvación que encuentran. No pertenecer a ella deja al joven desprotegido. En otras palabras, el grupo no se convierte sólo en un espacio de identidad, sino de sobrevivencia. Es lo que señala Reguillo (2010, 415) cuando afirma que «hoy más que nunca el grupo de pares opera como ámbito de seguridad, como cinturón de protección tanto frente a la adversidad como frente a la ausencia de sentido».

Robos y asaltos son hechos frecuentes

Una de las características centrales de esta época posmoderna es, desde la óptica de Bauman (2010), la incapacidad

del estado para ejercer un liderazgo moral; se han dejado escapar los poderes que éste controlaba para mantener la sociabilidad, incluyendo una preocupación y una acción claramente orientada a encausar el desarrollo económico de forma que ella sirva para satisfacer las necesidades de todos los grupos sociales.

Ante esta realidad, y siguiendo los planteamientos de Samaniego (2010), debería esperarse que la economía informal fuera una válvula de escape ante la realidad de quienes viven en Los Santorales. Pero las condiciones socioeconómicas no permiten que en ese enclave se puedan cobijar todos los jóvenes que debieran incorporarse a la población económicamente activa: ¿Cómo obtener ganancias suficientes ofreciendo bienes y servicios a una población que vive cargada de carencias económicas? Si bien esta explicación facilita entender parcialmente el desarrollo de hechos violentos en la zona urbana estudiada, no permite comprender todo el fenómeno.

Como lo ha señalado Beck (2006), cuando una sociedad pierde la confianza en instituciones clave, entre ellas el sistema económico, se origina un viraje hacia la incertidumbre, donde queda la certeza de que no hay camino seguro, y por lo tanto, un comportamiento en el cual se sigan las reglas, no ofrece ninguna garantía. De aquí surgen nuevas pistas para comprender el ambiente de inseguridad en Los Santorales. Si no existe confianza en que las autoridades atraparán y castigarán a los delincuentes (por falta de capacidad, por corrupción o por indolencia) es factible que las conductas al margen de la ley puedan aumentar, pues la posibilidad de sufrir un castigo se ve como algo lejano, y el riesgo se acepta si a cambio de ello alguien –el delincuente– percibe que puede encontrar un modo rápido de obtener recursos.

Cinthia, una joven residente en la comunidad y voluntaria del DIF, capta el problema: «Aquí andan ahorita duro con lo de robar en las casas. Son las mismas personas de aquí en la colonia. Todos conocen a todos y todos les roban a todos». Otro de los entrevistados señala el empleo de armas: «pues la mayoría de los robos son a mano armada, y se dan mucho asaltos a las muchachas que van a las fábricas en la madrugada». Un maestro señala: «se da mucho el robo en la comunidad y siento que este problema es un factor importante de influencia en nuestros alumnos y en todas las personas que viven ahí porque son afectados directamente».

Es claro que el robo se ha convertido en un modo inmediato de obtener recursos económicos, ante la ausencia de fuentes laborales importantes en la zona. Si bien la población lo sabe, e identifica a los ladrones, como lo señala la maestra Constanza: «sabemos lo que roban y quiénes son», ese conocimiento no sirve para frenar los actos delictivos. Varios factores influyen en ello; por una parte los padres de familia hacen esfuerzos no sistemáticos por cuidar a sus hijos para que no se metan en problemas; las medidas que toman son más reactivas que de prevención. Al mismo tiempo no hay una gran confianza en que la autoridad tome medidas efectivas y, por si fuera poco, la experiencia les ha mostrado que la impunidad y un bajo riesgo de que los delincuentes sean castigados son factores que motivan a desarrollar acciones ilegales.

Escribir algunas líneas sobre la violencia en Los Santorales puede dejar muchas incertidumbres y más de una pista para pensar en las causas de esa situación y en las respuestas que podemos dar para cambiar la realidad de quienes viven ahí, lo que puede remitir a un pequeño poema de Bertolt

Brecht llamado «Sobre la violencia»:

A la corriente impetuosa la llaman violenta,
pero al lecho que lo comprime
nadie lo considera violento.

Perspectivas de futuro

Un estudio sobre la realidad de los *ninis* no está completo si sólo se describen los hechos: cómo viven, qué condiciones los rodean, cómo se perciben y son percibidos. Tampoco es suficiente con explorar las causas por las cuales la realidad se ha ido conformando de una manera; más profundo es llegar a detectar las consecuencias que se generan por la existencia de este grupo. Pero todo lo anterior será más claro, y permitirá esbozar líneas de desarrollo –para ellos y su comunidad– si podemos conocer y comprender una parte de su vida que aún no llega, y que no es menos real que el presente: su perspectiva de futuro. ¿Cómo se vislumbran cuando en vez de jóvenes sean adultos? ¿Cuánto y hacia qué horizontes se atreven a soñar? ¿Qué fronteras y qué barreras perciben como frenos? ¿Quiénes y con qué recursos tienen condiciones para apoyarlos para crecer? Esas visiones sobre el mañana es lo que abordaremos en esta sección.

La vulnerabilidad de la vida se ve agudizada cuando pensamos en las condiciones de vida de la población de Los Santorales: la falta de recursos económicos, los bajos niveles educativos, la presencia de familias disfuncionales y la violencia e inseguridad, no son el mejor referente para construir un proyecto de vida optimista. Bauman (2009) señala

que «cuando emprendemos nuestro camino hacia una vida decente, digna, satisfactoria, valiosa (¡y sí, feliz!), intentamos prever los errores y huir de la incertidumbre confiando en una estrella, elegida por su brillo tranquilizador». Pensar un proyecto sólido, con objetivos definidos, con estrategias a desarrollar y metas a alcanzar no es siempre fácil, y es tremendamente complicado desarrollarlo cuando no existe esa estrella que sea el referente claro.

La falta de perspectivas claras de futuro se explica, entre otras causas, a partir de los avances globales de la sociedad, ausentes en la zona de estudio. Beck (2006) habla del efecto ascensor, para referirse a cómo el progreso hace que la sociedad de clases sea llevada en su conjunto a un mayor nivel de bienestar, aunque se conserven las distancias entre clases. Pero en este caso, no todos se han visto beneficiados con el desarrollo.

Lo que se requiere es capacitación e instalaciones

La visión de la sociedad occidental nos ha acostumbrado a una idea prometeica de la educación: cuánto más se estudia, más se obtienen bienes materiales. En esta afirmación hay al menos dos aspectos que deben considerarse. Uno es que se identifica mucho a la educación con capacitación para volver al ser humano un ente económico; un segundo punto importante es que la educación, por sí misma, provoca casi necesariamente la riqueza. Ambos puntos son ciertos, pero sólo parcialmente.

Los resultados encontrados muestran que en Los Santos muchas personas apuestan como visión de futuro al desarrollo de infraestructura (talleres, campos deportivos) y

a la capacitación que en ellos se pueda recibir. La maestra Constanza señala que le «gustaría que existiera aquí en la colonia un centro comunitario donde permanecieran ocupados sin obligarlos, donde hubiera música, karate, donde hubiera actividades artísticas». Sobre el tipo de educación que se requiere, señala Suárez (2004) que la conjugación de una cultura escolar con la cultura juvenil requiere establecer un diálogo con los saberes que los jóvenes adquieren en su barrio, en las calles y sobre todo, en los medios de comunicación, pues es ahí –y no en el aula– donde desarrollan su propias visiones del mundo.

Alejandro, maestro de inglés, coincide en valorar el desarrollo de una capacitación. Al mismo tiempo, su visión la complementa con el necesario desarrollo de la infraestructura deportiva requerida:

Aunque la escuela no es técnica serviría mucho tener talleres de mecánica, carpintería, porque de esa manera les daríamos una mejor preparación [...] Tengo un proyecto escolar de reforestación para este año. Encontrar la ubicación ideal para plantar árboles, zacate, dónde poner banquetas para, pensando a futuro, hacer un campo de fútbol completo. El estar en esta zona no significa que no merezcan el mismo trato que otras personas sí tienen. Nos va a costar más tiempo y dinero, pero se puede lograr.

Otro de los entrevistados señala que, dadas las condiciones actuales, es difícil pensar que un joven pueda permanecer en la escuela y aportar recursos económicos a la familia de manera simultánea: «En esta colonia, o estudias o trabajas, pero no es posible hacer las dos cosas; entonces mi propuesta

es capacitar a las personas, darles un conocimiento, cursos de computación o de inglés».

El desarrollo de esas capacidades, laborales y deportivas, sin duda representa una diferencia entre el estilo de vida que llevan y lo que es posible que lleguen a ser los niños y jóvenes que reciban esa capacitación. Sin embargo, ello no garantiza que necesariamente a la educación seguirá el empleo y es temerario afirmar que automáticamente llegará el repunte económico. Pero, como veremos, la búsqueda de capacitación, de infraestructura para ofrecer cursos y para desarrollar una vida cultural y deportiva no es la única visión de futuro que se plantea.

El futuro está en la formación humana

Tener instalaciones adecuadas y preparar a los jóvenes para incorporarse por medio de un oficio a la vida laboral es parte del futuro posible, pero ambas opciones impactan más al exterior. Aunque con pocas participaciones, encontramos que otros informantes ven el futuro cambiando en función de la transformación interior de las personas.

Francisco, un policía con amplio conocimiento de la zona, se refiere al caso particular de una señora que busca formarse para modificar su realidad: «Si ha venido a todas las escuelas para padres, quiere decir que la señora tiene la intención. Si no logra modificar la conducta de los niños es diferente, pero la intención ahí está. Si tratas de cambiar al que está envenenando al niño, probablemente cambies la conducta del niño».

Cuando una mujer, madre de familia, en medio de su realidad cotidiana sigue intentando desarrollarse para entender cómo educar a sus hijos, lo hace porque, a su manera, percibe

que los mensajes que transmiten las estructuras de acogida como la escuela, la familia o el estado, resultan increíbles, o por lo menos insuficientes para que los jóvenes puedan entender este mundo como hogar (Duch, 1997).

Laura, psicóloga que trabaja para el DIF municipal, va un poco más lejos y afirma que además de la formación que se pueda recibir en escuela de padres, sería conveniente que hubiera terapia individual, para aterrizar en la solución de problemas concretos. Mínguez (2011, 25) reconoce que «ser atento al otro y dar una respuesta a su llamada es el modo en que la familia vive en comunidad como espacio de alteridad». Si al menos uno de los miembros del grupo familiar busca apropiarse de los medios que encuentra a su alcance para apoyar a quienes se van formando en la familia, encontramos ahí un buen ejemplo de una perspectiva de futuro.

El desarrollo personal, como punto para enfrentar los problemas cotidianos es el escenario desde el cual algunos consideran avanzar hacia el futuro. Entre ellos, Laura, consideran que la ayuda está siendo mal encauzada, señalando que: «Muchas veces el gobierno sí da dinero dinero a familias necesitadas, pero la ayuda nomás es por encimita. Se quieren suplir las necesidades con una despensa, pero es un apoyo superficial; muchas veces el problema es la ansiedad del papá o de mamá, o adicciones de ambos, y esos son los problemas más grandes de la familia que están afectando a todos».

La solución sería trabajar en el desarrollo de quienes hacen cabeza en la familia, como una condición para acercarse a un futuro más certero.

A futuro... queda la desesperanza

Las visiones sobre el futuro no se quedan en la ayuda externa o en la formación personal; algunos consideran que la batalla está perdida, y que lo que está por venir en Los Santorales es desesperanza, pocos propósitos claros y oportunidades de avanzar casi inexistentes. La idea de hacer un plan de vida, o la posibilidad de pensarse, individual y comunitariamente en un camino de desarrollo buscado intencionalmente, parecen esfumarse de la mente de muchos.

La desilusión que viven muchas personas en Los Santorales corresponde a lo que Beck señala como la tercera fase de desarrollo de la sociedad moderna después de finalizar la segunda Guerra Mundial: la sociedad del riesgo, el retorno de la incertidumbre, donde las instituciones económicas, políticas y jurídicas son vistas con desconfianza al creer que no pueden controlar el rumbo social, y ésta es una creencia que no nace del estudio, sino de la experiencia cotidiana de la gente. Como consecuencia «las biografías de bienestar se convierten en biografías de riesgo, que pierden la seguridad material futura y la identidad social» (2006a, 21).

La descripción que hace el profesor Rubén, director de una primaria, enmarca perfectamente el futuro que espera a algunos niños:

Son alumnos que no tienen esperanza de trabajo, de estudio, ni de desarrollo; se van a las esquinas y forman sus propias pandillas o se incorporan a las que ya existen y ahí es donde empieza el problema; alumnos que no tienen una visión más allá de lo que es su vida diaria de levantarse, vivir y volver a dormir. No hay una esperanza de trabajo, no ven a la escuela

como un factor que les permita modificar su posición social o económica, no lo ven.

Bauman, de manera clara, al grado de casi parecer cínico al escribir, afirma que la sociedad actual, en su búsqueda de felicidad, ha equiparado a ésta con el desarrollo económico y, en consecuencia: «Anular el pasado, renacer, adquirir un yo diferente y más atractivo al tiempo que se descarta el antiguo, gastado y ya no deseado, rencarnarse en alguien completamente distinto, y empezar de nuevo, son ofertas apetecibles y difíciles de rechazar de plano» (2009, 25).

Quienes viven en Los Santorales, los jóvenes, los *ninis* del lugar, no son ajenos a la atracción que provoca esa forma de felicidad, y tienen una idea –no necesariamente racionalizada– de que el mundo los está dejando de lado.

Quizá más dramáticas, por ser la visión de los adolescentes, son las palabras que comparte Carolina, docente de bachillerato: «Yo a principio del semestre les hago un pequeño cuestionario en el que la última pregunta es: ¿cómo te ves dentro de cinco años? Las mujeres responden: casadas, con tres hijos, que mi esposo me mantenga. Los hombres: trabajando, bien guapo, con carro del año. Muy pocos contestaron que estudiando».

Esto coincide plenamente con el planteamiento de Beck (2006b, 199), cuando afirma que «la gran mayoría de las mujeres está muy lejos de una biografía económicamente autónoma y profesionalmente asegurada». En las mujeres es un proyecto de vida cuyas expectativas se acaban en tener hijos a edad temprana, y que descarta la actividad laboral, no por valorar la maternidad y encontrar un medio de realización en la consolidación de una familia, sino que representa más bien

una forma de decir: es lo que conozco; es lo que me espera. Los hombres, en apariencia más optimistas, aspiran a tres cosas: ser guapos, sin considerar que son físicamente como son, y que la «guapura» —se la imaginen como sea— no es algo que se adquiere sin más; se ven trabajando y con carro del año, pero estas dos metas las señalan sin pensar en la educación como un factor que allane el camino para alcanzarlas.

En la misma institución educativa, otro profesor de nombre Daniel comparte su experiencia: «Aquí hay quienes dicen que se van a ir al otro lado, otros quieren salir y trabajar, algunas niñas quieren tener hijos. Tenemos el caso de alumnas embarazadas que lo buscaron. Muy pocos quieren terminar una carrera. Muchos te dicen que les gustaría viajar, pero no se sienten con la capacidad para hacerlo, piensan que es imposible. Uno los anima, pero ellos están convencidos de que es imposible».

Podrán avanzar con las condiciones adecuadas

Encontrar destellos de optimismo en una comunidad donde los problemas abundan y el desarrollo se ha quedado al margen, parece difícil. Daniel, el profesor que ha visto cómo algunos jóvenes se autodescartan para generar proyectos intencionados de vida lo dice claramente: «Si esto fuera una industria te diría que la materia prima existe. A pesar de todos los problemas que ellos tienen, hay que reconocer que en esta zona hay muchachos con gran capacidad. Es solo que en este entorno es difícil desarrollar ese potencial».

El entorno, el contexto, la estructura socioeconómica, el ambiente donde los jóvenes debieran encontrar las condiciones para ir gestando mayores relaciones y un compromiso

más profundo con la comunidad, se presenta ante ellos como un espacio complejo, como un tejido donde las interpretaciones que pueden hacer de la realidad no les resultan favorables (Melich, 2002); pero más allá de esas condiciones, conservan las capacidades para crecer como personas.

La misma idea es manejada por Cristina, maestra de bachillerato: «El muchacho tiene la capacidad para salir adelante, pero suele encontrarse con que el medio para que eso ocurra, la institución, los maestros, no están tan preparados. Nosotros nos damos cuenta que a veces el maestro por alguna razón no da el 100% o que la institución no es capaz de brindar lo necesario para la preparación adecuada de los jóvenes».

Una voz más que puede ayudar a entender el futuro en Los Santorales es la de Carolina, también maestra novel, quien reconoce que muchos jóvenes no encuentran el apoyo necesario en sus familias, y comprendiendo que el profesor tiene algo que ofrecer a sus alumnos, descubre que el volumen de trabajo la rebasa: «También está la falta de apoyo económico por parte de la familia. Hay muchachos que quieren seguir estudiando pero tienen que trabajar para hacerlo, porque sus padres no les pagan los estudios. Aunque uno los quiera ayudar son tantos que no nos damos abasto».

Los profesores parecen verse superados en número, pero son capaces de hacer diversos esfuerzos, como un factor que sume para cambiar el futuro. No siempre existen condiciones para ofrecer el apoyo económico, pero sí es factible reconocer qué convierte al educador en tal. Melich afirma que «lo esencial del educador es precisamente el tacto, es decir la sensibilidad pedagógica [...] Somos sensibles a lo que le sucede a otra persona, somos receptivos a sus palabras y a sus

silencios» (2006, 34). Conservando esa mirada, ese tacto, los profesores ayudan a desarrollar alternativas de futuro.

Las conclusiones de este extenso capítulo narrado en su mayoría por los actores de un entorno donde los *ninis* están, nos resitúan en el mundo que ellos no eligieron; sus testimonios nos ofrecen todas las pistas para construir la categoría círculo de la fatalidad.

Si la realidad es percibida e interpretada de acuerdo al espacio de contexto en el que se sitúa el que la aprehende, con el círculo denominamos metafóricamente una percepción de la realidad (no necesariamente la realidad misma) que es captada por los habitantes de Los Santorales, y en particular de las madres de familia, en la que se parte de una línea que, al tiempo que se va extendiendo, se va cerrando dramáticamente. Su inicio es el abandono del adolescente de su estatus como estudiante de secundaria o de preparatoria.

Las razones, como bien se describieron, son múltiples, el hecho es que abandonan y ahí está el germen del círculo. Enseguida se vienen como una avalancha de males la calle, la pandilla, la droga. La línea se va extendiendo al tiempo que busca cerrarse; después, toca la otra orilla con una nueva fatalidad: los embarazos prematuros de las adolescentes de catorce, quince años. Visto así, el círculo no tiene salida.

El terreno de la eclosión es la calle, el barrio desprovisto, las casas indefensas. El *nini* se ha formado y anda por ahí, sin rienda ni afectos amorosos, armando lío. El final feliz queda para una buena película de comedia o de romance, no para las calles de Los Santorales.

TERCERA PARTE

**POR DÓNDE
ABONAR LA ESPERANZA**

LOS DÍAS QUE SE NOMBRAN

REFLEXIONES Y CONCLUSIONES

Las sensaciones y las ideas que deja esta investigación son diversas. La carga de situaciones adversas es grande, la desesperanza puede rondar buscando un espacio entre las ideas finales, pero igualmente es posible encontrar luces, alternativas y esperanzas, no aportadas por el equipo investigador, sino señaladas por la gente que vive en Los Santorales. Pero reconocer que hay salidas al círculo de la fatalidad implica partir de la existencia de esas condiciones de precariedad socialmente construidas. Vamos contra corriente de José Emilio Pacheco. Él dice que hay *Días que no se nombran* y nosotros sostenemos que, aunque nos pese la vergüenza, los días aciagos deben nombrarse. Por ello, estas ideas de cierre del estudio son eso: Los días que se nombran.

Presentamos a continuación una serie de reflexiones conclusivas que se desprenden de la experiencia de haber desarrollado la investigación. No son, metodológicamente hablando, las conclusiones que uno espera encontrar al finalizar un pro-

yecto de investigación; sino una consecuencia natural del abordaje ético desde el que enfrentamos la realidad. Son, siguiendo a Fullat, un saber existencial. Después de presentar esas ideas, seguirán entonces las conclusiones que nos arroja el estudio, de las cuales se pueden desprender líneas de acción.

I

Brota una sensación de inquietud ante lo que encontramos: proyectos truncados, futuros inciertos, caminos cerrados, miradas que han sido esquivadas. Ante ese panorama, retomamos la interrogante central de una canción del cantautor cubano Silvio Rodríguez, para enmarcar la primera idea que ha surgido luego de haber escuchado, analizado e interpretado las diversas voces que reflexionaron sobre la precariedad y el abandono en el que se encuentran cientos de jóvenes en Los Santorales. El texto de la canción «A dónde van» (1978) dice así:

¿A dónde van las palabras que no se quedaron?
¿A dónde van las miradas que un día partieron?
¿Acaso flotan eternas,
como prisioneras de un ventarrón,
o se acurrucan entre las rendijas,
buscando calor?
[...]
¿A dónde van los pequeños terribles encantos que tiene
el hogar?
¿Acaso nunca vuelven a ser algo?
¿Acaso se van?
¿Y a dónde van?

Reconocimos a los *ninis* y no podemos dejar de preguntarnos ¿a dónde van los que no tienen a dónde ir? ¿A dónde los que no piensan que tienen que ir? ¿A dónde los que no sueñan porque no tienen manera de dormir? Más allá de modelos de desarrollo social, o de explicaciones en torno a las condiciones generadoras de la pobreza, quedan las personas, hijos y herederos de condiciones de vida precarias. Tenemos, para ser honestos, que preguntarnos: ¿Qué ha pasado con su mirada, con sus proyectos, con su dignidad? ¿En qué momento sus hogares dejaron de serlo? Seguramente la respuesta a estas interrogantes nos mostrará nuevos hilos a seguir, y algunos de ellos, ineludiblemente, nos llevarán a conclusiones incómodas.

II

Entre la vida que se descubre, debiera permanecer abierta una estructura de acogida donde se puede reconocer que el cambio es posible: la familia. Desde ella habría que vislumbrar la construcción de identidades personales; desde ella, más allá de su estructura concreta (nuclear o extendida, tradicional, monoparental, etcétera) sería posible sentar bases para avanzar. Lo dicen los teóricos de la educación ética en este núcleo social:

Varias son las líneas de acción que se ofrecen a la familia para fomentar el desarrollo ético de sus hijos, entre ellas: mostrarles el rico mundo de los valores para que decidan por sí mismos, mantener sobre los mismos una coherencia básica, fomentar la capacidad de producir relatos y escucharlos, cues-

tionar y combatir los estereotipos sociales que transmiten convalores de género o racistas o consumistas, tener y mantener expectativas positivas sobre los hijos, favorecer las relaciones con la comunidad de vecinos o del barrio y con la comunidad humana, y, siempre, mostrar afecto con el uso adecuado del tacto, de la mirada y de la palabra (García, Pérez, y Escámez, 2009, 12).

¿Qué encontramos en las familias de Los Santorales y más específicamente en las de los ninis? ¿Mostrar una forma de educar en los valores con toda su riqueza? No cuando hay ausencia formativa, cuando el padre y la madre desahucian a su hijo de diez años porque no sabe qué hacer con él o ella ¿Fomentar la capacidad de producir relatos y escucharlos? Estos se elaboran con la presencia de uno o de ambos, pero en este caso no están y cuando sí permanecen, las urgencias los agobian y entonces los relatos no se producen ¿Mostrar afecto con el uso adecuado del tacto, de la mirada, de la palabra? Las mujeres abrazan poco y los hombres casi nunca. Entre los resabios de la tradición machista y el desapego a la construcción de un tejido familiar, no hay palabras, no hay miradas afectivas.

Los modelos de estructura familiar que predominan no son los campos propicios para desarrollar el carácter, ni los valores predominantes o el tipo de diálogo que se registra son la mejor opción. Sin embargo, desde esa realidad se tiene que trabajar, con las familias que se esfuerzan por serlo, con los pocos ejemplos encontrados de papás y mamás entregados a su papel de responsables de los hijos. Desde ellos se puede trabajar.

III

Lo dijo Jesús Alberto (20 años): «Si empiezan [mis padres] a hablar de la escuela sí me molesta porque ya me dijeron mil veces lo mismo, ya sé lo que tengo que hacer, ya lo sé, aunque no lo haga. Ya no pueden enderezarme».

Ya lo sé, discursivamente ya lo saben. El buen camino puede ser verbalizado pero, al primer intento de subirse a él, alguien los baja. Una mano oscura de la realidad les dice que acaso nunca llegaron, por tanto, ¿a dónde van? Fatalmente, ya no pueden enderezarse. Los educadores tendríamos que pensar cuál es el momento justo para que Jesús Alberto y otros no sigan descendiendo y sí puedan enderezarse.

¿En qué momento quedó grabado en la cosmovisión de este joven, que el mundo es así, y que fatalmente ya no hay punto de retorno? La respuesta permanecerá oculta para nosotros, pero igualmente reconocemos que la tendencia no es el destino. Que existan muchos jóvenes que por su edad, por las condiciones del entorno, y por la mentalidad que han desarrollado no puedan cambiar el rumbo de su vida, pero eso no implica que todos los niños que estudian la primaria en Los Santorales, que todos los adolescentes que siguen en secundaria o la han abandonado recientemente, deban seguir el mismo camino. Por muy optimistas que seamos, hay casos que no podremos transformar, pero quedan muchos más que se convierten en rostros que nos lanzan una mirada, de la cual ya somos responsables.

IV

El contexto de vida de Los Santorales es captado por una abrumadora mayoría de sus actores como una realidad que funge como un círculo de la fatalidad. Aunque la realidad tenga matices, la que captan, la que les asalta a cada momento, es aquella donde los trabajos son malos, los hijos mal educados, los estudiantes abandonan la escuela y ganan la calle, forman pandillas, se drogan. Las mujeres rozan los quince años y se embarazan, y tienen hijos en el seno de ese círculo amedrentador y paralizante. Unos lo expresan con más claridad y otros lo viven con mayor desesperanza.

Acaso nunca vuelvan a ser algo, acaso nunca lo fueron. Pero el contexto muestra historias de pasos en otra dirección. Son narraciones discretas, enterradas y que no se captan fácilmente, pero están ahí. Una conciencia que ha despertado, un compromiso por y con los hijos, una madre de familia que, desde su propia precariedad hace lo que puede –y no lo sueñan, lo hacen– para que sus hijos vayan a la escuela, sean responsables, un pequeño comerciante que saca a los niños de andar en la calle para darles alguna visión alterna desde el deporte, un profesor que desde un escritorio gastado recuerda cada día el valor de educar, son muestras para saber que los días pueden ser nombrados de otra forma.

V

Y el círculo de la fatalidad es un resguardo, en penumbras pero quizá lo único que es de ellos, la única certeza. Fueron entrando a él primero uno a uno y después en un tropel irra-

cional. Un círculo de espejos. El mundo de las oportunidades, de la escuela, del crecimiento y el logro personal no está ahí, la imagen del espejo es la del vencido por las circunstancias económicas que se ve obligado a renunciar, a bajar la bandera y a ser uno más de los cientos de nómadas que no tienen ni saben a dónde ir. Beatriz, madre de familia sin marido, todavía con la resistencia y una voz con tintes de negación, dice:

El problema se vuelve más difícil porque si tienes dos o más chamacos, ¿cómo le hacemos para pagar dos camiones de ida y vuelta con un sueldo de fábrica, un sueldo de 900 pesos a la semana? Los hijos también te reclaman. Mi hija fue a la prepa pero otro de mis hijos no. Yo tenía que tomar decisiones y como vi que mi hija era más aplicada para la escuela, a ella la apoyé. Ahora él me reclama: «Mamá, yo también quería estudiar la prepa, ¿por qué no me apoyaste?» La pregunta me duele pero es muy pesado, no puedes... dejé sin estudiar a uno porque no me alcanza.

Resulta que la vulnerabilidad no en todos los casos es por falta de ideas de futuro; no en todos los casos es por falta de palabras que no saben a dónde ir; no en todos los casos es por lo que se ve en el barrio, en la colonia. En algunos casos el problema es más existencial: el esfuerzo de estar en una línea de producción no alcanza, las manos, el cuerpo, el talento, el origen familiar, todo es corto como el tiempo. Entonces hay que decidir, como en la selección natural. Hay que bajar a uno de la posibilidad. Siempre al más débil.

¿Es la selección social un mal irremediable? Si el producto de esta investigación es responder afirmativamente a esta respuesta, cualquier otro hallazgo carece de sentido, así como

intentar establecer líneas de trabajo se convertiría, automáticamente, en una pérdida de tiempo. La sociedad, con todas sus estructuras, son construcciones humanas, y en tanto que sean producto humano, al mismo tiempo son modificables. Si en muchos casos el círculo de la fatalidad se ha ido cerrando por las condiciones ante las que se enfrenta una mirada desprotegida, la respuesta debe ser marcar brechas, señalar alternativas, dejar que esas miradas puedan ver más allá de los espejos que han visto.

VI

El discurso sobre la familia da cuenta de una crisis. Institución social primaria, no escapa al mundo de confusiones en el que se ha convertido la vida contemporánea. Pedro Ortega (2010, 4) lo manifiesta así: «No sólo en el discurso, sino en la experiencia diaria de muchas familias se observa una creciente preocupación por la incapacidad de la familia de hoy para transmitir a las jóvenes generaciones los sistemas de valores capaces de orientar la vida de sus hijos».

Es lo que Duch (1997) denomina crisis de «transmisiones». El núcleo familiar, como una estructura de acogida fundamental en la que el ser humano se apoya para adquirir las condiciones que le permitan ser persona, se encuentra en crisis. Hemos buscado que otras estructuras, menos estables, más dispersas, marquen el rumbo. A partir de soportar proyectos sin memoria, inexistente, porque el individuo llega y se va con rapidez y sin compromiso, buscando espacios que él mismo no se ha dado tiempo de construir.

Legítima preocupación que palidece ante los relatos que manifiestan la descomposición del núcleo familiar en Los

Santorales. No hay una incapacidad de la familia, hay una violencia desbordada que no sabemos dónde empezó pero sí cómo se manifiesta. Padres que no asumen su responsabilidad, parejas que no se respetan, comunicación pobre o inexistente, rudeza al interior del hogar. Así, la familia está lejos de ser entendida y vivida como una comunidad de identificación, donde el ambiente sea de acogida para cada uno de sus miembros y se propicie la transmisión de narraciones que permitan a la persona tener criterios para decidir sobre su destino.

Si el mundo es plano y sus fronteras se difuminan, la familia tiene que proponer parámetros sólidos para expandir las posibilidades de desarrollo de sus miembros. Si la sociedad actual tiene por cualidad fundamental el riesgo, el núcleo familiar debe ser un espacio de seguridad; si el proyecto de modernidad se nos escurre entre las manos, la vida de familia apuntala soportes sólidos que facilitan a cada uno saberse persona y, simultáneamente, reconocer a los otros.

VII

Sombras, miserias, proyectos truncados antes de permitir acercarse remotamente a una meta significativa, parecen tejer la trama de esta zona. Pero la educación tiene razón de ser precisamente para provocar que surjan otros mundos.

El educador se prende de una aguja. La encuentra en el pajar y la resguarda. La frota para sacarle brillo. Reconstruye el discurso cuya silueta apenas perceptible hace un dibujo de la esperanza. Un a dónde ir que sí parece tener mañana. Acaso un aprender a ser algo, aunque en el pasado no lo

fueron. Un atreverse a pensar –sólo a pensar– que el círculo de la fatalidad tiene una hendidura por la cual cambiar el destino. Armando, cuya vida completa, absoluta y manifiesta ha estado en Los Santorales, emula al más sabio pensador cuando dice: «Yo creo que el estudio –fíjense nada más–... no necesariamente te tiene que asegurar un futuro, pero te hace entender mejor la vida. Muchas veces no necesitas el dinero para vivir bien, sino entender cómo vivir bien. Es muy evidente que podemos tener una licenciatura que no nos garantiza el trabajo pero sí nos ayuda a vivir mejor, a ser mejor persona, a entender mejor las cosas».

Y nosotros agregaríamos: a tener conciencia de la historia, a reconocer los espacios del mundo, a ser invulnerable a la fatalidad, a enfrentar la frase precaria de: ya no hay forma de enderezarme. Los esfuerzos, poco nombrados, no valorados en que se traduce el pensamiento de Armando y otros pocos, ayudan a remendar los pedazos de miseria que se esparcen por todos Los Santorales. Esas pocas, casi invisibles agujas, nos permiten saber que algo cambiará. Así, no tendremos vergüenza en dar a conocer los días que se nombran.

Conclusiones

Trabajar con una comunidad plagada de problemas, tantos, que éstos se reflejen en una carencia casi absoluta de esperanza en el futuro, es un reto complicado. La primera impresión es que es una comunidad donde la estructura social ha sembrado un horizonte limitado, único, al cual deben ceñirse sus habitantes. Pero buscamos líneas de salida, áreas de oportunidad que permitan reconocer que el cambio es posible.

Enlistando algunas conclusiones, y viéndolas después con una mirada pedagógica, creemos que se facilitará sembrar en terreno que aún es fértil.

*1. Es necesario profundizar en teorías
que sirvan de referentes*

Trabajamos partiendo de las teorías de Beck sobre la Sociedad del Riesgo y la visión de Bauman, quien habla de una Modernidad Líquida, términos que son utilizados a lo largo de la investigación en nuestro discurso, considerando que ambos pueden hacer ofrecer un marco general de referencia sobre las condiciones actuales de la humanidad. En el trayecto de la investigación ha surgido la duda si dichas teorías realmente reflejaron este contexto de exclusión en el que viven los ninis. Se llegó a la conclusión de que estas teorías desarrolladas desde un contexto del primer mundo, resultan apropiadas, pero insuficientes, para este espacio y tiempo tan específico. Por ejemplo, la teoría de Bauman, respecto al proyecto de modernidad y los referentes «líquidos», puede aplicarse siempre y cuando se tome en cuenta que hay comunidades premodernas que no tienen sus preocupaciones básicas resueltas.

Aún con estos detalles, dichos autores, sumados a los planteamientos de otros mencionados en la primera parte de este libro, permitieron desarrollar un esquema de comprensión general de la sociedad que ha permitido la aparición de los ninis. Hay que aclarar que no existe una teoría que responda exactamente a una realidad tan específica, y es posible observar cómo autores latinoamericanos y mexicanos que reflexionan sobre temas afines se basan en ellos. Sin embar-

go, es importante que sean los mismos informantes quienes expliquen sus condiciones de vida, pues una finalidad importante del proyecto sigue siendo facilitar la comprensión de otros investigadores e interesados en intervenir en ese ambiente social, aportando nuevos elementos sobre la realidad de estos jóvenes y su entorno.

Para estos fines, la estrategia en algunas entrevistas fue iniciarlas con temas donde no apareciera el término nini. Se utilizaron otros conceptos, como juventud, familia, colonia, y educación. El resultado fue similar en casi todos los casos, encontrando que en el discurso de los informantes hay desesperanza. Quizá la categoría más delicada para trabajar fue la de violencia, pues el término por sí mismo tiene una carga fuerte. Sin embargo, en los informantes está la intención de expresarlo, de ser escuchados y escuchar. Es decir, a pesar del panorama negativo hay disposición para superar el ambiente de inseguridad.

2. Hemos avanzado en darle densidad teórica al concepto nini

Al finalizar el estudio, una pregunta que surge, considerando lo que se sabía de los nini: ¿qué descubrimos sobre ellos? De manera inmediata se reconoce que, hasta el momento, esta categoría no ha sido trabajada como un concepto teórico. Se encuentran una gran cantidad de notas periodísticas donde se emplea la expresión, y diversos funcionarios públicos se refieren a los nini, hablando de ellos con ambigüedad manifiesta y sin intentar ahondar más en el término. Estas páginas ofrecen una aproximación más definida a este concepto,

aportando sobre todo contenido desde la experiencia misma de los jóvenes que no estudian y no trabajan.

Partiendo de esa realidad encontrada, concluimos que se requiere definir al nini de cada zona, pues limitarse a encasillarlo en un rango de edad y afirmar que no estudia ni trabaja por las condiciones sociales o económicas de su entorno es un paso, pero insuficiente para dar respuesta a todos los escenarios donde se les encuentra.

3. La aproximación al nini debe ser paulatina, por aproximaciones sucesivas

En el diseño del proyecto se planteó que trabajaríamos desde un enfoque cualitativo, lo que implicó aprovechar la capacidad discursiva de quienes se relacionaran con jóvenes ninis o que ellos mismos lo fueran. Partimos, para el trabajo de campo, de informantes expertos que invitamos a una entrevista realizada previamente al trabajo de campo, quienes aportaron bastante información desde el escenario social en que cada uno de ellos se desenvuelve.

Un segundo grupo abordado fueron los padres de familia que ejercían cierto liderazgo, no necesariamente padres de ninis, pero que vivían la realidad de la deserción y la delincuencia; sus experiencias y su disponibilidad para cooperar con este proyecto aportaron buena información. Al mismo tiempo, trabajamos con profesores que prestan sus servicios en esa zona, quienes tienen una visión complementaria de cómo se desarrolla la dinámica familiar y perciben de cerca los procesos que desembocan en que una buena cantidad de jóvenes se alejen paulatinamente de la escuela.

Por otra parte, fue quedando claro que el nini no tiene tanta facilidad discursiva, producto de una mezcla de ser poco reflexivo y poco abierto; aunque no se quedan callados, casi toda su narrativa tiene que ver con lo que piensan los demás, pero no tan fácilmente habla de sí. Sin embargo, en la segunda parte del libro hemos dejado que su voz se exprese claramente.

4. Resulta útil construir categorías de análisis para entender al nini

Al iniciar el estudio, planteamos que el reconocimiento de los ninis lo haríamos partiendo de seis categorías básicas de análisis: educación, familia, trabajo, violencia, religión y perspectivas de vida.

Con cinco de ellas, el trabajo ha arrojado resultados satisfactorios para entender el fenómeno estudiado, pero la dimensión religiosa parece no tener peso en esa zona, pues luego de desarrollar cerca de treinta entrevistas era clara la constante de que los informantes hablan poco sobre religión, pese a que en Los Santorales hay capillas y templos de distintas confesiones religiosas.

La dificultad aquí consistió en que cada categoría tuvo cantidades de información distintas y el manejo fue ligeramente distinto a su vez, pero siendo coherentes con el mismo discurso.

5. La falta de formación es notoria e incide en sus opciones de desarrollo

Una realidad que se observa fácilmente es que la población en general y los jóvenes en particular, con sus bajos niveles

de escolaridad, tienen mínimas posibilidades de encontrar empleos bien remunerados, y los que acceden a un puesto laboral lo hacen en situación de seria desventaja ante quienes tienen mejor preparación. Aunque hay algunas escuelas, una opinión frecuente es que capacitarlos en talleres para el desarrollo de oficios concretos es una alternativa que hace falta; desde luego, pensar en esta opción nos remite nuevamente a la falta de infraestructura.

La formación humana es otra carencia fácilmente identificable. No sólo carecen de educación formal amplia, sino que su formación humana, limitada por el contexto y por las propias historias familiares, no les permite ver su propia realidad de una manera distinta a como viven, y en todo caso, cuando se atreven a vislumbrar otra manera de ser, su baja autoestima no los anima a dar pasos concretos para salir adelante. Reconocen problemas, pero no encuentran la manera apropiada de abordarlos, y en algunos casos ni siquiera lo intentan, dejándose vencer por la inercia de la realidad. Por supuesto que sí hay quienes se van forjando un proyecto que les permite mejorar sus condiciones de vida, pero no es lo común.

6. Las perspectivas de vida que tienen son limitadas

El entorno limita sus experiencias de aprendizaje, por lo que sus horizontes a futuro se ven cortos. Esta conclusión se observa con claridad cuando, en el trabajo de campo, y ante preguntas concretas por sus perspectivas de vida, sus respuestas denotan una falta de claridad en metas a mediano o largo plazo. Tienen claro que las pandillas son un serio riesgo; sa-

ben que los embarazos a corta edad esperan a muchos; reconocen que la venta y consumo de drogas marca el escenario del porvenir comunitario; no ven los estudios como un camino a seguir, pero ante esa realidad no se preguntan demasiado qué estrategias tienen a su alcance para lograr un cambio de dirección. La realidad parece un destino fatalista para la mayoría, y así, no le ven mayor sentido a pensar en otro futuro.

En cuanto a los jóvenes que desertan para integrarse a las filas del mercado laboral, esto, además de ser un problema estructural y económico, también se relaciona con la enseñanza y el valor de realizar planes a mediano y largo plazo. Si los niños aprenden de la inmediatez y del dinero como objetivo, más no de la ocupación o el oficio; poco sabrán invertir y valorar su tiempo en la escuela, que no les da resultados materiales sino simbólicos. La educación en el hogar también se relaciona con el aprendizaje de ser constantes en un proyecto. La expectativa de lo inmediato y lo fácil provoca que las historias de supuesto éxito de los narcotraficantes sean atractivas, cuando la realidad es que los delincuentes mueren muy jóvenes o se quedan en la cárcel durante muchos años.

7. Recuperar las figuras de quienes pueden ejercer liderazgos es un camino que parece adecuado

Los profesores aún representan una figura que conserva cierto nivel de autoridad moral en la zona, y ellos son conscientes de cuál es la realidad social en medio de la cual desempeñan su labor. Es claro que una forma de trabajo en la comunidad debiera girar en torno a las acciones que los profesores sean capaces de realizar.

8. *La estructura familiar se encuentra en crisis*

Una de las primeras observaciones es que, según el discurso recurrente de los entrevistados, las relaciones familiares se encuentran en crisis. No solamente en la categoría de Familia aparecieron expresiones de este tipo, sino que otros indicios se repiten constantemente. Se menciona frecuentemente la ausencia de comunicación entre padres e hijos y la poca convivencia entre unos y otros por las largas jornadas de trabajo. Considerando esa fragilidad familiar, una parte de las líneas estratégicas de la que surjan propuestas deberán centrarse en las interacciones familiares si se espera algún tipo de transformación.

Como se menciona en la segunda parte de este libro, en Los Santorales algunas colonias tienen varias décadas de ser fundadas, y el área es conocida con ese nombre desde hace más de veinte años, con una población que hoy rebasa los 60 mil habitantes, en su mayoría inmigrantes. Encontramos al menos cuatro grupos de edades con rasgos diferenciados: adultos mayores (que hay pocos), adultos (de 30 a 50 años), jóvenes (entre 13 y 20 años) que viven o enfrentan la problemática estudiada, y finalmente, los niños que en los próximos años se encuentran ante el riesgo de dejar de estudiar y no encontrar trabajo.

Como detalle, impacta que casi no haya abuelos viejos, y que la figura del anciano que tiene experiencia y sabiduría por lo vivido esté desdibujada. Los abuelos, u otros familiares que brinden soporte para cuidar a los menores, así como el servicio de niñeras o guarderías viables, están casi ausentes. Estamos hablando de un contexto en donde los pequeños son criados casi por sí mismos. Los niños seleccionan

los contenidos que ven en la televisión, y muchos cuentan con televisión de paga e Internet. Conocen las redes sociales, aunque éstas sean legalmente para mayores de veintiún años. Es decir, tienen vías de escape y de interacción de las cuales sus padres o quienes los cuidan no tienen idea y más en una relación donde no existe la comunicación entre ellos.

Es evidente que de cualquier manera los padres de familia de Los Santorales y otros actores sociales se encuentran preocupados por el nivel de vida de sus hijos. Saben que tienen que fomentar ciertos valores, pero no tienen referencias de cómo hacerlo en todas las situaciones. Es decir, son reflexivos pero tienen mucha incertidumbre y por lo tanto, desesperación. El entorno, como se mencionaba anteriormente, es hostil en el sentido de que las personas han naturalizado el desempleo y el poco desarrollo.

*9. El discurso de las personas de Los Santorales
está cruzado por la desesperanza*

Se les pidió a las personas que pensarán en el fenómeno de los ninis, más allá de sus hijos y hogar, pensando en el entorno. Señalaron lo caótico y la exclusión. Habría que reflexionar si ésta es la realidad de la gente, que responde a un discurso ideológico o no puede reconocer que hay historias que valen la pena.

Este «círculo de la fatalidad» impacta en las personas, de manera que no pueden ver otro camino para resolver los problemas. Si estamos hablando de que los proyectos de intervención que han sido exitosos, han funcionado porque la gente colabora con ideas y con su trabajo, primero es necesaria más reflexividad de su parte. Por lo mismo, al analizar la

categoría de Perspectivas a Futuro no hay un número grande de testimonios, y los que presentamos carecen de suficiente profundidad porque el tema, a la mayoría de los informantes, les resulta ambiguo.

Tenemos expresiones de la realidad: abandono de la escuela, de la casa, embarazo, impunidad, incremento violencia y desvaloración del trabajo. Esta es la realidad verbalizada, no son estadísticas.

10. Trabajar desde la comunidad dando continuidad a programas

Las intervenciones tendrán que involucrar a la comunidad. Aquellos programas que los habitantes mencionaron que funcionan, son en los que confiaban porque conocidos suyos estaban involucrados y organizados por ellos mismos. Es decir, aunque las autoridades se encarguen de coordinar, deberán basarse en las necesidades expresadas por las personas que viven ahí.

Se reitera el valor de la profundización y el seguimiento en los programas, como algo que el sistema debe fomentar y lograr. Que se evite el cambio de empleados en cada administración, que se eviten programas paternalistas y que extiendan beneficios a largo plazo.

Asimismo, estos programas o los ya existentes, además de involucrar a la comunidad, deberán buscar la constancia y perseverancia. El director de la escuela primaria «Ignacio Aldama», Rubén de León, es reconocido por esta labor, pues motiva y se comunica continuamente con los padres de familia y otros líderes de la comunidad. Pues gran parte de la desconfianza es generada por trabajadores de la educación y

del gobierno que desertan rápidamente y no dan continuidad a los proyectos. Los entrevistados, abiertamente expresaron esta relación.

11. Se requiere mayor infraestructura

Una conclusión, que se confirma con la observación de campo desarrollada en cada visita al lugar, es que se requiere más y mejor infraestructura. Desde calles pavimentadas hasta espacios deportivos, más escuelas y centros culturales. Prácticamente todo se encuentra en un nivel por debajo de los requerimientos de la población de esas colonias. Esto se observa, pero además la gente es consciente de esas carencias, lo señala y lo reclama; en particular es clara la ausencia de centros de capacitación, y de espacios comunitarios para el ocio y la práctica deportiva.

12. Aprender a cuidar los espacios como un paso para construir sentido de pertenencia ciudadana

En varias categorías los informantes aseguraron que la educación «comienza en casa». Por lo tanto el trabajo, aunque pueda capacitarse u orientarse en la educación formal, inicia como valor desde el interior de la familia, en las actividades diarias como la limpieza del hogar. Posteriormente, en los cuidados de los espacios públicos, a los que pocos jóvenes de esta comunidad tienen sentido de pertenencia. Esto provoca el vandalismo sobre las pocas instalaciones públicas que tienen.

Respecto a la drogadicción, Nora Badilla, directora del DARE, decía que las drogas han existido todo el tiempo. Que es importante ver la manera en que se ven las adicciones, y ya

posteriormente atender el fenómeno de la venta y consumo de drogas. No se puede enseñar sobre esto si el niño ve a sus figuras de aprendizaje con una adicción. Por ejemplo, en los casinos, fumando, tomando alcohol. Los habitantes enuncian que el ejemplo sigue siendo declarado como educador.

CÓMO INTENTAR ROMPER EL CÍRCULO DE LA FATALIDAD LÍNEAS DE INTERVENCIÓN

El complejo problema descrito en los capítulos anteriores al cual denominamos el círculo de la fatalidad, radica en que la mirada de la realidad es concluyente y totalitaria. Al menos, a decir de ellas (las madres), en Los Santorales nadie se escapa de esas sombras lúgubres. Si nadie escapa entonces el círculo trae otros círculos que calcan la realidad. Los niños que terminan la primaria y van a la secundaria, no tendrán otra vía para escapar de esa esfera. Ahí no habrá círculos de alumbramiento, diálogos para la ética, espacios para la acogida. Ante ello, el investigador educador asume una postura encaminada a construir, a proponer posibilidades, a generar expectativas. En ese sentido, las líneas posibles de intervención parten de estos supuestos:

- El círculo de la fatalidad es una percepción pero no es la única realidad posible.

- La otra realidad menos percibida, pero que también existe, es la de los que sí estudian, los que sí trabajan, los que sí buscan construir su futuro; los que estando en un mundo que no eligieron, lo van haciendo de ellos.
- Afortunadamente el educador no construye de la tragedia, desde la negación o desde la inmovilidad, sino desde las situaciones que albergan un deseo, una posibilidad, el sentido inicial de un cambio.
- La pedagogía de la posibilidad, la ética del reconocimiento de la dignidad del otro, la estrategia de implicación se inicia en la acogida del infortunado o el desvalido, pero ello es apenas el comienzo. La parte esencial estriba en reconocer los valores que existen en la propia comunidad y desde ahí tejer la red pedagógica para la formación de la ciudadanía.
- Las líneas de intervención se enfocan más hacia los niños y adolescentes que no siendo ninis, están muy expuestos a serlo, sobre todo las que tienen que ver con familia y escuela. Tratar de detener el torrencial de los que abandonan ya es un esfuerzo de alto significado.

Las acciones que permitirían romper el círculo de la fatalidad son los siguientes:

Investigación

Continuar con procesos de investigación sobre categorías relacionadas con los ninis, especialmente familia, comunidad y trabajo. Investigaciones de carácter exploratorio, que arrojen

información valiosa sobre un problema en particular encaminado a la intervención.

Familia-escuela

Esta es la línea en la que más se puede y debe trabajar, teniendo siempre como referencia el fortalecimiento de la formación para la ciudadanía y, asumiendo que los proyectos son de mediano y largo plazo.

Una acción de referente institucional sería la búsqueda de estabilidad y permanencia de los profesores, ello a través del sistema educativo y el sindicato de maestros.

Un programa que ya ha probado ser exitoso en ambientes de marginalidad es el denominado Escuela de Tareas Comunitarias (ETC). Esta es una herramienta educativa para que los niños, sobre todo de familias de escasos recursos, y los jóvenes y adultos que ejercen como maestros, puedan mejorar su instrucción, puedan fortalecer sus cualidades humanas y desarrollarse mejor como personas, culminar con éxito los estudios oficiales, y mejorar su relación con la familia y el barrio. Este programa ya se ha puesto en práctica en nuestro municipio, en lugares como La Ladrillera, en el Río Hardy y en el poblado El Mayor.

Otro programa que puede tener alto impacto formativo es el de organizar encuentros sobre relatos de la vida familiar en Mexicali. El relato es una de las mejores vías que existen en el campo de la pedagogía de los valores, para hacer emerger a éstos. Si, como se afirma, vivimos en un mundo narrado, es a través de los relatos donde conformamos los signos del mundo y determinamos quiénes somos y por qué somos de tal o

cual manera. Una estrategia de este tipo tendría como finalidad generar un espacio de convivencia entre padres de familia, estudiantes de nivel básico y maestros, en el cual los primeros compartirían historias narradas de la vida familiar donde se ponderarán los valores morales.

Desarrollo de liderazgos al interior de la comunidad

Reconocer, apoyar y rearmar acciones que ya se están desarrollando y que impulsan la formación humana (deporte, actividades sociales, culturales). Además de buscar en las escuelas, los liderazgos pueden aparecer en otros espacios. Algunas madres de familia se han caracterizado por hacer acto de presencia en las actividades de las escuelas de sus hijos. Ellas pueden tener una idea clara sobre dónde se encuentran los problemas más urgentes a resolver en cada una de las colonias, qué experiencias han funcionado y muestran que es posible trabajar aún en condiciones adversas. Junto con ellas, encontramos un microempresario del lugar quien se ha convertido en promotor de espacios donde los niños y jóvenes desarrollan pequeñas actividades deportivas que paulatinamente van cambiando sus visiones del mundo. Apoyar a otros que, como él, trabajen con las nuevas generaciones, es un camino que se debe recorrer. Esta estrategia se articula con las actividades y programas de familia-escuela.

Relación trabajo-escuela

En las conclusiones señalamos que una causa involucrada en la problemática de los ninis, era la categoría referente al tipo de trabajo y desatención escolar por parte de los padres. Las empresas en las que trabajan hombres y mujeres de Los Santorales tienen bonos de productividad por puntualidad y asistencia. El dinero extra es valioso y es un argumento que esgrimen cada que se les pregunta por qué no asisten a las juntas en las escuelas. Son los propios directivos los que plantean una propuesta sencilla al respecto: provocar una discusión entre empresarios, directivos escolares y padres de familia para crear bonos de productividad ligados a la presencia de los últimos en las escuelas.

Vínculo Universidad-Comunidad

Esta relación necesaria tendría que darse para coadyuvar en la gestión de varias acciones necesarias para el mejoramiento del entorno social, laboral y educativo de Los Santorales. ¿Qué pueden hacer las instituciones de educación superior por esa zona de alta marginalidad y por los adolescentes que serán potenciales ninis? Desarrollar programas de servicio social con varias líneas de trabajo:

- a. *Ciudadanización.* Darles identidad a los miembros de la comunidad. Una acción posible: Consultorio jurídico. El concepto de ciudadanización en este caso no tiene que ver con un proceso de formación ciudadana, sino con empezar de lo básico: tramitar documentos oficiales de

los habitantes, como actas de nacimiento, títulos de propiedad, licencias de conducir, entre otras. El consultorio sería operado por estudiantes universitarios de la carrera de Derecho.

- b. *Infraestructura y capacitación.* Coordinarse con los organismos gubernamentales para aprovechar las instalaciones deportivas, culturales y de salud, para una adecuada utilización por parte de la comunidad. Se pueden aprovechar espacios para implementar programas de orientación vocacional y de proyectos de vida para adolescente y jóvenes.
- c. *Programa de desarrollo de competencias en estudiantes.* Elaborar programas tales como: relatos familiares, libro ambiental infantil, museo rodante, el recreo y la lectura, entre otros. Estos proyectos desarrollarían la imaginación, la creatividad y la inteligencia de los niños y adolescentes. Al mismo tiempo, fortalecerían el trabajo en equipo y el vínculo escuela-familia.

Es cierto que llegamos a un mundo que no elegimos, pero también lo es que al estar y hacerlo nuestro, iniciamos un proceso de elección y con ello, el sentido ético de la pertenencia echa a rodar por el espacio que adquirimos con un título de propiedad.

REFERENCIAS

- Alfie, M. y Méndez, L. (2000). La sociedad del riesgo: amenaza y promesa. *Sociológica*. 15 (43), 173-201.
- Barbería, J. (2009). Generación “ni-ni”: ni estudia ni trabaja. *El País*, consultado el 23 de diciembre de 2010, en <http://www.elpais.com/articulo/sociedad/Generacion/ni-ni/estudia/trabaja/elpepusoc/20090622elpepusoc_1/Tes>.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2004). *La sociedad sitiada*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2011). *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (2006). *Hijos de la libertad*, pp.126-139. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (2008). *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- Benedetti, M. (2004). Memoria y esperanza. Un mensaje para los jóvenes. España. Destino.
- Brater, M. (2006). Escuela y formación bajo el signo de la individualización. En Beck, U., *Hijos de la libertad*,

- pp. 126-139. México: Fondo de Cultura Económica.
- Buber, M. (1997). *Yo y tú*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Consejo Nacional de Población (Conapo) (1998). *La situación demográfica en México, 1997*. México: Conapo.
- Consejo Nacional de Población (Conapo) (2009). *Situación actual de los jóvenes en México*, consultado el 20 de diciembre de 2010, en <http://www.conapo.gob.mx/publicaciones/sdm/sdm2010/04.pdf>
- Consejo Nacional de Población (2010). *La situación actual de los jóvenes en México*. Serie de Documentos Técnicos. México: Conapo.
- Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) (2011). *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México: ENADIS 2010*. México: Conapred.
- Cortina, A. (2007). *Ética de la razón cordial*. Oviedo, España: Nobel.
- Duch, L. (2004). *Estaciones del laberinto*. Barcelona: Herder.
- Duch, L. (2005). *La educación en tiempos débiles e inciertos*. España: Anthropos.
- García, N. (2010). La sociedad mexicana vista desde los jóvenes. En Reguillo, R. (comp.), *Los jóvenes en México*, pp. 430-444. México: Fondo de Cultura Económica.
- Genel, O. (2011, 21 de octubre). ¿Cuántos “ninis” hay en Baja California? *La Crónica*. Consultado el 1 de noviembre de 2011, en <http://www.lacronica.com/EdicionEnLinea/Notas/Noticias/21102011/549339.aspx>
- Gil Antón, M. et al. (2009). *Cobertura de la educación superior en México. Tendencias, retos y perspectivas*. México: ANUIES.
- Huesca, A. (2003). Sociedad del riesgo y desigualdad social.

- En Foro Euromediterráneo sobre prevención de catástrofes. Jornada Técnica. 6 al 8 de octubre de 2003 Universidad Pontificia de Comillas en Madrid.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2009). *Conteo de población y vivienda 2009*. Tabulados básicos. Consultado el 27 de diciembre de 2010, en <http://www.inegi.org.mx/sistemas/TabuladosBasicos/Default.aspx?c=10398&cs=est>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2010). *Conteo de población y vivienda 2005*. Tabulados básicos. Consultado el 1 de marzo de 2011, en <http://www.inegi.org.mx/sistemas/mexicocifras/default.aspx>
- Instituto Mexicano de la Juventud (Imjuve) (2010). *Encuesta Nacional de Juventud 2010: Resultados Generales*. México: Imjuve/CIEJ.
- Instituto Mexicano de La Juventud/Centro de Investigación y Estudios Sobre Juventud (2005). *Jóvenes Mexicanos: Tomo I. Encuesta Nacional De Juventud 2005*. México: Imjuve/CIEJ.
- Lipovetsky, G. y Serroy, J. (2010). *La cultura-mundo*. España: Anagrama.
- Machado, A. (2009). Cantos de Castilla, consultado el 8 de marzo de 2012, en [http://es.wikisource.org/wiki/Proverbios_y_cantares_\(Campos_de_Castilla\)](http://es.wikisource.org/wiki/Proverbios_y_cantares_(Campos_de_Castilla)).
- Martínez, S. (2011, 22 de septiembre). “Descenso raquítico de inseguridad: Vizcarra”. *La Crónica*, p. 10A.
- Mate, R. (2011). *Tratado de la injusticia*. Barcelona: Anthropos.
- Mélich, J. C. (2010). *Ética de la compasión*. Barcelona: Herder.
- Mélich, J. C. (2002). *Filosofía de la finitud*. Barcelona: Herder.
- Mélich, J. C. (2010). *Ética de la compasión*. Barcelona, Herder.

- Mélich, J. C. y Boixader, A. (coords.) (2010). *Los márgenes de la moral. Una mirada ética a la educación*. Barcelona: Graó.
- Mínguez, R. (2011). *La responsabilidad como respuesta educativa*. Mexicali: Sistema Cetys Universidad.
- Mujica, H. (2007). *Lo naciente. Pensando el acto creador*. España: Pre-textos.
- Ortega, P. (2004). La educación moral como pedagogía de la alteridad, *Revista Española de pedagogía*, (227), pp. 5-30.
- Ortega, P. (2010). *La educación para la convivencia en una sociedad plural*. Murcia: Instituto Teológico de Murcia, Universidad de Murcia.
- Ortega, P. (2011). *La otra educación*. México: Sistema Cetys Universidad.
- Peñaloza, P. (2010). *La juventud mexicana. Una radiografía de su incertidumbre*. México: Porrúa.
- Pérez, I. (2010). Las transformaciones en las edades sociales. Escuela y mercados de trabajo. En Reguillo, R. (comp.) *Los jóvenes en México*, pp.52-89. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reguillo, R. (2010). “La condición juvenil en el México contemporáneo”. En Reguillo, R. (comp.), *Los jóvenes en México*, pp.395-429. México: Fondo de Cultura Económica.
- Samaniego, N. (2010). El empleo y la crisis. Precarización y nuevas “válvulas de escape”. *Economía UNAM*, 7, número especial, 47-70.
- Santos, S. (2011, 15 de septiembre). Cuestiona Arango datos sobre ninis. *La Voz de la Frontera*, p. 10A.
- Saviri, G. (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: CIESAS.
- Slote, M. (2007). *The Ethics of Care and Empathy*. New York: Routledge.

- Suárez, M. (2010): Desafíos de una relación en crisis. Educación y jóvenes mexicanos. En Reguillo, R. (comp.) *Los jóvenes en México*, pp. 90-123. México: Fondo de Cultura Económica.
- Subsecretaría de Educación Básica (SEBS) (2010). Cuadros publicación. Unidad de Información y Estadística Educativa.
- Valdez, M. (2010). "Jóvenes en cifras. Mirada entre siglos". En Reguillo, R. (comp.), *Los jóvenes en México*, pp. 445-464. México: Fondo de Cultura Económica.
- Valenzuela, J. (2010). "Juventudes desmedidas. Desigualdad, violencia y criminalización de los jóvenes en México". En Reguillo, R. (comp.), *Los jóvenes en México*, pp. 316-349. México: Fondo de Cultura Económica.
- Vázquez Roca, A. (2008). Individualismo, modernidad líquida y terrorismo hipermoderno; De Bauman a Sloterdijk. *Konvergencias, filosofías y culturas en diálogo*. Año V, (17), 122-130.
- Vázquez Verdera, V. y Escámez Sánchez, J. (2010). "La profesión docente y la ética del cuidado". *Revista Electrónica de Investigación Educativa* [Número Especial]. Consultado en: <http://redie.uabc.mx/contenido/NumEsp2/contenidoverdera.html>
- Weber, M. (2003). *La ética del protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- World Economic Forum (2012). *Global Risks 2012*. Cologny/Geneva, Suiza: World Economic Forum. Consultado el 26 de marzo de 2012 en http://www3.weforum.org/docs/WEF_GlobalRisks_Report_2012.pdf

ANEXO

RELACIÓN DE ENTREVISTADOS

Los autores agradecen a todos los entrevistados. Sin sus voces y su participación, este libro no estaría completo.

Abril, 2011

Miguel Angel Torres, director del Injuv, B. C.
Nora Badilla, directora del DARE
Padre Ricardo Campos, Casa de la Esperanza
Rubén de León, director de escuela Primaria

Mayo, 2011

Armando, padre de familia, empresario ferretero y promotor
voluntario del deporte en Los Santorales
Gloria y Victoria, madres de familia
Micaela, madre de familia y asesora del INEA
Norma Alicia, madre de familia y empleada doméstica

Junio, 2011

Adelina, Ernestina y Silvia, madres de familia
Brisa y Laura, psicólogas
Cinthia, no estudia, voluntaria del DIF
Claudia y Guillermina, madres de familia
Constanza, directora de escuela Primaria
Francisco, agente municipal
Julia, catequista
Marina, empleada de cooperativa escolar

Julio, 2011

Antonio y Gerardo, *ninis*
Dora, ama de casa y líder de la comunidad
Imelda e Irene, amas de casa

Agosto, 2011

Alejandro y Patricia, docentes de secundaria
Carolina y Cristina, docentes de bachillerato
Jesús Alberto, *nini*
Lucina, mamá de *nini*

Noviembre, 2012

Virginia, madre de familia
Beatriz, madre de familia y empleada de fábrica

Febrero/marzo, 2012

Ignacio y Jonathan, *ninis*

La generación nini. Los hijos de la precariedad, de la Colección 50 Aniversario de CETYS Universidad, se terminó de imprimir en mayo de 2012 en los talleres gráficos de Grupo Comersia, Insurgentes Sur núm. 1793, colonia Guadalupe Inn, México, D. F., C. P. 01020, tel. (55) 5662-1935 (www.comersia.com.mx). El tiraje consta de 500 ejemplares, más sobrantes para reposición.